



VERBVM

REVISTA DEL
CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

SUMARIO:

L. Lugones	Democracia Universitaria	5
R. Rojas	La Ciencia en la Patria de la Civilización	8
C. Ricci	Renan	18
E. Renan	Discours a l'Association des Etudiants	45
A. Korn	La Libertad Creadora (Prólogo)	51
A. Korn	Einstein y la Filosofía	53
J. Millé y Giménez	Lope de Vega traductor de Claudiano	63
F. Capello	Un Profesor	71
E. François	Flores Alejandrinas	80
Redacción	Un documento interesante	82
J. M. Romero	Memoria para servir a la Historia de la Revolución de Bs. Ayres, el año 1810	84
R. Ardissonne	Literatura Dialectal Italiana	103
M. Bréal	La enseñanza de las Lenguas Clásicas	119
F. Romero	La cotización de las palabras	136
C. Onelli	Nada de Latín	141
F. Capello	La Elocuencia Griega (1.ª lección)	144
D. Provenzal	Manuale del Perpetto Professore (Cont.)	153
D. Oliva	A través del Silencio	166
C. M. Onetti	La Copa	168
NOTAS Y COMENTARIOS. — Inauguración de los cursos		170
BIBLIOGRAFIA. — La obra de Renan. — Una obra de estudio- so, Felix F. Outes. — Literatura argentina, por Ricardo Ro- jas. — Aguas Serenas, por Arturo Vázquez Cey. — Las Cá- maras del Rey, por C. M. Grünberg. — Policromía, por A. Esquivel de la Guardia. — Atlas Sanitario de la Provincia de Bs. As., por A. Restanio		176

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

VIAMONTE 430

1923

La Elocuencia Griega

PRIMERA LECCION

La elocuencia era antigua en Grecia, puesto que Homero con palabra tan sentida describe ya sus efectos, y, no sólo conoce el nombre de orador (ῥήτορ) sino que pone en labios de sus héroes discursos en los cuales las partes esenciales de una oración se distinguen tan claramente, que hicieron decir a Quintiliano: "*omnibus eloquentiae partibus exemplum et ortem dedit Homerus*".

Esto a primera vista parece un anacronismo, porque la edad descrita por Homero, (la Micenea, tal vez), es la de la monarquía, y la elocuencia siempre y doquier aparezca presupone la libertad; más la dificultad se desvanece si se considera que *el gobierno de uno solo* era entonces efecto no de la fuerza o de la conquista, como en la edad media, sino de las pocas atribuciones del Estado incipiente, para cumplir con las cuales bastaba una sola persona.

El uso hábil de la palabra en el consejo es tan apreciado por el poeta como el valor en el combate; y el consejo y la asamblea son el campo que aquella sociedad rudimentaria ofrece al desarrollo de la elocuencia; el consejo, porque si la propuesta del soberano no agrada hay que demostrar el lado por que flaquea y sólo con la persuasión puede inducirse a abandonarla; y la asamblea, porque, aunque no vote, está todavía en las costumbres que el rey no notifique una deliberación sin indicar los motivos que se la aconsejaron.

*

* * *

Este estado de cosas no tardó en modificarse por un proceso evolutivo que se presume parecido en casi todas las ciudades griegas del continente europeo, pero que no puede seguirse sino hasta cierto punto en Atenas.

El desarrollo del Estado crea la necesidad de nuevas funciones y nuevos magistrados para su desempeño; la elección queda limitada a las pocas familias de los grandes propietarios, pues nobleza y riqueza entonces son sinónimos, y el deseo común de estas familias de participar en el poder directamente, por medio de alguno de sus miembros, multiplica los oficios y abrevia su duración. La guerra exterior casi ha desaparecido y con ella la necesidad de la unidad del mando y del respeto a la plebe, con cuyo concurso ya no es preciso contar. He aquí cómo se designa y constituye una clase opuesta al pueblo por sentimientos, por tradición y por intereses, cuya clase fiscaliza celosamente el poder como consecuencia de su condición privilegiada, de tal modo que la monarquía se disuelve y se convierte en una oligarquía.

El pueblo no desaparece; pero como en toda esta época la guerra exterior, que obligaba a conformarse al mando de uno solo y valorizaba al pueblo por la necesidad de su concurso, parece transformarse en luchas intestinas, ya no es menester guardarle consideración.

El período es largo y oscuro, y apenas si a gran distancia uno que otro indicio permite a los sabios argumentar el curso general de los acontecimientos; sólo un instante, cuando ya está a punto de acabar, se aclara e ilumina con honrosos detalles en los versos de Solón.

Parece que la asamblea no tuviera importancia sino cuando una condición de cosa inaguantable hacía necesario, para ponerle remedio, un acuerdo general. Por otra parte, la independencia de los magistrados en sus funciones, hacía inútil el antiguo consejo (βουλή o Senado que asistía al rey y que se transformara en un tribunal (Areópago). En fin, poco es lo que los doctos creen saber de esta edad llena de nombres y fechas que no inspiran ninguna confianza; pero este poco basta

Bibliografía

BIBLIOGRAFIA DE LA OBRA DE ERNESTO RENAN

1846. — *Une énigme historique* (Journal des jeunes personnes).
Solution de l'énigme (Journal des jeunes personnes).
1849. — *Eclaircissements tirés des langues sémitiques sur quelques points de la prononciation grecque* (Franck).
1852. — *Averroes et l'averroïsme*. Ensayo histórico, in-8º (Durand).
De philosophia peripatetica apud Syros, commentatio historica, in-8º (Durand).
1855. — *Histoire générale du Système comparé des langues sémitiques* (Imprimerie impériale).
1857. — *Etudes d'histoire religieuse* (Lévy fr.).
1858. — *Le Livre de Job*. Traducido del hebreo. Estudio sobre el carácter del poema y la fecha de su aparición. In-8º (Lévy fr.).
Mémoire sur l'origine et le caractère véritable de l'histoire phénicienne qui porte le nom de Sanchoniathon (Lévy fr.).
De l'origine du langage, in-8º (Lévy frères).
1859. — *Nouvelles considérations sur le caractère général des peuples sémitiques et en particulier sur leur tendance au monothéisme*. In-8º (Lévy frères).
Essais de morale et de critique, artículos publicados en la "Revue des Deux-Mondes" y el "Journal des Débats" (Lévy frères).
1860. — *Averroès et l'averroïsme*. Ensayo histórico, 2ª edición corregida y aumentada. In-8º (Lévy frères).
Le Cantique des Cantiques. Traducido del hebreo con un estudio sobre el plan, la época de su aparición y el carácter del poema. In-8º (Lévy frères).
1862. — *La chaire d'hébreu au Collège de France. Explications à mes collègues*. In-8º (Lévy frères).
De la Part des peuples sémitiques dans l'histoire de la civilisation. Traducido del hebreo con un estudio sobre el plan, la

- época de su aparición y el carácter del poema. In-8º (Lévy frères).
1863. — *Etudes d'histoire religieuse*, 6ª ed. corregida y aumentada. In-8º (Lévy frères).
Vie de Jésus. Esta obra forma el primer tomo de la Historia de los orígenes del cristianismo. In-8º (Lévy frères).
1864. — *Etudes d'histoire religieuse*, 7ª ed. In-12 (Lévy frères).
Histoire générale et système comparé des langues sémitiques, 1ª parte: *Histoire générale des langues sémitiques*, 4ª ed. (2ª ed. en 1857, 3ª ed. en 1863) (Lévy frères).
Jésus. Es la "Vida de Jesús" menos la introducción y las notas. In-12 (Lévy frères).
Trois inscriptions phéniciennes trouvées à Oumm-El-Awamid. In 8º (Imprimerie impériale).
1865. — *Mission en Phénicie*. (Imprimerie impériale).
Etude sur Lamennais, como prólogo del libro de Lamennais: *Le Livre du peuple* (Lévy frères).
Discours sur l'état des beaux-arts (Lévy frères).
1866. — *Les Apôtres* (forma el tomo II de la *Histoire des origines du christianisme*). In-8º (Lévy frères).
Prefacio de la *Histoire critique des livres de l'Ancien Testament*, por A. KUENEN. In-8º (Lévy frères).
1867. — *Nouvelles observations d'épigraphie hébraïque*. In-8º (Lévy fr.).
Sur les Inscriptions Hébraïques des Synagogues de Cafr-Bereim, en Galilee. In-8º (Lévy frères).
Vie de Jésus. Nueva edición, corregida y aumentada. In-8º (Lévy frères).
1868. — *Questions contemporaines*. In-8º (Lévy frères).
1869. — *Averroès et l'Averroïsme*. Edición corregida y aumentada. In-8º (Lévy frères).
La part de la Famille et de l'Etat dans l'Education. In-12 (Lévy frères).
Saint Paul. Con un itinerario de los viajes de San Pablo por M. KIEPERT; (forma el tercer tomo de la Historia de los orígenes del cristianismo). In-8º (Lévy frères).
1870. — *Le Cantique des Cantiques*. Nueva edición con un extenso comentario. In-8º (Lévy frères).
Vie de Jésus. Gran inc-8º ilustrado (Lévy frères).
La Monarchie constitutionnelle en France, in-12 (Lévy frères).
1871. — *La Réforme intellectuelle et morale*. In-8º (Lévy frères).
1872. — *Introduction des Essais d'histoire religieuse et mélanges littéraires* de David Frédéric STRAUSS. In-8º (Lévy frères).

- GIRARD (Henri) et MONCEL (Henri). — *Bibliographie des œuvres d'Ernest Renan*. 1923, in-8° (*Les Presses Univers, de France*).
- GIRAUD (Léopold). — *Les Voltiges de M. Renan*. 1866, in-32 (*Palmé*).
- GUILLOUX. — *L'Esprit de Renan*. 1921, in-12 (*J. de Gigord*).
- HELLO (Ernest). — *M. Renan, l'Allemagne et l'athéisme au XIX siècle*. 1858, in-8° (*Palmé*).
- HULS (Mgr Maurice Le Sage d'Hautecoeur d'). — *Ernest Renan* (Extrait du "Correspondant"). 1892, in-8° (*Poussielgue*).
- HURET (Jules). — *Enquête sur l'évolution littéraire* (conversations avec MM. Renan, Goncourt, Zola, Maupassant, Huysmans, Anatole France, Barrès, Lemaitre, Mallarmé, Verlaine, Moréas, Maeterlinck, etc.). 1891, in-12 (*Fasquelle*).
- JANVRAIS. — *Renan, les étapes de sa vie bretonne*. 1903.
- LABBE (Jules) — *La Démocratie et M. Renan*. Réponse à la préface des Questions contemporaines, 1868, in-8° (*Le Chevalier*).
- LAGRANGE (R. P.) — *La Vie de Jésus d'après Renan*. 1923, in-12 (*J. Gabalda*).
- LAPEYRE (Paul). — *Renan peint par lui-même*. 1893, in-16 (*Le-thiellieur*).
- LASSERRE (Henri de). — *Le Treizième apôtre*, suivi du retour de l'île d'Elbe raconté d'après la méthode de M. Renan. 1866, in-12. (*Palmé*).
- LASSERRE (Fierre). — *Renan et nous*. In-16, 1923 (*Grasset*).
- LEDRAIN. — *Renan, sa vie et son oeuvre*. 1892, in-8°.
- LE GAL. — *Renan à Tréguier, le Moraliste, Pourquoi les Bretons se défendent*. 1903. In-8° (*Prud'homme, à Saint-Brieuc*).
- LE GOFFIC (Ch.) — *La Bretagne et les pays celtiques*, 1902, in-18 (*Champion*).
- LEMAITRE (Jules). — Dans la première série des études et portraits littéraires, *Les Contemporains. Ernest Renan*. In-16 (*Boivin*).
- LEMONNIER (Charles). — *M. Ernest Renan et la question religieuse*. 1862, in-8° (*Dentu*).
- LE NORDEZ (l'abbé). — *M. Renan d'après lui-même ou Étude critique et psychologique à l'occasion de son dernier ouvrage, "la Réforme intellectuelle et morale de la France"*. 1872, in-8° (*Repos*). (*Daireaux à Coutances*).
- LE PELTIER (Ernest). — *Vie de E. Renan*. 1863. In-8° (*Dentu*).
- LIABEUF (l'abbé). — *M. Renan et sa méthode*, ou M. Renan réfuté par lui-même. 1866, in-8° (*Palmé*).
- LIVRE (Le) d'or de Renan (150 fac. similié), 1903, in-4° (*Joanin*).
- MARIN DE BOYLESVE (R. P.) — *M. Renan, défenseur de la foi, d'après un procédé nouveau*. 1863, in-12 (*Douniol*).

MARROT (Maurice) — *La Vie de Renan et le Maudit*, suite à la Vie de Jésus. 1863, in-8° (Ducot èls, à Bordeaux).

MAUBERT (Pasteur H.) — *Nicodème, étude sur M. Renan*, d'après un mot de Jésus. 1863, in-8° (Grassart).

MEIGNAN (Mgr). — *M. Renan et le Cantique des Cantiques*. 1860, in-8° (Douniol).

MEISSAS (Abbé de). — *M. Renan, apologiste malgré lui*, réponse à l'Eglise chrétienne. 1879, in-8° (Vve Ducourtieux, à Limoges) (Gervais).

MEYER (Eugène). — *La Philosophie politique de Renan*. 1923, in-16 (Boivin).

MILLIoud (Maurice). — *La Religion de M. Renan*, 1891, in-12. (B. Benda, à Lausanne).

MILSAND (Ph.) — *Bibliographie des publications relatives au livre de M. Renan, la Vie de Jésus (Dijon)*. 1864, in-18 (Dentu).

MIRECOURT (E. de). — *Ernest Renan*. In-32 (Librairie des Contemporains).

MONOD (G.) — *Les Maîtres de l'histoire: Ernest Renan, Taine, Michelet*. 1894. In-8° (C.-Lévy).

MORILLON (Adolphe). — *Souvenirs de Saint-Nicolas ou l'Education de M. l'Abbé Dupanloup*. 1859 (Decoffre et Cie).

PARIGOT (Hippolyte). — *Renan, l'egoïsme intellectuel*. 1909, in-8° (Flammarion).

PARIS (Gaston). — *Penseurs et poètes: J. Darmesteter, Mistral, Sully-Prudhomme, Al. Bida, Renan, Sorel*. (Bibl. Hist. Contemp.). (C. Lévy).

PERRAUD (Cardinal). — *A. propos de la mort et des funérailles de M. Ernest Renan*, Souvenir et impressions. 1893. In-12 (Chapelliez).

PLASMAN (L. C. de). — *Monsieur Renan, de l'Académie française*, peint par ses oeuvres. 1879. In-12 (Gervais).

— *Les Strauss français, lettres critiques sur les doctrines antireligieuses de MM. Littré et Renan*, suivies du Musée philosophique, tiré des oeuvres de ces deux auteurs et de la réfutation du système de Strauss sur la résurrection. 1858. In-12 (Dentu).

PONS (A. J.) — *Ernest Renan et les Origines du Christianisme*. 1881, in-12 (Ollendorff).

REYNAUD (Abbé Joseph). — *Catéchisme renanique, ou Règne divin du Christ malgré Renan*, 1880, in-12 (chez l'auteur, à Goncelin (Savoie)).

RITTER (Eugène). — *Th. Ritter, ses amis et ses maîtres, choix de lettres*, 1859-1895 (Sainte-Beuve, Ernest Renan, Taine, Cherbuliez,

CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

ADHERIDO A LA FEDERACIÓN UNIVERSITARIA

COMISION DIRECTIVA

Periodo 1922 — 1923

Presidente
Vice presidente
Secretario de Notas
» » Actas
Tesorero
Protesorero

Emilio E. Aicardi
Delfina Varela Dominguez
Ramón Garasa
Dimas Oliva
Raúl Moglia
María Luisa Fernández

Ddos por 3º. año { Lidia Chaneles
José Cabrejas

Ddos por 2º. año { Graciela Cipriani
Angel Rosembiat

Ddos por 3º. año { Alicia Prados
Antonio D. Moreno

Ddos por 1er. año { Eleonora Coppa
Julio C. Pedraza

Director de la Biblioteca del Centro: Juan Roberto Rojo

Bibliotecario: Mario Carlisky

Delegados a la F. U. Emilio E. Aicardi, Ramón Garasa, Dimas Oliva y Raúl Moglia.

Delegados a la Liga del Profesorado Diplomado: Andrés Imaz, Moisés Whanish.

VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTU-
DÍANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

FEDERACION UNIVERSITARIA



VERBUM

REVISTA DEL
CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

AÑO XVII

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
430, VIAMONTE, 430
BUENOS AIRES

VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:
ROBERTO GUIBOURG

Administrador:
MARIO CARLISKY

Secretario de Redacción:
ANGEL J. B. RIVERA

Democracia Universitaria

La democracia universitaria no consiste a mi entender en la adopción del sufragio universal que es un instrumento político, para organizar la enseñanza que es un sistema técnico. Un sistema técnico no podrán organizarlo más que los idóneos; pero el sufragio universal dará este poder a los menos capaces, que son los discípulos, o sea aquellos que tratan de adquirir la idoneidad, precisamente porque no la tienen; y todavía a los discípulos de los cursos inferiores que son los más numerosos. Bajo dicho concepto la Universidad es aristocrática, científicamente hablando.

Parece natural que los instrumentos políticos sólo sean eficaces en la política; y aun así, el sufragio universal está lejos de satisfacer a todos los espíritus libres. En nuestro país, al menos, resulta peor a medida que es más genuino.

La democracia universitaria definida por el sufragio universal, fué una consecuencia de la demagogía a que el pueblo se entregó acá, como en otros países, bajo el estímulo de la quimérica soberanía que le atribuyen ciertos políticos ignorantes o explotadores, y del no menos ilusorio Paraíso bolchevique: doble crisis mental y moral que ya va pasando.

Por lo demás, los bolcheviques tampoco creen en el sufragio universal, ni lo practican; antes han adoptado un sistema de calificación, que esencialmente me parece muy bueno, y que consiste en la idoneidad del elector para vivir asociado, definida por el trabajo productivo. El parásito y el estéril son, en efecto, indignos de la ciudadanía. En cuanto a la soberanía del pueblo por derecho de nacimiento, es tan absurda como la de los reyes fundada en el mismo hecho. La igualdad sólo es justa y respetable cuando se funda en algo justo y respetable como el trabajo que es la ley más común de la vida activa, y por ello la más aplicable al conjunto de la sociedad; pero en colectividades limitadas como la universitaria, la igualdad exige otras condiciones. Por esto los instrumentos políticos son allá inaplicables.

La democracia universitaria tiene que basarse en el principio igualitario a cuya virtud toda la enseñanza que el Estado imparte debe ser enteramente gratuita: es decir accesible a todas las capacidades efectivas o presuntas.

Exigir pago por la enseñanza que el Estado imparte, cualquiera que sea el modo de imponerlo, es cometer la mayor iniquidad; pues nadie necesitará tanto de aquélla como el que por su pobreza no puede costársela, precisamente para dejar de ser pobre. Nuestros estudios superiores son caros, y hay que tornarlos enteramente gratuitos; pues de lo contrario seguirán subordinados al privilegio del dinero que es el más intolerable. Mientras el Estado venda ciencia, no habrá democracia en la enseñanza del Estado. En materia de enseñanza, la sociedad debe darlo todo; porque cuanto más dé, en más provecho ha de redundarle. En efecto: a mayor y mejor enseñanza, corresponderá mayor y mejor producción de los enseñados.

Y el segundo fundamento, está en reconocer el derecho de los discípulos para abandonar al maestro que deje de convenirles o interesarles, por cierto que resguardándose mediante precauciones fáciles de adoptar, contra las tentaciones de la disipación y del egoísmo.

El tercero y último fundamento, es que no exista en la Universidad otra autoridad que la del saber, para lo cual re-

quiérese ante todo una perfecta autonomía política y económica. Porque la Universidad tiene también que hacer su política. Ella es la formadora de gobernantes, y por lo tanto no puede ser gobernada desde afuera, sin falseamiento irremediable de su misión.

Disciplina, sobre todo en los estudios superiores, quiere decir sistematización de los conocimientos. De ella resulta el orden con el cual suele confundírsela en sentido autoritario, desnaturalizándola bajo un concepto policial.

Gobernarse la Universidad, es, pues, hacer su propia democracia, y llenar su misión en salud, que es decir con agrado y sin violencia. El llamado principio de autoridad debe confundirse en los institutos docentes con el reconocimiento leal del saber honradamente comunicado, que es la mejor dirección, vale decir el mejor gobierno. De esta suerte, disciplina y gobierno forman una sola cosa, y la democracia realiza su objeto, que no es el sufragio universal sino la dirección de la colectividad por los más capaces.

Leopoldo Lugones.

La Ciencia en la Patria de la Civilización

Conferencia pronunciada por el autor en el teatro Cervantes, el 5 de diciembre de 1922, en ocasión de celebrarse el 50.º aniversario de la Sociedad Científica Argentina.

La civilización egipcia legó a su posteridad dos monumentos que solemos contemplar como símbolos de la creación de Dios en la naturaleza y de la creación del hombre en la historia. La Esfinge y la Pirámide son esos monumentos, que, labrados en piedra perdurable, se alzan desde hace siglos entre las movibles aguas del mar y las movedizas arenas del desierto. El uno plasma en sus heterogéneas formas biológicas la unidad vital de los seres en el gran ser misterioso que es el cosmos, y a éste lo simboliza la Esfinge; mientras el otro plasma en sus homogéneas formas geométricas la unidad lógica de las ciencias en la gran ciencia que es el ideal, y a éste lo simboliza la Pirámide. Así, estos dos emblemas enormes son como hilos que demarcan la esfera universal de la cultura, materializando el uno lo desconocido que imanta nuestra ambición, y materializando el otro nuestra ambición que remonta metódica al luminoso culmen de la verdad. Arte,

sabiduría, misticismo y acción, todo ello se refunde en tales mitos, que así resultan elevados símbolos de la ciencia. Por eso la vida y la muerte yacen en sus entrañas de piedra; la tierra obscura sírveles de pedestal; la luz del claro empíreo las envuelve; y la intuición de lo que ellas expresan continúa obrando en las conquistas del espíritu humano.

Todo pueblo civilizado ha tenido su Esfinge y su Pirámide, pues aunque estos íconos materialmente hayan faltado, cada pueblo tuvo esfinges que descifrar y pirámides que construir, apenas su conciencia hubo entrado en la responsabilidad de la cultura. Para ese culto se fundó entre nosotros la Sociedad Científica Argentina, cuyo cincuentenario celebramos, y sólo comparando lo que éramos entonces con lo que somos hoy, podremos apreciar la obra realizada por esta benemérita sociedad en medio siglo de vida. Como otros pueblos, habíamos descubierto la Esfinge; pero necesitábamos levantar la Pirámide, y no es jactancia decir que estamos levantándola.

Sobre un montículo de piedra, yacía la esfinge de Giseh, con su cuerpo de toro, con sus garras de león, con sus alas de águila, y encima de todo ello, la cabeza humana que parecía mirar a lo lejos, con ojos impávidos, las montañas de la Libia y escuchar con oídos invisibles la cadencia del mar lejano...

Traslademos intacto el símbolo a nuestro ambiente: levantemos el ícono junto al Plata, que es nuestro Nilo; hagámosle mirar, en ideal visión, hacia los Andes lejanos, mientras suena en la brisa de la Pampa la imaginaria voz del Atlántico rumoroso. El hombre del Nuevo Mundo se ha acercado al mito para contemplarlo: es el eterno Edipo de los enigmas. Y entonces ve que aquí como allá, en el Plata como en el Nilo, el enigma del cosmos y del hombre es el mismo; que sobre el pedestal de la vida inorgánica y de las moles físicas sometidas a fuerzas matemáticas, ha aparecido la vida de los seres animados, y sobre las formas animales del león y el toro, coronando la evolución, se ha erguido el hombre cuya cabeza reina iluminada por la luz de los cielos. Com-

prende así que la ciencia tiene también aquí una misión solidaria con la de todos los pueblos, porque el Universo es un inmenso ser organizado, un heterogéneo cuerpo sometido a la unidad espiritual de sus leyes, y que el hombre sólo es una imagen abreviada del Universo...

Aquel Edipo nuevo se llamó entre nosotros Florentino Ameghino y tuvo en esta Sociedad Científica su Thebas laica.

Mas he aquí que, de pronto, la Esfinge toma bajo el sol de América un sentido nuevo, porque tal es la fecundidad proteica de los símbolos. Bajo el sol de América, este mito hierático, en la multitud de sus significados ocultos, parece aludir también a esos seres vivos que son las naciones, entidades con cuerpo y con alma, formadas de la tierra, que es la naturaleza, y del hombre, que es la historia. El clarividente ve entonces, con los ojos de la intuición, que la Esfinge envuelve el enigma de nuestra patria: ese montículo del pedestal es la tierra nativa; esas alas, que parecen de cóndor, son el misterio alado de las cosas indias; esas garras de león, el jeroglífico de España y de nuestras guerras de origen; ese cuerpo de toro, el fundamento de nuestra economía social; y esa cabeza humana, la afirmación de que se ha de poner sobre el terruño inerte, sobre la tradición instintiva, sobre las armas y sobre la riqueza, la conciencia de todo ello, refundiendo sus partes heterogéneas en la unidad de un nuevo ser sometido a las normas de la inteligencia.

El clarividente de este otro símbolo se llamó entre nosotros Domingo Faustino Sarmiento, y éste también halló en la Sociedad Científica Argentina su Thebas laica.

Dos veces, pues, ha hablado para nosotros la esfinge durante el siglo anterior. Los enigmas universales de la naturaleza, propuestos a la biología y a la física; los enigmas locales de la historia, propuestos a la política y a la educación, tales fueron el mensaje de Ameghino, fundador de nuestras ciencias naturales, y el mensaje de Sarmiento, fundador de nuestras ciencias sociales. Ellos, al darnos la conciencia de dichos problemas, crearon el deber de resolverlos por colabo-

ración nacional, para que nuestra patria iluminara por sí la senda de su propio destino, y para que entregáramos a la humanidad el tributo de ciencia que le debíamos desde el instante mismo de nuestra emancipación. Porque los pueblos que se emancipan pierden todo derecho a seguir siendo parásitos de la vida internacional en dichos órdenes de la cultura. Las colonias, sí, pueden vivir intelectualmente a expensas de sus metrópolis, dispensándose de pensar porque toman a los pueblos tutelares su filosofía, su ciencia, su industria, su arte, su política, a cambio de la explotación económica. Pero cuando un pueblo deja de ser colonia para proclamarse nación, como nosotros lo hicimos, entonces ya no puede ese pueblo conformarse con el orgullo inicial de sus victorias marciales, que fueron una necesidad transitoria; ni con el régimen convencional de una autonomía jurídica que reposa en el reconocimiento de otros Estados; ni con la exportación de sus materias primas en barcos ajenos, porque eso es rudimentario comercio de factorías; sino que debe ese pueblo aspirar a vivir como igual entre las naciones creadoras de cultura, dando a la humanidad la contribución de su propio pensamiento, y afirmando su personalidad moral por la creación de una filosofía, de una ciencia y de un arte. La nacionalidad no cuenta en la historia sino cuando es la afirmación de ese hecho espiritual. A ello tendió la Sociedad Científica Argentina, a ello tiende nuestra Facultad de Filosofía y Letras, caminos diversos de una misma ascensión. Las armas para defender el territorio, el gobierno para administrar los bienes sociales, el dinero para conseguir el bienestar material, no son sino instrumentos de que las naciones necesitan valerse para realizar aquellos ideales. Hay pueblos plebeyos y pueblos aristocráticos: si el pueblo argentino quiere ser de estos últimos y no aparecer como un grotesco *nouveau riche* entre las naciones, debe apresurarse a comprender lo que vale la ciencia pura en la civilización.

Inútil parece al vulgo por alta y por intangible la estrella lejana, y sin embargo medimos nuestras horas por la marcha de esa lumbré sutil y por ella orientamos nuestros caminos en la tierra.

Fué este ideal transcendente lo que simbolizaron en la Pirámide los antiguos egipcios, padres espirituales de los hebreos y los griegos. Al dársela por tumba al Faraón, confirmaron el símbolo, puesto que el Faraón en vida era pontífice de una sinarquía de sabios, y puesto que la muerte lo inmortalizaba, emprendiendo su doble el viaje ascendente de los cielos. Así, aquel jeroglífico de piedra podía considerarse como estilización del luminoso haz que baja desde el zenit hasta la tierra, o como la estilización de la llama, que asciende desde el negro carbón en su radiante cono de fuego. La luz era el símbolo cosmogónico de la idea divina derramada desde su cúspide originaria en la materia cada vez más densa; y el fuego era el símbolo antropogónico del ideal humano subiendo desde la densa materia hacia su fuente divina. Geometrizados ambos en la pirámide, se refundían bajo un solo emblema: la involución de Dios en el Universo y la evolución del Universo en Dios; luz serena que baja, y atormentado fuego que asciende. La síntesis de religión, ciencia, política y arte, logró expresarse así bajo una forma simplísima, cuya arquitectura reposaba en una razón matemática.

De tiempo en tiempo la humanidad ha buscado la razón perdida de aquella síntesis, nunca tan necesaria como hoy, en medio de la atroz anarquía que desgarrá al mundo. Hace ya muchos siglos parecieron vislumbrarla algunas ciudades armoniosas, algunas instituciones inspiradas. Fué tal vez Atenas pagana cuando edificó la Acrópolis; fué acaso la cristiandad europea cuando en su mística plenitud realizó el prodigio de las catedrales. Pero la inteligencia helénica se envició en la verba de los sofistas, y la fe medioeval se desvaneció en el éxtasis de los visionarios. Más equilibrada integración de lo visible y de lo invisible, inspiró a la escuela pitagórica de Crotona, cuya gloria fugaz halló ocaso de sangre bajo el hie-

rro de una tiranía. Pero esa noble tradición no habría de perderse. Platón había dicho en su *Timeo*, al tratar sobre la naturaleza: "El Dios engendrado es visible a nuestros ojos." Y Leonardo da Vinci dijo en pleno renacimiento: "Los animales son el ejemplo de la vida universal." Y Henry Poincaré, físico de nuestro tiempo, ha podido decir: "Hay en el hombre otras fuerzas, además de la inteligencia." He ahí los caminos de la antigua verdad, que ponía las ciencias bajo el patrocinio de las musas y que al hermanar la música y las matemáticas, hacía vivir a los hombres en la familiaridad de lo divino. No reducir la ciencia a simples esquemas intelectuales; superar el conocimiento de lo particular por la intuición de lo universal; concebir al cosmos como un ser animado por una inteligencia presente en su belleza y en sus leyes: he ahí la norma para reconstruir la pirámide ideal de nuestro símbolo.

No quiere esto decir que debemos abandonar los métodos positivistas, puesto que sin ellos nada valdrían las ciencias experimentales; ni es tampoco una censura a las especialidades científicas, que sin el afán de sus propósitos concretos no hubieran realizado los admirables hallazgos de que hoy se enorgullece la humanidad. Quiero simplemente significar que el método positivista conviene a un determinado orden de conocimientos, no a todos, y que las hipótesis son necesarias. El mayor filósofo de ese método, Augusto Comte, consideraba las especialidades como una limitación forzosa impuesta por la precaria capacidad del hombre, y preconizaba, por ese mismo principio de división del trabajo, una ciencia de lo general que eslabonaba a las ciencias particulares, y eso fué lo que él llamó "la filosofía positiva". Sus discípulos parecen olvidar que Comte compuso un tratado sobre la jerarquía dogmática de las ciencias, encadenándolas según su universalidad y su exactitud, y así las eslabonó por este orden: matemática, astronomía, física, química, biología y sociología, haciendo a cada una de ellas reposar sobre la precedente, con tan sólida arquitectura, que volvió a verse en su construcción

la unidad simbolizada por la pirámide. No faltó armonía lógica a su sistema, sino horizonte metafísico, más que por haber negado lo invisible, porque lo creyó inalcanzable para la inteligencia humana. Pero los demonios del umbral se burlaron de él, con trágico humorismo, haciendo concluir su vida en la locura y en el amor, cuando divinizó a su Clotilde en los altares de una religión.

Las ciencias particulares han progresado tanto después de Comte, que cada día se hace más difícil definir sus límites en la realidad. La matemática ve transmutarse el tiempo, el movimiento y el espacio en la concepción einsteniana; la física va sutilizando al éter y complicando al átomo; la geometría postula las posibilidades aneuclidianas del hiperespacio; la química tiende un puente sobre el abismo que antes separaba lo inorgánico de lo orgánico; la biología casi no discierne ya las elementales especies de lo vegetal y de lo animal; y, finalmente, el hombre vuela, mira a través de los cuerpos opacos, percibe las palabras del ámbito distante, explora el mundo de los sueños, y proyecta su cuerpo astral en lo desconocido. Nunca hubo entre los hombres mayor aptitud para lo maravilloso, mayor sed de misterio, ansia más inefable de unidad. Dijérase que son las mismas ciencias positivas las que están levantando uno tras otro los siete velos de la Isis invisible a quien ellas negaron. Quién sabe si mañana la filosofía, fundada en ellas, no deberá decirnos que nuestras ideas de tiempo y espacio, de espíritu y materia, de cuerpo y alma, de fuerza y movimiento, de luz y sombra, de silencio y música, son apenas categorías dialécticas de nuestra limitada razón o simples ilusiones de nuestros sentidos, como las nubes de plata con que la luna decora las vestiduras de la noche.

Hay quienes creen que si la Maya búdica es la única verdad — si el mundo es una ilusión y es un ensueño la vida, — debiéramos anegarnos en el pesimismo y el nirvana. Aquella sierpe anillada que se muerde la cola, y que es signo oculista de la evolución, vendría a poner su sello trágico en el Libro de la Ciencia. Pero aun aceptado que la materia es-

pacial es espíritu manifestado y que la vida es materia en retorno al espíritu sin formas de la eternidad, eso no implica que, mientras el hombre exista bajo su cuerpo actual, no haya de haber una ciencia de las realidades concretas, y estas realidades no hayan de ser verdaderas para nuestra experiencia sensual. Fué este mundo de las realidades multiformes lo que simbolizó la Esfinge, y fué aquel otro mundo de la unidad espiritual la que simbolizó la Pirámide. Las dos son verdaderas: la una en el espacio, la otra en el tiempo. Cuando llegue la muerte, el cuerpo será como despojo de crisálida, vuelto a los hornos de la vida química para prestar vestidura a nuevos seres, y el alma será entonces aquel pájaro Bai que vuela por el infinito oyendo la armonía de los números. Para ella el *Libro de los muertos* contaba en Egipto: "Oh, alma ciega, ármate con la antorcha de los misterios, y en la noche terrestre descubrirás tu Doble luminoso, tu alma celeste. Sigue a ese divino guía y que él sea tu genio. Porque él tiene la clave de tus existencias pasadas y futuras".

Grande es, señores, la ciencia de la Vida; pero no olvidemos que también existe una ciencia de la Muerte. A una y otra las refundió en su emblema la Pirámide antigua. Por eso cuando el inglés Osburn vió por primera vez la de Kheops, sintió la inmensidad de aquel monumento. "No hay palabra que pueda decir lo abrumado que se siente el espíritu al contemplarla", exclama. La blancura sepulcral de sus bloques brillaba de un lado al soslayar el sol, proyectando hacia el otro una sombra hacia los trigales de Giseh, y un sentimiento de veneración temerosa conmovió el ánimo del viajero. No es cierto que haya sido obra de esclavos para vanidad de reyes. Es algo más que todo eso: es el espíritu de Dios bajando hacia la materia y es la materia ascendiendo en progresivo remonte hacia la luz de su cúspide espiritual. Por eso su símbolo aleccionador puede aplicarse lo mismo a la arquitectura del universo y a la unidad de las ciencias, que a la moral de los individuos y a la política de las sociedades. Hay vidas heroicamente realizadas según el canon de la pirámide: por

ejemplo la vida de Goethe. Y así también puede haber patrias edificadas para el ideal de ese mismo canon. Que tal sea, señores, la elevación progresiva y sólida de nuestra patria, pues, tal fué el propósito de los héroes fundadores, cuando hace un siglo levantaron en la plaza de la revolución y coronada por la libertad, el más simple y glorioso de los monumentos, esa Pirámide de Mayo, emblema auténtico de nuestro destino.

A las ciencias, ante todo, hemos de pedir el secreto de esa arquitectura, pero a las ciencias concebidas como sistema de especialidades solidarias en la verdad filosófica, parte a su vez de más vasto sistema en el cual entran, como la verdad, la fe, la belleza, la acción. Y pues las ciencias han tendido a la unidad enciclopédica en el pensamiento de los grandes filósofos, desde antes de Aristóteles hasta después de Comte, observamos que también las artes han podido unificarse en la obra estética de Wagner, y que el estudio comparado de las religiones descubre en ellas otra misteriosa unidad, gemela de la que podrían alcanzar las varias formas de la acción pragmática — educación y política — en un solo mandamiento de lealtad y desinterés. Tal serían los cuatro lados de esa pirámide del alma, vuelto cada uno a un rumbo del horizonte, y los cuatro reunidos en la cúspide luminosa, donde la luz de Dios enciende la chispa excelsa de eso que los antiguos llamaron la sabiduría.

¡Triste destino el del hombre, viajero perdido en las tinieblas, con una débil lámpara que vuelta a vuelta apaga el viento de la tempestad! ¿Quién se la encenderá de nuevo esta vez, cuando casi todos los hogares yacen cubiertos de ceniza? Abrió la puerta del santuario, y vió que se extinguían los últimos cirios ante los ídolos desolados. Abrió la puerta del laboratorio y vió que las últimas brasas ardían para las marmitas de una alquimia siniestra donde se manipulaban pólvoras y crysopeyas. Abrió la puerta del teatro, y vió que las últimas lámparas alumbraban apenas una orgía de danzas lúbricas. Abrió la puerta de la usina, y vió que los últimos ti-

zonas de la fragua era ya teas de incendio en manos de la venganza...

Tendió entonces los ojos al horizonte, y vió a la Esfinge, como hace siglos, con sus garras de león y sus alas de águila, inmóvil entre arenas que parecían de clepsidra rota del tiempo, mientras allá a lo lejos la Pirámide, símbolo de la ciencia integral, levantaba en la noche del desierto su cúspide luminosa y guiadora.

Ricardo ROJAS.

RENAN

Señores:

La inauguración del año académico bajo la advocación de Renan, puede llegar a trascender su significado concreto de homenaje a la memoria de uno de los más preclaros maestros del siglo pasado, para asumir toda la solemnidad de un acto simbólico si, aquilatando los motivos de nuestra admiración para el artífice delicado del nuevo carmen apolíneo en que resonara con tonalidades desconocidas la leyenda del Profeta de Nazaret, tratamos de alcanzar el valor íntimo de la personalidad de Renan, bajo los dos aspectos que pueden mayormente interesar al estudioso actual, es decir: el Renan de la escuela y el Renan del libro.

Problema arduo es el que nos proponemos.

Resolver, en efecto, la anomalía del estridente contraste de dos modalidades excluyentes en el mismo temperamento, requiere un esfuerzo de análisis no común.

Renan maestro es la negación misma de Renan escritor: el primero es el sabio auténtico, al paso que el segundo se esfuma en los contornos indefinidos del vulgarizador popular. ¿Cómo pueden concretarse tan opuestas faces mentales en el mismo espíritu? ¿Ha sido el sabio realmente sabio, o simplemente *amateur*, y el divulgador, ha sido historiador o bien filósofo o bien artista? Y ateniéndonos al fondo mismo del problema: ¿puede un verdadero sabio transformarse en vulgarizador? ¿No hay aquí contradicción insalvable?

Veámoslo.

En la enunciación escueta de la cuestión, menester es reconocer que la contradicción surge ineludible. Pero integrando ambos términos contradictorios en la vida misma del escritor, descúbrese, por la formación de su carácter, la explicación del extraño fenómeno. Ahí está, por otra parte, el secreto de su obra; ahí está, en ese enigma psicológico, la clave para la debida apreciación de la misma, y la razón de su eficiencia contra el embate del tiempo y del prejuicio. Con la intuición finísima que lo distinguía, el mismo Renan pareció haberlo vislumbrado. A esto, tal vez, responde que en sus escritos autobiográficos nos proporcione de ello tan copiosa documentación.

Si, pues, la mentalidad de Renan deber ser estudiada a la luz de su vida, esto significará que su biografía exige un examen hecho con espíritu filosófico. Nada nos dirá, en efecto, quien se limite a repetirnos como nació el gran escritor el 28 de Febrero de 1823 en Tréguier (Côtes du Nord), para desgranar luego los detalles biográficos: su vida de escolar; su ingreso al Seminario de San Nicolás; su traslado a San Sulpicio, primero, y luego a París; sus primeras dudas y luchas internas; su dedicación al estudio del hebreo y de la exégesis alemana con Le Hir; su abandono de la vida eclesiástica; su vida de preceptor privado; sus primeras publicaciones, *Averroé* y *el Averroísmo* entre ellas; su iniciación como escritor exitista en el *Journal des Savants* y en la *Révue des Deux Mondes*; su incorporación a la Academia; sus trabajos, ya notables, sobre las lenguas semíticas e historia de las Religiones; su *Job* y su *Cántica de Salomón*; luego la *Vida de Jesús*, seguida por la serie de *Los orígenes del Cristianismo*; sus tentativas dramáticas; sus escritos autobiográficos; la *Historia del Pueblo de Israel*; y el término de tan fecunda existencia en el *Collège de France* el 2 de Octubre de 1892. Tenemos aquí, en verdad, el cuadro de una enorme actividad, en el que podemos idealizar la semblanza de ese hombre excepcionalmente dotado por la naturaleza y favorecido por la fortuna, pero nada más. El Renan, el verdadero Renan en es-

píritu y en acción que deseamos comprender, escapa a la simple recordación biográfica, no obstante las acostumbradas amplificaciones retóricas del ditirambo hiperbólico o de la crítica de rutina.

Mas, en cambio, póngase de relieve la circunstancia de su origen gascón por el lado materno y bretón por el paterno, y he ahí un haz de luz arrojado por la biología en la vida del pensador. “Esta complejidad de origen — escribe él mismo — es en gran parte la causa de mis aparentes inconsistencias. Yo tengo una naturaleza doble; una parte de mí mismo sonrío, mientras la otra llora”. Ahora bien: en otro lugar nos hace saber que el elemento gascón dominaba en él. ¿Cuándo? Nótese: en los últimos años, los volterianos. En los primeros, los místicos, sentíase bretón genuino. ¿Quién no percibe en esta comprobación todo el ciclo evolutivo de la vida de Renan, el carácter de su labor intelectual, su estilo, su crítica, su actitud en la cátedra, su otra actitud, tan diversa, para con el gran público lector? De todos conocida es la influencia decisiva ejercida sobre él por su hermana Enriqueta. El mismo Renan nos informa que mientras ella viviera tuvo que mantener en sujeción su “hombre gascón”. Pero nos dice asimismo que en Enriqueta sobrevivía el espíritu del padre “hombre dulce y melancólico” el cual, a pesar de su profesión de *marchand-épiciér*, pertenecía al número de los bretones que se caracterizan por ese “idealismo que trae consigo el desprecio de la riqueza porque es generalmente adquirida por medios innobles”.

Aquí se nos aclara en seguida un lado sombrío del carácter y del pensamiento renanianos. ¿No habrá sido, tal vez, la necesidad de encontrar un compromiso entre los dos hombres que le luchaban en la conciencia, aquello que imprimió sobre su existencia esa mácula de oportunismo espiritual, perennemente flotante entre el arranque místico y el sarcasmo volteriano, y que, forzoso es reconocerlo, afea con excesiva frecuencia su labor, y le resta eficacia? ¿Ha sido escéptico? ¿Ha sido creyente? ¿Ha sido — digámoslo sin eufemismos —

un simulador? Su íntimo amigo el abate Cognat nos lo describe cuando, aun niño, ingresó al Seminario de San Nicolás de Chardonnet: "Su aspecto era pálido y enfermizo. Su cuerpo endeble sostenía una enorme cabeza. Sus ojos, casi siempre bajos, levantábanse solamente para lanzar largas miradas de soslayo. Tímido hasta la cobardía, pensativo hasta la mudez, parecía ser un peso a sí mismo".

Y el propio abate, comentando el pasaje de los *Souvenirs* en el que Renan relata la impresión desfavorable por él recibida a su ingreso en San Nicolás, exclama: "Si tal ha sido la impresión de M. Renan al ingresar al Seminario en 1838, hay que admitir que ha sido un excelente simulador y desempeñó su comedia con habilidad. En la capilla, desde el comienzo del servicio, tomó su lugar entre los más serios y devotos. Por su piedad se singularizó en el concepto de sus compañeros y maestros. No le faltaron, por este motivo, congratulaciones y distinciones. No he olvidado con cuanta emulación vi a mi amigo entre los dignatarios de la Cofradía de la Virgen, mientras yo no había alcanzado, y eso con mucha dificultad, más que el modesto grado de aspirante en la piadosa institución". Y así, consignando otros detalles del pietismo inicial de Renan, termina con estas significativas palabras: "Agrego un detalle aparentemente trivial, sin embargo característico: M. Renan nunca dejaba de introducir una cruz en su firma". ¿Hipocresía? Quizás no tanto. Pero los que tienen conocimiento de la psicología religiosa, saben que los temperamentos pietistas muy rara vez son sinceros.

Otro detalle de destacada importancia en la vida de Renan, ha sido el predominio que tuvieron en ella, según él mismo nos informa, la mujer y el sacerdote, y nada más apropiado para desarrollar las cualidades taimadas en un temperamento predispuesto.

En esta corcunstancia, empero, radican a su vez — sin que haya en ello paradoja — las cualidades opuestas del carácter de Renan.

Mientras éste, en efecto, como escritor es un funámbulo desconcertante, como investigador, como sabio, como maestro es de una seriedad y sinceridad verdaderamente admirables. Es que tanto la mujer como el sacerdote, si gustan, por un lado, agradar a la muchedumbre, si evitan contradecir, chocar, polemizar, obedecer, en una palabra, en cualquier modo al espíritu agresivo, créanse, por el otro, un mundo interno, un *sancta sanctorum* en el que elevan el altar de la verdad, de la sinceridad, de la honestidad, de la pureza de mente y de corazón, que mantienen celosamente inmune de contaminación cerrándolo a la mirada profana de la turba.

Renán profesor es un solitario, un aristócrata. "Le goût de l'histoire est le plus aristocratique des goûts", manifiesta al iniciar la *Historia del Pueblo de Israel*, es decir, el gusto menos accesible a la muchedumbre. Por eso, en la cátedra, donde hace historia en serio, nunca rebaja la materia al verbalismo atrayente. Un grupo reducido de elegidos, una *élite* de jóvenes con vocación real para los altos estudios, he ahí su clase.

Nada, pues, de extensión universitaria: intensificación en el más alto grado. Y cuando esa *élite* de discípulos le falta, queda en su casa. Tal ha sido su actitud durante dos años seguidos en el *Collège de France*, y cuando a raíz de la publicación de la *Vida de Jesús* el Ministro de Instrucción Pública trató de darle otro destino con el objeto de suprimir una cátedra que, no por carecer de alumnos, resultaba menos peligrosa para la ortodoxia dominante en la Iglesia y en la política, arguyendo la irregularidad de unos honorarios percibidos por clases no impartidas, Renán le enrostró el mezquino concepto de la labor universitaria, rechazando la oferta con la frase lapidaria: "*Pecunia tua tecum sit*". No es, pues, de extrañar que Renán, como maestro, quedara poco menos que desconocido para el público. Tenemos, en este respecto, el testimonio de un sabio profesor argentino, el doctor Ernesto Quesada, quien así describe una de sus clases: "...al mismo tiempo que (el público) se atropellaba por llenar el anfiteatro

de un Caro o de un Blanc, dejaba desierta la pequeña sala donde enseñaba, distraído cual si estuviera a mil leguas de ahí, cierto robusto anciano, de grueso vientre, cara lampiña, frente anchísima, mirada de águila; y el cual parecía ser, al verle caminar, algún clérigo sin sotana. Era Renan. No le importaba la mucha o poca concurrencia: con un absoluto aplomo y sangre fría envidiables, tomaba la tiza con la mano derecha, metía la izquierda en el bolsillo del pantalón y abordaba tranquilamente el tema de su lección; recuerdo haberle oído explicar lenguas hebrea, caldea y asiria; no entendía yo nada del asunto, pero le oía exponer con tal sencillez, — como si hablara a solas, pareciendo abstraído y transfigurado, empeñándose en cierto modo en demostrarse a sí mismo las minucias de su exposición — que miraba con ojos de envidia a los pocos iniciados que tomaban presurosos sus apuntes, a fin de que la palabra del maestro no cayera en vano; descifraba el profesor algunas inscripciones fenicias a la sazón recientemente descubiertas en Cerdeña, y trazaba los raros caracteres con una perfección admirable, en la pizarra: los analizaba, los comentaba, los daba vuelta de tal modo, y todo esto con una naturalidad tan grande, con una mirada tan bondadosa, una sonrisa tan amable y un gesto tan expresivo, que parecía imposible no entenderle... Y sin embargo, conté los presentes: eran apenas seis."

He ahí el Renan sabio, de cuerpo entero. En las palabras del doctor Quesada, tenemos descrito el método de elaboración científica del gran escritor francés. ¿Vulgarizador? Sea. Pero aprendan los que atribuyen al calificativo un significado que no le es propio, lo que implica el vulgarizar los resultados de la investigación, en la forma en que lo hacen los grandes maestros franceses, ya se llamen Boissier, Flammarion o Renan. Bien sabida es la lamentable confusión que al respecto reina, especialmente en lo que atañe a los estudios históricos. Hay quien cree que la fácil literatura historiográfica que nos viene de Francia, es obra de improvisación, de intuición genial. Nada más erróneo. Esa literatura — en sus buenas ma-

nifestaciones, se comprende, pues las malas no se tienen en cuenta — fácil tan sólo en las apariencias, tiene bases científicas graníticas. No es compilada con lecturas, sino que surge del trabajo de gabinete, de la dura manipulación de los materiales primeros. Nada, a la verdad, nos cuesta creer tal cosa para las otras ramas científicas. Para la historia, en cambio, nos parece poco menos que inconcebible. Y es que la historia continúa siendo, entre nosotros, un saber esencialmente libresco. Leer y más leer, memorizando hasta donde sea posible: he ahí lo que entendemos, en general, por estudios históricos. Y esta perversa noción se ha generalizado hasta el punto de creer no solamente que la noción histórica puede formarse a base de lecturas, sino que aun el libro, el libro a la francesa, el libro a lo Renan, puede también ser hecho a base de lecturas. Decid a un naturalista, a un químico, a un médico que puede estudiarse botánica, química o medicina en los libros, y le haréis sonreír. Observad, en cambio, lo que se hace en historia entre nosotros, y notaréis que lo libresco es lo sobresaliente. ¿Extrañaremos, ahora, que los estudios históricos asuman esa forma de pereza mental que lee por leer, lee por apacible entretenimiento, amén de cuando dichos estudios vienen a ser un recurso ideal para el literato sin talento al que las generalidades históricas sirven de contenido para un estilo falto de inspiración; o son aprovechados por el político, por el propagandista de reformas sociales, quienes leen historia para sofisticar argumentos; o por el periodista, en fin, que, acostumbrado a improvisar, a pontificar sobre todo cuanto ha acontecido y acontece debajo del sol mete mano a la historia como a una crónica, la crónica del género humano? Leer y leer. Luego, un buen fichero, un juego de carpetas monográficas hecho con inteligencia, y he ahí agotadas las disciplinas históricas. ¡Cuántas profanaciones, cuánto histrionismo oculta este juego!

He aquí hablándonos de civilización oriental quien nunca se ha familiarizado con esos trabajos que el doctor Quesada vió realizar a Renan; de civilización egipcia quien jamás

ha interpretado un texto jeroglífico; de civilización greco-romana quien no ha tenido siquiera entre manos una colección de papiros, ni ha interpretado una inscripción, ni un juego de óstraca; o de civilización bizantina o medioeval quien en su vida ha hojeado un *Corpus*, ni ha desentrañado una *Crónica*. Y lo que es peor aun, lo que es mil veces más perjudicial, es el ver sacrificar como *caput mortuum* para vaguedades especulativas de color filosófico, las grandes caracterizaciones de la marcha evolutiva de la civilización — las Religiones de la antigüedad, la crisis del pensamiento griego en el siglo V, el Cristianismo, el Renacimiento, la Reforma — por quien evidencia no haber tomado contacto inmediato con los monumentos del genio que involucran el alma de esos eventos fundamentales: los Vedas, Platón, los *Évangélicos*, Pablo, Petrarca, Pomponacio, Lutero. Ved, en cambio, a Renan. Ante los seis discípulos contados por el doctor Quesada, describe, filológicamente, la historia de la civilización de Oriente; en el análisis de una inscripción fenicia descubierta en Cerdeña; cuántas revelaciones habrá hecho surgir ese espíritu selecto! cuántas sugerencias acerca de la penetración asiática en el Mediterráneo, preludio de la lucha suprema entre Roma y Cartago, lucha decisiva para la determinación de cuál sería la civilización dominante en el porvenir, si la semítica o la indo-germánica!

Pero hasta aquí llega el Renán bretón. Fuera de la escuela, en contacto con el público, al dar expresión a su pensamiento, tan severamente elaborado, para el lector común, el gascón prevalece. La austeridad y el aristocratismo desaparecen. Desaparece, especialmente, la coherencia. Y entonces, la sonrisa escéptica y el arranque místico; la piedad y el desdén; el epicureísmo del *Eclesiastés* y el fervor lírico de los Salmos; la sensualidad retozona del *Cantar de los Cantares* y el pesimismo sin esperanza de *Job*, se entrelazan, se suceden, se sobreponen en el mismo capítulo, en el mismo párrafo, en la misma frase. Es el cleriguillo simulador que continúa su comedia en un escenario más vasto y ante una platea más difí-

cil y más renuente. Y aquel Renan que en la escuela no consiente en rebajar el tema, y se retira a su soledad cuando los discípulos le abandonan, busca ante la platea lectora el fácil aplauso y el éxito ruidoso. El Renan sabio se eclipsa; el Renan artista — escritor, novelista y pensador — toma la delantera.

Claro está que es el público, el público francés especialmente, quien lo quiere así. Y como el gusto francés es el dechado del gusto universal, Renan — el Renan artista — complace el gusto universal complaciendo el francés.

Bien convencido, por lo demás, de que la forma es todo, de que la forma atrae al lector y lo cautiva; sabe también que el mismo lector, finísimamente exigente en lo que a la forma atañe, no reclama en cambio, en cuanto al fondo, sino preparación auténtica en su autor. Allá y acá. Porque no lo olviden los osados: el público francés y el público argentino tienen una percepción intuitiva extraordinariamente delicada para apreciar en lo que vale el universalismo omnisciente de las plumas salomónicas. Una vez llenado, empero, el requisito de la preparación, el estilo, el arte es todo.

Y Renan ha sido un artista, un estilista soberano. Alguna de sus páginas admirables han pasado al tesoro inmortal de la más alta creación humana. ¿Quién no recuerda la elegía con que corona el relato de la muerte de Jesús? “Reposa en tu gloria, noble iniciador de la más sublime doctrina! Tu obra se halla concluída; tu divinidad queda fundada. No temas ya que una falta venga a echar por tierra el edificio de tus esfuerzos. Lejos del alcance de la fragilidad humana; en adelante asistirás desde el seno de la paz divina a las infinitas consecuencias de tus actos. A costa de algunas horas de sufrimientos, que ni siquiera pudieron abatir la grandeza de tu alma, has conseguido la más completa inmortalidad. Tu nombre, gloria y orgullo del mundo, va a exaltarle durante millares de años. Lábaro de nuestras contradicciones, tú serás la bandera a cuyo alrededor se libraré la más ardiente de las batallas. Y mil veces más vivo, más amado después de tu muerte que mientras cruzaste este valle de lágrimas, llegarás a ser de

“ tal modo la piedra angular de la humanidad, que borrar tu
“ nombre de los anales del mundo sería conmooverlo hasta en
“ sus cimientos. Entre Dios y tú ya no se hará distinción
“ ninguna. Toma, pues, posesión de tu reino, sublime vence-
“ dor de la muerte, de ese reino adonde te seguirán, por la
“ ancha vía que trazaste, siglos de adoradores.” De su estilo
interpretativo y narrativo, estos párrafos de *Los Apóstoles*:
“ El núcleo principal de los discípulos hallábase justamente
“ reunido alrededor de Pedro. La noche había cerrado. Co-
“ municábanse mutuamente sus impresiones y lo que cada uno
“ había oído. La creencia general era que Jesús había resu-
“ citado. A la llegada de los dos discípulos (los de Emmaus)
“ se apresuraron a contarles lo que se llamaba *la visión de*
“ *Pedro*. Ellos, por su parte, cuentan lo que les ha ocurrido
“ en el camino y cómo lo reconocieron al romper el pan. Su
“ imaginación se encontraba vivamente excitada. Las puertas
“ estaban cerradas, pues se temía a los judíos. Las ciudades
“ orientales permanecen silenciosas después del obscurecer. El
“ silencio era, pues, profundísimo en el interior; el más lige-
“ ro rumor, producido por cualquier cosa, los hacía concebir
“ esperanzas de aparición. La esperanza crea muchas veces
“ su objeto. Durante un instante de silencio, un pequeño so-
“ plo acaricia la faz de los reunidos. Hay momentos en que
“ una corriente de aire, una ventana que cruje, un murmullo
“ casual, confirma la creencia de los pueblos por muchos si-
“ glos. Al mismo tiempo que el soplo, creyeron oír sonidos.
“ Unos dijeron que habían oído la palabra “shalom”, que
“ significa en hebreo “dicha” o “paz”. Era el saludo ordina-
“ rio de Jesús y la palabra que indicaba su presencia cuando
“ estaba vivo. No hay duda posible. ¡Jesús está presente!
“ ¡Jesús forma parte de la asamblea! Es su voz querida, to-
“ dos la reconocen. Aquella creencia fué tanto más fácil de
“ aceptar, cuanto que Jesús les había dicho que, cuantas ve-
“ ces se reuniesen en su nombre, él estaría con ellos. Fué,
“ pues cosa hecha que Jesús se apareció a sus discípulos, re-
“ unidos el domingo por la noche. Unos dijeron que habían

“distinguido la señal de los clavos en las manos y en sus pies, “y en el costado la del lanzazo. Según una tradición muy “extendida, esa noche fué cuando envió sobre sus discípulos “el Espíritu Santo. Por lo menos, fué generalmente admitido “que su soplo había acariciado a los reunidos.” Los incomparables trózos de arte puro esparcidos por Renan en los *Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse*, la obra maestra de la prosa francesa moderna, son flores que jamás marchitan. ¿Habrá necesidad de recordar la “oración sobre la Acrópolis”? ¡Oh armonía melancólica y profunda de las líneas finales, que ninguna versión debe profanar! “Un immense fleuve “d’oublí nous entraîne dans un gouffre sans nom. O abíme, “tu es le Dieu unique. Les larmes de tous les peuples sont “de vraies larmes; les rêves de tous les sages renferment “une part de vérité. Tout n’est ici bas que symbole et que “songe. Les dieux passent comme les hommes, et il ne serait “pas bon qu’il fussent éternels. La foi qu’on a eue ne doit ja- “mais être une chaîne. Ou est quitte envers elle quand on “l’a soigneusement roulée dans le linceul de pourpre ou dor- “ment les dieux morts”.

Nada extraño, pues, que ocupara Renan, sin contraste, el primer lugar en el mundo literario francés. Hugo, Lamartine, Michelet, Quinet, Littré acababan de desaparecer, y Renan se elevaba como torre solitaria en la admiración universal. Por otra parte, su manera de comprender la historia—tan opuesta a la manera con que la estudiaba y la enseñaba—lejos de impedirle los vuelos estilísticos, proporcionábale los temas fundamentales. “La verdad material sufre—afirma en *Los Evangelios*, refiriéndose a la manera como Lucas escribió el libro de los *Hechos* — pero Lucas no se preocupa, pues casi tanto como los *Evangelios*, los *Hechos* forman el porvenir. La manera como son contadas las cosas importa más para los grandes desarrollos seculares, que la manera como han ocurrido. Los que han hecho la leyenda de Jesús tienen una parte casi igual a la suya en la obra del cristianismo.” Por supuesto que no conviene atribuir proporciones excesivas a

estos conceptos de Renan, ni creer que se haya propuesto jamás crear una nueva versión de la epopeya de los orígenes del cristianismo, un quinto Evangelio. Porque para creerlo así habría que anular el valor científico que, en su obra, da la trabazón a la construcción artística; habría que suprimir el Renan sabio, fundamento del Renan literato. Y eso no es posible. Aun cuando Renan nada descubre ni nada añade a la masa de conocimientos que forman el caudal cultural de su época, la comprensión que demuestra tener del fenómeno histórico es honda, la técnica de las fuentes es perfecta, su dominio del inmenso material de trabajo es completo. De manera que, inevitablemente, la severidad de su investigación, hubo de ejercer poderosa influencia sobre sus facultades artísticas, manteniéndolas, en todo momento, dentro del esquema científico más riguroso. En tiempos en que la escuela de Tubinga revolucionaba la historiología, y la alta crítica absorbía las más fuertes inteligencias, haciendo predominar, en el problema cristiano, los aspectos teológicos y filosóficos; Renan se resigna a la deficiencia científica de su obra, con tal de permanecer fiel a la tradición humanística del Renacimiento, toda ella crítica textual y filológica. Sus libros han sido, por eso, superados; pero con ese mismo retraso, Renan se ha anticipado a su tiempo, constituyéndose en verdadero precursor, por cuanto los trabajos posteriores, los actuales, han venido a darle la razón en sus preferencias. Y no ha respondido, a buen seguro, a una simple fórmula benevolente el elogio de Mommsen, referido por sir Grant Duff en la bella necrología por él escrita en ocasión de la muerte de Renan. "Conversando conmigo, dice el escritor inglés, en enero de 1862, calificó Mommsen a Renan de verdadero sabio (*a true savant*), a pesar (*in spite*) de su hermoso estilo." Téngase en cuenta que en 1862 la *Vida de Jesús* no había aparecido aún. De modo que el elogio de Mommsen era merecido por las obras juveniles: *Averroé* y *el Averroísmo*, los *Estudios de historia religiosa*, la versión de *Job* y del *Cántico de Salomón*. ¿Qué habrá opinado más tarde el revelador de la his-

toria romana, acerca de la *Historia de los Orígenes del Cristianismo* y de la *Historia del pueblo de Israel*? Habrá, probablemente, comprobado que la práctica posterior de Renan no se atuvo estrictamente a la teoría. Pero la excelencia de la teoría no menguaba por eso. “Podría creerse — escribía Renan a los 25 años en el *Porvenir de la Ciencia* — que la literatura se hace crítica y retrospectiva por no poder producir nada original. Si nuestra erudición fuera letra pálida y muerta; si, como ciertos espíritus mezquinos, no buscásemos en el conocimiento y admiración de las obras preteritas más que el derecho pedantesco de despreciar las presentes, sería eso verdad. Pero, aparte de que nuestras creaciones tienen más vida que las de los antiguos y de que cada nación moderna puede dar savia a dos o tres literaturas superpuestas, nuestra manera de concebir la filología es mucho más fecunda y filosófica que la antigua. La filología no es para nosotros, como para la escuela de Alejandría, una simple curiosidad erudita; es una ciencia organizada, con finalidad elevada y seria: es la ciencia de las producciones del ingenio humano. No temo exagerar al decir que la filología, inseparablemente unida a la crítica, es uno de los elementos más esenciales del espíritu moderno. Sin la filología, el mundo moderno no sería lo que es; la filología constituye la gran diferencia entre la Edad Media y los tiempos modernos. Si superamos a la Edad Media en exactitud, en precisión, en crítica, a la educación filológica se lo debemos.” Eran vislumbres geniales, eran conjeturas intuitivas que orientaban, en el caos reinante, esa robusta mentalidad hacia el verdadero camino, oculto, a la sazón, bajo la tupida maraña de ideologías y filosofismos declamatorios, en que los tiempos modernos se metieron con hacha y cuchilla. Claro está que con la simple intuición no ha podido Renan sospechar la actual reconstrucción de la historia por la papirología y la ostracología; pero la epigrafía, la numismática y la arqueología, revelaron a su eximio talento aquello que la ciencia de la humanidad llegaría a ser en un porvenir

cercano. Y es así como supo dar solidez resistente a la estructura sabia de su obra artística (1). Para nuestro concepto cabal no olvidemos, empero, el valor real de la labor renaniana, inferior, científicamente, no sólo al estado actual de la ciencia, sino al de su misma época, pues no estuvo a la altura, ni mucho menos, de los trabajos de un Ewald, de un Eichhorn, de un Baur, de un Reuss, de un Strauss.

Y surge aquí una duda: ¿respondería esa deficiencia a una refinada sutileza del mismo Renan, quien pudo muy bien negarse a comprometer la perdurabilidad de la obra de arte, supeditándola al resultado científico, siempre en elaboración y siempre caduco? Como quiera que eso haya sido, lo cierto es que, sacrificando la originalidad y la posible creación de una nueva interpretación del material documentario, anhelo de todo verdadero sabio, Renan no incorpora a sus obras más que la documentación común, es decir, la partes históricas de los *Evangelios* canónicos y apócrifos, y de los *Hechos*; las epístolas de Pablo, de Clemente, de Justino y de Ignacio; el *Apocalipsis*; el *Pastor de Hermas*; el *Octavio* de Minucio Félix; la correspondencia de Plinio con Trajano, en una palabra, todo el material documentario tradicional, acompañado de comentarios más elementales que sobrios, en la *Vida de Jesús*, los *Apóstoles*, *San Pablo*, *el Anticristo*, los *Evangelios*, la *Iglesia Cristiana*, y *Marco Aurelio*, respectivamente; así como los libros técnicamente llamados "históricos" del *Antiguo Testamento*, en la *Historia del Pueblo de Israel*. Y ha sido en esta forma como ha podido Renan crearse una situación muy ventajosa. Si su obra, en efecto, ha carecido del valor científico que ha tenido la de los grandes maestros de la crítica, su utilidad expositiva, en cambio, no ha desaparecido ni podrá des-

(1) "S'il m'était donné de choisir entre les notes d'un historien original, et son texte complètement rédigé, je préférerais les notes. Je donnerais toute la belle prose de Tite-Live pour quelques uns des documents qu'il avait sous les yeux et qu'il a parfois altérés d'une si étrange manière. Un recueil de lettres, de dépêches, de comptes de dépense, de chartes, d'inscriptions, me parlerait beaucoup mieux que le récit le mieux dégagé." — "Essais de morale et de critique", pág. 36.

aparecer jamás, por cuanto en esa misma imperfección radica su valor permanente. Nadie instituirá, por cierto, una comparación entre los escritos de Renan y, para no salir de Francia, los *Evangelios sinópticos* de Loisy. Pero dentro de veinte años o antes, los *Evangelios sinópticos* quedarán rezagados; dentro de cien años, en cambio, la obra renaniana será tan lozana como hoy. Nunca faltará, en efecto, un lector para apreciar en ella la habilidad con que ha sido dispuesta en orden cronológico, traducida e interpretada en lenguaje actual y ameno la documentación tradicional y elemental (las inscripciones y el material documentario no literario no se prestan para combinaciones de este género) del cristianismo primitivo, habilitándose para labrarse una opinión personal acerca de los fundamentos en que descansa el concepto histórico del cristianismo; lo cual tiene, innegablemente, un valor cultural de primer orden.

Y aquí se nos presenta un interrogante que debe ser afrontado con sinceridad.

Si el valor científico de Renan es relativo, y su tratamiento de las fuentes es simplemente expositivo, ¿puede ser explicación suficiente para el auge asombroso y mundial de su producción, la pericia artística con que ha sido elaborada? Francamente, no.

La inmensa popularidad de Renan fué debida casi exclusivamente a la *Vida de Jesús*; sus demás libros apenas si eran y, digámoslo sin reparo, apenas si son aun ahora conocidos por su título. Sir Grant Duff refiere, en la necrología mencionada, una anécdota característica. Había sido Renan invitado en abril de 1880, a dar una serie de conferencias en Londres. Recepción grandiosa, auditorio enorme, ovaciones. Pues bien; el sutil ironista conocía tan perfectamente su público que, en las cuatro conferencias por él pronunciadas, leyó, palabra por palabra, capítulos de los volúmenes ya publicados de los *Orígenes del Cristianismo*, sin que ninguno de sus entusiasmados oyentes cayera en la cuenta del ardid.

Sí, pues, en la *Vida de Jesús* fincó el fundamento primordial de la gloria de Renan y si esa obra no ha podido ser razón suficiente para éxito tan sonado, ¿dónde hay que buscar el motivo íntimo del caso?

Respondemos: en la actitud de la Iglesia. La Iglesia con la prédica azorada de sus sacerdotes, con la intemperancia encendida de sus polémicas, con los rayos de sus anatemas, creó la fama de Renan. Todas las lumbreras de la Iglesia se encendieron en fuego divino contra el blasfemo. Monseñor Freppe, el famoso obispo-diputado, Poujulat, Hervé, Lasserre, Carfort-Bazouge y otros más dieron la entonación violenta, libelística a los escritores católicos del mundo entero. Los obispos Plantier y Despretz, ordenaron misas públicas para aplacar la cólera divina; Mgr. Cruice, obispo de Marsella, mandó repicar todos los viernes; el obispo de Angoulême hizo público, resumiéndolo, el juicio de la Iglesia sobre la *Vida de Jesús* en estas palabras: "Es el beso de Judas repetido cien veces entremezclado con las derisorias genuflexiones de la más sangrienta flagelación". Todo el mundo católico se agitó: en España, en Bélgica, en Austria, en Baviera, en Italia las demostraciones se multiplicaron. Hasta el papa — imitado a más de medio siglo de distancia por el papa actual — ordenó una solemne procesión de desagravio en Roma. ¿Pudo darse propaganda más desaforada en favor de un libro?

Por lo menos Renan pareció comprenderlo así; pues envolviéndose en la armadura espiritual de su sonrisa ática, dejó caer en el vacío, despuntadas, las injurias, los denuestos, las calumnias que de todas partes arreciaban. Juguetecía, en su espíritu travieso, el recuerdo helénico de la página volteriana. "Un día, dos ciudadanos de Atenas, al regresar de la capilla de Mercurio, se apercibieron de que Sócrates estaba en la plaza pública. Uno de los ciudadanos dijo al otro: —¿Es ése el malvado que dice que podemos ser virtuosos sin ofrecer todos los días corderos y ocas? —Sí, contestó el otro; es un sabio que no tiene religión; es el ateo que dice que no hay más que un solo Dios. Sócrates se acercó a ellos con su aspecto sen-

cillo, con su demonio, con su ironía, y les^o dijo: —Amigos míos, os suplico me oigáis dos palabras. ¿Cómo clasificaréis al hombre que ruega a la Divinidad, que la adora, que trata de semejarle a ella hasta donde se lo permite su debilidad humana, y que hace todo el bien que puede? —De alma muy religiosa, le contestaron los dos ciudadanos. —Muy bien; ¿luego puede adorarse al Ser Supremo y tener religión? —Estamos de acuerdo, respondieron los dos atenienses. —¿Pero creéis, prosiguió diciendo Sócrates, que cuando el divino arquitecto del mundo organizó todos los globos que giran sobre nuestras cabezas, cuando dió movimiento y vida a tantos seres diferentes, utilizó para eso el brazo de Hércules, la lira de Apolo o la flauta de Pan? —No es probable. —Pues si no es verosímil que empleara la ayuda de otros para construir el mundo, tampoco es posible que le ayuden otros a conservarlo. Si Neptuno fuera el dueño absoluto del mar, Juno del aire, Eolo de los vientos, Ceres de las cosechas, y uno de los dioses quisiera el tiempo sereno cuando otro quisiera viento y lluvia, podéis comprender muy bien que no subsistiría el orden que subsiste en la naturaleza; y tendréis que confesarle que es necesario que todo dependa del que la creó. Atribuís cuatro caballos blancos al sol y dos caballos negros a la luna; ¿pero no es preferible que el día y la noche sean el resultado del movimiento que imprimió a los astros su creador, a que produzcan el día y la noche seis caballos? Los dos ciudadanos se miraron el uno al otro y nada contestaron. Sócrates acabó por probarles que podían recoger cosechas sin dar dinero a los sacerdotes de Ceres, ir a cazar sin ofrecer pequeñas estatuas de plata a la capilla de Diana, que Pomona no concedía frutas, que Neptuno no daba caballos y que debíamos dar gracias al Soberano que lo creó todo. Sus ideas eran completamente lógicas; su discípulo Jenofonte, tirando a Sócrates por el brazo, le dijo: —Tu discurso es admirable; hablaste mejor que un oráculo, pero te has perdido. Uno de los ciudadanos que te oían es el carnicero que vende los corderos y las ocas para los sacrificios, y el otro es el orfebre

que saca grandes ganancias construyendo pequeños ídolos de oro y de plata para las mujeres; te acusarán de que eres un impío que quieres impedirles que hagan su negocio; declararán contra tí ante Melito y Anito, que son tus enemigos y han jurado perderte. Teme la cicuta; tu demonio familiar debió haberte aconsejado que no dijeras a un carnicero ni a un platero lo que sólo debías haber dicho a Platón y a Jenofonte”.

Renan no temió la cicuta: ¿por qué la temería? Bien sabía que en la copa que la Iglesia le prestaba, bebería el néctar de la fama.

Va de suyo que a la Iglesia no ha faltado, en esta ocasión como nunca, aquel reposo diplomático que ha sido el secreto de su fuerza y de su perpetuación. Pero el silencio que había guardado ante las publicaciones de los grandes críticos, el desdén con que mirara desde lo alto del Olimpo los trabajos demoleedores de Baur y Strauss, caían impotentes ante la arrebatadora fuerza de atracción ejercida por el arte de Renan. Los críticos Baur y Strauss se dirigían a Platón y a Jenofonte, y Platón y Jenofonte han pesado, en todas las épocas, muy escasamente en la balanza de valores de la Iglesia. Renan, en cambio, desdeñaba los lectores de cenáculo, desparrahaba su verbo sobre la gran masa, y llevaba los resultados más contundentes de la crítica al público menos dado a los estudios transcendentales, es decir, al público en que la Iglesia recluta su manso rebaño. De ahí la alarma. De ahí también que Renan, consciente del nervio real de su vigor, usara el estilo como arma para el ataque y para la defensa.

La fortaleza de Renan ha sido el arte.

Y ha sido precisamente para atrincherarse en ella, que nos ha sorprendido con una teoría paradógica de la historia. En el esfuerzo “para reanimar las grandes almas del pasado — dice al principio de la *Vida de Jesús* — debe permitirse una parte de adivinación y de conjetura. Una gran vida “es un todo orgánico que no puede presentarse por la simple aglomeración de hechos pequeños. Es menester que un

“sentimiento profundo abarque el conjunto y haga la unidad. En semejante asunto es un buen guía la razón de arte; el tacto exquisito de un Goethe encontraría en él motivo para ejercitarse. La condición esencial de las creaciones del arte, estriba en un sistema viviente cuyas partes se armonicen unas con otras. *Dans les histoires de ce genre le grand signe qu'on tient le vrai est d'avoir réussi à combiner les textes d'une façon qui constitue un récit logique, vraisemblable, où rien ne détonne...* Si no se consigue presentar el hecho de esa manera, es porque de seguro no se llegó a conocerlo bien. Supongamos que al restaurar la Minerva de Fidias con arreglo a los textos, se produjese un conjunto seco, duro, artificial. ¿Qué debería deducirse? Una sola cosa: *les textes ont besoin de l'interprétation du goût; il faut (expresión famosa) les solliciter doucement jusqu'à ce qu'ils arrivent à se rapprocher et à former un ensemble où toutes les parties soient heureusement fondues...* ¿Se tendrá entonces la seguridad de poseer, línea por línea, la estatua griega? No; pero, al menos, no se poseerá la caricatura: se tendrá el espíritu general de la obra, uno de los modos cómo pudo existir.”

Y es sobre el patrón de esta teoría tan especiosa como falsa, repetida, a mayor abundamiento en el segundo volumen de los *Apóstoles*, que Renan — olvidando que Miguel Ángel se negó a reconstruir no diré la Minerva de Fidias, mas ni siquiera un brazo, un solo brazo del decadente Laocoonte — fija las líneas de su construcción.

El aspecto artístico, femenino, impresionista, sentimental del asunto, es el que llama siempre preferentemente su atención. El Renan simulador, disimula su doctrina. Realiza lo que él mismo achaca a Montaigne en el *Porvenir de la Ciencia*: “jácetase de no tener memoria y de ser muy olvidadizo... parece no estimar las cualidades del sabio para realzar las del hombre ingenioso y de buen sentido, caracterizando de un modo sobresaliente el espíritu francés; sistema que Madame de Staël ha llamado agudamente «la pedantería de la ligere-

za». Y no es solamente en la *Historia de los Orígenes del Cristianismo* donde concede un desarrollo excesivo y novelesco a toda escena en que interviene la mujer, y pone contornos idílicos a toda leyenda fantástica siempre que el tema fundamental se preste a narraciones sentimentales, dramatizando a María madre de Jesús y a las vírgenes galileas, a María de Mágdala, a Pablo y Tecla, a las mujeres de la casa Flavia, a Santa Blandina, y a cuanta flor humana brotó en el jardín ideal de los orígenes cristianos;— sino que, en cualquier otro de sus estudios bíblicos, el embeleso literario es la preocupación dominante. En el *Antiguo Testamento*, por ejemplo, no aplica sus profundos conocimientos a la investigación de los problemas que, a la sazón, la Escuela de Tubinga imponía al mundo estudioso: la composición del *Hexatéuco* mediante la dilucidación del *Código Sacerdotal*, la composición de *Isaías*, la autenticidad del libro de *Daniel*, la gran cuestión del Canon, etc., sino que agota su esfuerzo en el infantilismo de la traducción de *Job*, del *Cántico de Salomón* y del *Eclesiastés*. ¿Qué más? *El Cántico de Salomón* sale de manos de Renan, imitador en esto de Ewald, transformado en una pieza teatral con el sugestivo título de *La Sulamita*. La lírica candorosa del rapsoda hebreo viste en *La Sulamita* el ropaje rebuscado de la técnica griega, y mediante ingeniosas transposiciones y adaptaciones, créase el nudo dramático, introdúcense actos y escenas, fíjense caracteres y se hacen dialogar las *dramatis personae*, profanando y adulterando la estructura original del poema.

Pero con este método, ¿a qué queda reducida la crítica? ¿Hasta qué punto puede considerarse inocua esta sofisticación de la historia? He ahí que bajo la pluma de Renan la realidad se esfuma en la vaguedad nebulosa de la suposición y de la frase. “*Toute phrase—dice en el Prefacio a la Historia del Pueblo de Israel—doit être accompagnée d'un peut-être. Je crois faire un usage suffisant de cette particule. Si on n'en trouve pas assez, qu'on en suppose les marges se-*

“*mées à profusion. Ou aura alors la mesure exacte de ma pensée*”.

¿Cómo clasificaremos, entonces, a Renan en las categorías científicas? ¿Es historiador? ¿Es filósofo? ¿Es artista puro? Ninguna de estas tres actividades espirituales lo absorbe ni lo agota por completo. Historiador no es; filósofo no es; artista puro, tampoco es; y tenemos de esto prueba en esos *Dramas filosóficos*, *Caliban* (1878), *L'Eau de Jouvence* (1881), *Le Prêtre de Nemi* (1886), *L'Abbesse de Jouarre* (1886), en los que se ve que en cuanto la erudición no le da materia, la fantasía de Renan permanece absolutamente estéril. Además, como en el caso de todo impresionista, no es la coherencia a una teoría, a un método, a un principio lo que precisamente brilla en la obra renaniana. Antes bien, parece como si se pusiera en ella especial empeño en modificar, rectificar, contradecir sin reparo las afirmaciones que allí se hacen, de modo que el lector queda desorientado, confundido, no bien trata de concretar sobre ella un juicio de conjunto. De ahí el error en que incurren tanto los que tratan de encasillar a Renan en el marco de una especialidad, como los críticos despectivos y los admiradores incondicionales que engloban su obra en un dictamen absoluto de reprobación o encomio.

Un juicio imparcial de la obra de Renan podría sintetizarse en esta forma: aparte el estilo, que es casi siempre de una belleza clásica, el fondo científico nada original aporta, en primer término, al acervo del conocimiento, y luego no ofrece la misma consistencia en sus elementos constitutivos de los que, mientras algunos son innegablemente flojos, otros, en cambio, ostentan vigor y solidez.

Ahora bien: eso de que no aporte ninguna originalidad a la solución de los problemas fundamentales débese, principalmente, a su espíritu conservador y tradicionalista. Por más que profese que la ciencia alemana ha sido su guía en la enmarañada selva de la crítica, parece, sin embargo, que su educación científica no ha ido mucho más allá de la apologetica aprendida en el Seminario. Ha dejado fama su actitud

con respecto a la autenticidad e historicidad del *IV Evangelio*. Luego, su conformación con la leyenda primitiva, cuya explicación intenta, aceptándola como oro colado; su manera de juzgar las herejías, especialmente la gnosis, y su aceptación maciza de la tradición apostólica, más que una mentalidad acrítica demuestran que la literatura alemana había entrado mucho más en su admiración que en su conocimiento. Recuérdese, ahora, la digresión tan elemental sobre la historia comparada de las Religiones con que abre la *Vida de Jesús*; el infantilismo con que interpreta la tradición de la Iglesia primitiva en los *Apóstoles*; las escenas de la Resurrección descriptas a brochazos efectistas, estilo *feuilleton*; la cena de Emmaus; la aparición a los discípulos, más arriba transcrita; las "entrevistas íntimas con el fantasma querido" (Jesús resucitado) de Pedro y Juan; la descripción de la *venida del Espíritu Santo* y de los fenómenos estáticos y proféticos, y dígase, luego, si tienen o no razón los que claman contra los pecados históricos de Renan. Cuando describe la formación del pensamiento cristiano incurre en las mismas fallas. Imposible mencionar siquiera las principales sin dar proporciones excesivas a este estudio. Para citar algunas, señalaré la interpretación completamente escolástica del sincretismo religioso en Asia, tal como se lee en *San Pablo*; la incompreensión del contraste entre catolicismo y protestantismo, al final del capítulo IV del mismo volumen, donde trata de la influencia ejercida, respectivamente, por Pedro y Pablo; la forma impropia con que describe en el capítulo IV del volumen I de *El Anticristo* el desenvolvimiento interno de la doctrina cristiana, y las primeras concreciones dogmático-teológicas en las Iglesias de Pablo; el concepto simplista con que encara el problema de las persecuciones, especialmente en el cap. XVII de los *Evangelios*, donde incurre en la vulgaridad de instituir parangón entre las pretensiones dinásticas de la Casa de Borbón y el tradicionalismo de Marco Aurelio; y luego, por lo mismo que no entiende las persecuciones, tampoco aferra el verdadero sentido del martirio, pudiéndose recordar la pobre

terminación del capítulo XIV de *La Iglesia Cristiana*, donde dice que se muere por las opiniones, no por las certidumbres, por lo que se cree y no por lo que se sabe, comparando los mártires cristianos a los asiáticos. que él mismo había visto en sus viajes por el Oriente, partidos a pedazos, quemados, sufriendo martirios horribles mientras danzaban y saltaban de alegría por morir afirmando a un hombre que nunca habían conocido (el Bâb). ¡Como si el martirio cristiano hubiese sido asunto de fanatismo y hubiere tenido algo común con las aberraciones asiáticas! ¡Como si el pensador no hubiese estado en todo tiempo dispuesto a sufrir y a morir por lo que él creyó ser la verdad! ¡Por el espíritu religioso contesten Savonarola y Juan Huss; por el científico, después de Sócrates, Vannini, Servet, Giordano Bruno y Galileo! ¡Mencionaré las críticas acerbas con que ha sido acogida la equiparación que, en la *Historia del Pueblo de Israel*, se sienta entre el profetismo y el movimiento socialista actual, sin hacer distinción entre la faz económica y la revolucionaria del fenómeno? A la verdad, semejante error histórico, filosófico y sociológico es imperdonable en Renan; ni pudo darse caso más deplorable de ese confusionismo simplista en que suelen incurrir los superficiales cuando adornan la frívola retórica de escritos ocasionales con comparaciones entre lo antiguo y lo moderno.

Consentidos, empero, los puntos débiles de la estructura científica en la obra renaniana, apresurémonos a reconocer que la parte sana encuéntrase en ella en proporción francamente predominante.

Aquí el juicio crítico puede arriesgar alguna generalización.

Siguiendo, para la mejor comprensión de su evolución, el orden cronológico de las publicaciones, puede afirmarse que *Averroès et l'Averroïsme* (1852) es un trabajo juvenil de tesis, pero trabado en fuertes y serios estudios; la *Histoire des Langues Sémitiques* (1855), más que obra de filólogo es lingüística hecha con buen método; los *Études d'Histoire Re-*

ligieuse (1857), una miscelánea de trabajos bien pensados en que se diseña ya la parábola del pensamiento renaniano; omitiendo obras menores, la versión de *Job* (1859) y del *Cántico de Salomón* (1860), nos muestran a Renan como respetable hebraísta, aunque tradicionalista y acrítico, y llegamos a su obra capital: la *Histoire des origines du Christianisme*, publicada en los veinte años que van de 1863 a 1883. De ella el volumen príncipe, lo sabemos, es la *Vie de Jésus*; *Les Apôtres*, que le siguen, mediocre; *Saint Paul*, salvo los defectos de crítica, muy bueno; *L'Antechrist* es una paráfrasis artística del *Apocalipsis*, redondeada con lo más sensacional de Suetonio y Séneca; *Les Evangiles*, una excelente y muy instructiva exposición del proceso de formación seguido por los documentos básicos de la historia cristiana; *L'Eglise Chétienne* un gran libro, científicamente el mejor, a mi juicio, de la colección; por último, *Marc Auréle*, que cierra el ciclo, es una obra, más que histórica, descriptiva, que abarca ordenada, pero muy tradicionalmente el período de la lucha que desgarraba la sociedad cristiana en el segundo siglo: lucha interna, entre la ortodoxia y las herejías que pululaban en todas partes, lucha externa contra el Imperio, destinada a transformarse en el choque de vida o muerte que debía ensangrentar el mundo hasta hallar solución en el siglo IV con el compromiso de Constantino. De lo que publicó en lo sucesivo Renan, salvo tal vez *L'Avenir de la Science*, dado a luz en 1890 aunque escrito en 1848, nada tiene importancia a no ser la gran obra de sus años postreros: la *Histoire du Peuple d'Israel* (1887-1894), en la que resalta una amplia y eficiente aplicación de la filología al material de trabajo y no pocas traducciones hechas de mano maestra; lo cual, sin embargo, no redime los muchos errores y superficialidades, amén de las ligerezas tan gasconas y peculiares de esta obra, y que atenúan en mucho su valor.

Los vértices luminosos en el vasto campo de labor que dejamos someramente descripto son tan numerosos, que imposibilitan una indicación sintética. ¿Señalaremos algunos entre los más fulgentes? En *San Pablo*, la descripción de la pro-

pagación del cristianismo en Roma, en el capítulo IV; todo el capítulo VII, que relata los sucesos de la estada de Pablo en Atenas, el mejor del libro y, tal vez, de toda la obra; en *Los Evangelios*, el capítulo XIX, dedicado a Lucas, primer historiador del cristianismo; en *La Iglesia Cristiana*, en el capítulo VII, el estudio del estilo del *Nuevo Testamento*, magistral; en la *Historia del Pueblo de Israel*, el capítulo VI del libro I, que trata de la influencia del Egipto sobre Israel, y los capítulos VII, VIII y IX del libro IV, en los que se hace la exposición del profetismo. Para la historia del cristianismo, como idea social, dos muestras para terminar: el final del capítulo XVII de la *Vida de Jesús*, donde el revolucionarismo cristiano adquiere un relieve magnífico, y en *Los Evangelios* el capítulo XI dedicado al secreto de las bellezas evangélicas. Oigan este párrafo los jóvenes: "...la redacción de los "Evangelios es, después de la acción personal de Jesús, el "hecho capital de la historia de los orígenes del cristianismo; "yo añadiría de la historia de la humanidad. La lectura "habitual del mundo será en adelante un libro donde el sa- "cerdote cae siempre en faltas, donde las gentes distinguidas "son todos hipócritas, donde las autoridades laicas se portan "como malvados, donde todos los ricos son malditos. Ese li- "bro es el más revolucionario y el más peligroso que se ha "hecho. La Iglesia católica lo ha puesto de lado prudente- "mente; pero no ha podido impedir que diera sus frutos. Im- "placables para el sacerdocio, burlones para el rigorismo, "indulgentes para el hombre débil que tiene buen corazón, los "Evangelios han sido la perpetua pesadilla del hipócrita. El "hombre evangélico ha sido un adversario de la teología pe- "dante, de la insolencia jerárquica, del espíritu eclesiástico, "tal como lo han hecho los siglos. La Edad Media los ha "quemado. En nuestros días, la gran invectiva del capítulo "veintitrés de Mateo contra los fariseos, es todavía la san- "grienta sátira de los que se cubren con el nombre de Jesús, "y a quienes Jesús, si volviese al mundo, perseguiría a lati- "gazos".

Grandes verdades espléndidamente dichas, he ahí el núcleo que nunca perecerá en la obra de Renan.

Henos, en este punto, llegados, por camino no sospechado, a explicarnos esa enigmática personalidad en la que el contraste de dos almas parecía no hallar solución armónica ni en las más altas esferas de la espiritualidad.

¿Dónde estaba, pues, el secreto?

Ya podemos afirmarlo: en el carácter. En la independencia indomable, inquebrantable, del carácter. Inaccesible a toda imposición de una autodidad que no fuera su alta razón, defendió Renan la libertad interna con cuanto medio tuvo a su alcance, sin excluir la simulación ni la ironía sarcástica. Independiente en la austeridad de la investigación, con la que forjaba y templaba, en la pura llama de la ciencia, el acero de su razón; más independiente aún en el libro, donde jugaba con el demos bravucón, con Caliban, llevándolo a su antojo, así como el romano paseaba el león atado con un hilo.

Su ironía es ácido disolvente. ¿El dogma religioso, social o político? Sombra y humo. ¿El público lector? Alguien dijo que hay que tratarlo como a niño. No, rectifica Renan; hay que tratarlo como a mujer, es decir, por el sentimiento, por la sugestión, por el arte. Y de esta manera ningún tirano—tirano de arriba, tirano de abajo—ató jamás a su carro ese rebelde apacible y sagaz, ni ninguna potestad consiguió forzar el propugnáculo de su conciencia. Fué antimperialista, fué antidemocrático, abominó el socialismo. Fué un libre. Fué un libre de la libertad dantesca "*ch'è sí cara*", puesto que su libertad, lejos de inspirarse en las ideologías caóticas del 89 o en el utilitarismo logrero y sensual que se embandera en el nombre de Marx, cimentó en el sentido anárquico de la vida con que el cristianismo transmutó la civilización occidental en una tragedia, cuyo desenlace parece alborear en el oriente de los tiempos con fulgores de catástrofe.

Señores: el Renan maestro, sabio, artista, nos ha llevado a descubrir un Renan heroico. Éra una época azarosa aquella en que le cupo vivir. La sociedad, sacudida por el terremoto

napoleónico, parecía haber perdido para siempre la línea del equilibrio. Arriba el egoísmo orgiástico, abajo la ola de fango de la barbarie interna que subía y subía fatal y tenaz en la demanda de la muerte para un mundo en disolución. Y así sucedió, que si quiso salvaguardar el tesoro de la cultura y defender la libertad, que es el más alto valor humano, el sabio, para ser sabio, tuvo que ser héroe.

Mirémenos alrededor: el mismo sacudimiento social, la misma conturbación, la misma amenaza, el mismo peligro, las mismas tiranías en acecho.

Pues bien: sea hoy la cultura, como ha sido ayer, heroica; y con el ejemplo de su vida y de su obra brille Renan—astro de primera magnitud—sobre la ruta de los espíritus libres que bregan, como él ha bregado, por el advenimiento de la verdad y de la justicia.

Clemente RICCI.

De Ernesto Renan

Discours a l'Association des Estudians ⁽¹⁾

Messieurs,

Je vous remercie de m'avoir invité à venir me réjouir aujourd'hui avec vous! Votre jeunesse me réchauffe et me ravive. Il est si doux, quand les fenêtres se ferment d'un côté, de les voir s'ouvrir de l'autre! J'ai coutume de dire: "Heureux les jeunes! car la vie est devant eux." Des deux parties du programme de la vie scolaire, travailler beaucoup, s'amuser beaucoup, je n'ai connu, à vrai dire, que la première. Le temps où les autres s'amusaient fut pour moi un temps d'ardent travail intérieur. J'eus tort peut-être; il en est résulté que, sur mes vieux jours, au lieu d'être, selon l'usage, un conservateur rigide, un moraliste austère, je n'ai pas su me défendre de certaines indulgences que les puritains ont qualifiées de relâchement moral. J'aurais mieux fait peut-être de me réjouir quand j'étais jeune et de chanter à ma guise le *Gaudeamus* des clercs du moyen âge:

*Gaudeamus igitur, dum juvenes sumus;
Post jocundam juventutem,
Post molestam senectutem,
Nos habebit humus.*

Ce qu'il y a de sûr, c'est qu'une des moitiés de l'activité de votre âge n'empêche pas l'autre. Le joie et le travail sont deux choses saines et qui s'appellent réciproquement.

Où travaillez, travaillez sans cesse, et pourtant, amusez-vous; ne vous fatiguez jamais. Ce qui fatigue, c'est la conten-

(1) Discurso pronunciado en la "Asociación de Estudiantes", el 15 de mayo de 1886.

tion, c'est l'effort pénible. Laissez la pensée venir à vous, avec son vêtement naturel, qui est la parole; ne l'appellez pas, ne la pressez pas. Je vais vous donner à cet égard quelques-unes de mes recettes. Reposez-vous d'un travail par un autre; ayez des objets d'étude assez divers. Les cases du cerveau occupées par un travail laissent des vides, qui sont avantageusement remplis par un autre travail. Il y a un beau mot d'un vieux rabbin du premier siècle. On lui reprochait de faire déborder le vase de la Loi en y mettant trop de préceptes: "Dans un tonneau plein de noix, répondit-il, on peut encore verser plusieurs mesures d'huile de sésame." Que c'est bien dit! Oui, on peut faire à la fois des choses très diverses, à condition de les caser dans les interstices les unes de autres. Le temps qu'on donne au travail n'est pas seulement celui qu'on passe devant sa table et son écritoire. Il faut savoir travailler toujours, ou, pour mieux dire, il faut s'arranger pour que le temps du travail et celui du repos ne soient pas distincts. Pendant que vous causez, si la conversation ne vous passionne pas beaucoup, suivez vos idées. De même, pendant vos promenades, pendant vos repas, pendant tous les actes de la vie.

Ne mettez pas de bornes à votre curiosité; aspirez à tout savoir; les limites viendront d'elles mêmes. C'est ici surtout que je vous porte envie. Dans l'humanité, les derniers venus sont les privilégiés. Que de choses vous saurez que nous ne saurons jamais! Que de problèmes dont j'achèterais la solution par des années de vie, si j'en avais à ma disposition, seront clairs pour vous! Les sociétés modernes sortiront-elles de la crise où elles sont engagées? Les questions sociales sont elles des impasses comme les essais manqués du XIV.^e et du XV.^e siècle, ou bien trouveront-elles des solutions applicables? Que sera le monde en 1920 ou 1930? Et, dans l'ordre purement scientifique, à quelles vues arrivera-t-on sur la race, l'embryon, l'espèce, l'individu, la vie, la conscience? En histoire, de quelles admirables découvertes vous jouirez, si ces belles recherches se continuent. Dans cinquante ans, la littérature babylonienne comptera des vingtaines de volumes, et on

la lira. A l'heure qu'il est, nous avons deux inscriptions hébraïques anciennes, qui sont pour le pauvre historien comme des phares lumineux dans cette obscure antiquité. Vous verrez peut-être un temps où l'on en connaîtra des dizaines. Voilà un bonheur dont vous vous ne doutiez pas. Ah! que je vous porte envie! Que je voudrais ressusciter dans cinquante ans!

Soyez toujours de très honnêtes gens. Vous ne pourriez pas bien travailler sans cela. Il me semble qu'on ne saurait bien travailler, ni même bien s'amuser, que si on est un honnête homme. La gaieté de la conscience suppose une bonne vie. Il y a des sujets délicats; il est convenu qu'on n'en parle pas. Mais vous me témoignez tant de confiance que je vous dirai tout ce que je pense. Ne profanez jamais l'amour; c'est la chose la plus sacrée du monde; la vie de l'humanité, c'est-à-dire de la plus haute réalité qu'il y ait, en dépend. Regardez comme une lâcheté de trahir la femme qui vous a ouvert pour un moment le paradis de l'idéal; tenez pour le plus grand des crimes de vous exposer aux malédictions futures d'un être qui vous devrait la vie et qui, par votre faute peut-être, serait voué au mal. Vous êtes des hommes d'honneur; regardez cet acte, qu'on traite avec tant de légèreté, comme un acte abominable. Mon opinion est que la règle morale et légale du mariage sera changée. La vieille loi romaine et chrétienne paraîtra un jour trop exclusive, trop étroite. Mais il y a une vérité qui sera éternelle, c'est que des relations des deux sexes résultent des obligations sacrées, et que le premier des devoirs humains est de s'interdire, dans l'acte le plus gros de conséquence pour l'avenir du monde, une coupable étourderie.

N'oubliez jamais que, par votre éducation exceptionnelle, vous avez des devoirs plus stricts que les autres envers la société dont vous faites partie. Ayez une règle absolue: c'est de suivre la France, c'est-à-dire la légalité, malgré toutes les objections, toutes les répugnances, toutes les antipathies. Que ce soit là le panache blanc qui vous guide. Ne vous brouillez jamais avec la France. Donnez lui toujours de bons conseils: ne vous fâchez pas si elle ne les suit pas. Elle a peut-être eu

ses raisons pour cela. Quelque chose de mystérieux agite ce peuple; suivez le, même quand il refuse de vous écouter, quand il s'abandonne aux plus indignes. Ne vous croyez pas obligés de prendre des airs consternés, parce que les choses ne vont pas de la façon que vous croyez la meilleure. Que de fois on arrive à se féliciter que l'avis qu'on avait émis n'ait pas été suivi et que les événements vous aient donné tort.

En politique, si c'est à une brillante carrière que vous tenez, ne suivez pas trop mes conseils. J'ai visé par-dessus tout, dans ma vie, à conserver le repos de ma conscience, et j'y ai réussi. Je suis, par essence, un légitimiste; j'étais né pour servir fidèlement, et avec toute l'application dont je suis capable, une dynastie ou une Constitution tenues pour autorité incontestée. Les révolutions m'ont rendu la tâche difficile. Mon vieux principe de fidélité bretonne fait que je ne m'attache pas volontiers aux gouvernements nouveaux. Il me faut une dizaine d'années pour que je m'habitue à regarder un gouvernement comme légitime. Et, de fait, c'est au bout de ce temps que les gouvernements peuvent se mettre à essayer quelque chose de bon. Jusque-là ils ne font que payer leurs dettes de premier établissement. Mais voyez la fatalité! Ce moment où je me réconcilie, et où les gouvernements commencent de leur côté à devenir assez aimables avec moi, est justement le moment où ils sont sur le point de tomber et où les gens avisés s'en écartent. Je passe ainsi mon temps à cumuler des amitiés fort diverses et à escorter de mes regrets, par tous les chemins de l'Europe, les gouvernements qui ne sont plus. Je leur suis plus fidèle que leurs affidés. Si la République venait jamais à tomber (ce qu'à Dieu ne plaise!), voyez quel serait mon sort. Moi qui ne suis pas un républicain a priori, qui suis un simple libéral, s'accommodant volontiers d'une bonne monarchie constitutionnelle, je serais plus fidèle à la République que des républicains de la veille. Je porterais le deuil du régime que je n'ai pas contribué à fonder. Or, j'ai soixante-trois ans; vous voyez combien mon cas est étrange; les légitimistes à ma façon se préparent en notre siècle de

cruels embarras, car il faudrait aussi que les gouvernements fussent fidèles à eux-mêmes, et ils ne le sont guère, il faut l'avouer.

Ne venez donc pas me demander des conseils d'habileté; je suis peu qualifié pour cela. Mais si vous voulez que je vous indique des moyens pour être en paix avec vous-mêmes, je fais vous en donner. Mettez-vous toujours en règle avec la patrie. Ne demandez jamais aucun mandat; n'en refusez aucun; ne déclinez pas la responsabilité; mais ne la cherchez pas. De la sorte, on vous laissera bien tranquilles. Vous aurez votre repos, et vous vous rendrez en même temps ce témoignage que vous avez fait ce qui dépendait de vous. Vous pourrez vous dire intérieurement. Dixi, salvavi animam meam. Nous devons à la patrie d'être à sa disposition pour la servir; mais nous ne sommes pas obligés de sortir de notre caractère pour obtenir ses mandats. Ne croyons jamais être nécessaires à la patrie; il suffit qu'à un jour donné nous puissions lui être utiles.

En somme, le temps où vous vivez n'est pas plus mauvais que bien d'autres. Le sol tremble quelquefois, mais les tremblements de terre n'empêchent pas le pied du Vésuve d'être un lieu fort agréable. Préparez-vous pour la vie une ample provision de bonne humeur. Hors les cas de désastre national, faites une part au sourire et à l'hypothèse où ce monde ne serait pas quelque chose de bien sérieux. Il est sûr, en tout cas, qu'il est charmant tel qu'il est. Soyez contents de vivre, comme nous sommes contents d'avoir vécu. La vieille gaieté gauloise est peut-être la plus profonde des philosophies. Ne vous corrigez pas trop radicalement de ce qu'on appelle les défauts français; ces défauts sont susceptibles de devenir un jour des qualités.

Pardonnez-moi ce long sermon laïque. En vieillissant, on devient donneur de conseils. Quand vous nous succéderez sur la scène de la vie, soyez indulgents pour la génération qui vous précéda. Il y eut dans cette génération beaucoup de goût pour la justice et la vérité. Vous ferez mieux sans doute;

mais souvenez-vous de ceux qui vous ont préparé la voie dans des temps difficiles. Je prie ceux d'entre vous qui ne me verront que cette fois de garder de moi, quand je ne serai plus de ce monde, un souvenir affectueux.

La Libertad Creadora

(Prólogo para su segunda edición)

Este ensayo se propone fundar y enunciar un pensamiento sencillo, casi simple, que debiera fluir de la exposición. Por si acaso este objeto no se hubiera logrado o para guía de la lectura, quiero consignarlo aquí en términos breves y precisos.

Ante todo distingo entre ciencia, filosofía y metafísica. Considero indispensable deslindar entre estas tres esferas de la actividad psíquica, como ya hemos diferenciado de ellas el arte y la religión. La ciencia investiga la ley de los hechos comprobados — la filosofía es teoría de los valores — la metafísica comprende los conceptos creados para sistematizar una y otra.

Entiendo que la filosofía se ha de aplicar y limitar a la realidad positiva y no ha de intentar sustituirla por un sistema de abstracciones verbales. Nos hallaremos englobados en un proceso que no es la evolución monista de un principio, sino el conflicto de varios. Ningún hecho aislado se explica, sino se le interpreta como la síntesis de dos energías opuestas. El dualismo es insalvable; sólo se supera con palabras.

En la interpretación del conjunto se nos impone igualmente. ¿Cuál es, pues, el dualismo más universal? La oposición de sujeto y objeto.

Sin postular por eso entidades trascendentales, nuestro saber llega hasta la comprobación de este antagonismo y el análisis de sus modalidades. El orden objetivo representa el imperio de la necesidad, el subjetivo la lucha por la libertad.

La libertad es el principio creado que aspira a realizarse en su valor absoluto por el sentimiento de adversario. Reviste su más alta dignidad en la acción espontánea de la personalidad humana.

Este es el hecho fundamental. ¿Es acaso el último? Querer superarlo es hacer metafísica, para buscar en una armonía trascendente la solución del conflicto real entre sujeto y objeto. La religión y el arte intentaron otro tanto.

Pero éstas son soluciones dialécticas, poéticas o místicas, de solidez exclusiva para el sujeto que las afirma.

La solución positiva sólo pueden darla la técnica y la ética, es decir, el dominio sobre la naturaleza y el autodomínio de la personalidad propia.

Alejandro KORN.

Einstein y la Filosofía

Por procedimientos de una precisión y sutileza crecientes se ha llegado a descubrir en el dominio de las ciencias físicas una serie de hechos nuevos, cuya sistematización ya no cabe en los moldes clásicos. Conceptos de arraigo secular resultan deficientes, doctrinas consagradas flaquean, hipótesis vetustas se derrumban.

No por eso hemos de volver al caos. Nuevos sistemas, doctrinas reformadas, hipótesis más felices intentan expresar el momento actual de nuestro saber. Semejante construcción y reconstrucción fué en todas las épocas la vida de la ciencia, y sólo su ritmo se ha acelerado en la última centuria.

Los conceptos metaempíricos empleados para unificar la multiplicidad de los datos y subordinarlos a ideas jerárquicas o coordinarlos en un nexo armónico al fin se desvanecen ante el primer caso anómalo. Y este caso siempre sobreviene.

Es que olvidábamos — y en ocasiones los mismos sabios olvidan — que la verdad científica no es el trasunto de la realidad, sino tan sólo su interpretación precaria. Y esta interpretación nunca es definitiva; por fuerza ha de variar con los adelantos de la investigación, y de trecho en trecho se halla sujeta a revisiones fundamentales.

Entretanto, los postulados admitidos, al trascender del recinto casi esotérico donde nacen e incorporarse, siempre con retardo, al acervo de la cultura común, se deforman, se simplifican y acaban por adquirir la autoridad dogmática de los lugares comunes. Perduran luego tenaces, cuando ya los ini-

ciados empiezan a descalificarlos. De ahí la gran sorpresa cuando se divulga su deterioro y abandono.

Algo de eso ocurre con las teorías vinculadas al nombre de Einstein. ¿Cómo? ¿Cuánto dijo Newton no era cierto? Y las gentes poco habituadas a distinguir los hechos de sus abstracciones, muy dispuestas a tomar por ciertas las creaciones del raciocinio sistematizador, confunden su conmoción psíquica con una conmoción del Universo.

En realidad, las teorías de Einstein no son una improvisación genial, sino la resultante de un proceso complejo y prolongado. Descansan sobre el penoso esfuerzo de varias generaciones de investigadores.

La crítica de la concepción newtoniana ya es añeja; su decadencia se inicia en época más próxima y se precipita después del experimento decisivo de Michelson y Morley.

Contribuyen, por otra parte, a esta reciente evolución de las ciencias físicas las novedades ocurridas en otras disciplinas, sobre todo en las afines, como la química. Luego ha ejercido la mayor influencia el desarrollo en el siglo pasado de las matemáticas no euclidianas, y, por fin, cierta tendencia al análisis crítico de los preconceptos de la verdad científica, como se manifiesta, por ejemplo, en Mach y Poincaré.

Pero estos trabajos previos pasan inadvertidos para la generalidad y sólo repercuten las últimas conclusiones, como si el ilustre maestro que las enuncia no hubiese tenido ni antecesores, ni precursores, ni colaboradores.

Hasta tanto que los ánimos se aquieten y asimilen de la obra erudita la dosis tolerable, tendremos un debate sacado de sus quicios, un prurito de divulgación, una serie de malentendidos y un empeño por poner las nuevas teorías al servicio de viejas supersticiones.

Es necesario tener presente cómo se reflejan los postulados de la ciencia en la mentalidad de los semicultos con una noción vaga del sistema heliocéntrico se llega a creer que los planetas realmente describen en el espacio la elipse de sus órbitas. ¿Cómo ha de entenderse así la relatividad del movimiento?

¡Y he ahí que ahora se ha de entender hasta la relatividad del mismo espacio!

Luego los matemáticos, dueños de la ciencia exacta por excelencia, suelen atribuirse la capacidad de descubrir hechos nuevos por el mero cálculo. No ha mucho alguien del gremio sostenía que Leverrier había descubierto un planeta tan sólo por operaciones aritméticas. Hube de informarle que lo había logrado tan sólo a base de perturbaciones observadas por el telescopio. Tampoco recordaba que, cuando el mismo Leverrier supuso otro astro entre el Sol y Mercurio, la observación no confirmó el cálculo.

Y luego los teósofos. Ya presumen haberse comprobado la existencia de los espacios multidimensionales porque Einstein, de acuerdo con Minkowski, unifica el tiempo y las tres dimensiones del espacio en una magnitud algebraica, mientras niega precisamente la realidad espacial.

Y luego los kantianos, que celebran la demostración empírica de la idealidad del espacio y del tiempo.

Y luego a la zaga los científicos, los escolásticos y los ingenuos, afligidos porque temen que les haya trastrocado sus trebejos ontológicos tan bien dispuestos en la holgura del espacio absoluto.

Desde esta cátedra universitaria no hemos de solazarnos en semejantes devaneos, ni hemos de discutir asuntos ajenos a nuestra competencia. Yo no poseo la suficiencia enciclopédica necesaria para acordar a la teoría de la relatividad mi benévola aprobación, ni me permitiré criticarla con la inmodesta petulancia de la incomprensión.

Aquí hacemos filosofía, y nos importa discurrir hasta donde una renovación de las teorías físicas puede influir en la solución de nuestros problemas. Es decir, el caso particular se engloba en esta cuestión general: ¿cuáles son las relaciones de la filosofía con las ciencias naturales y matemáticas, y especialmente con sus integrantes especulativos? De acuerdo con la contestación a que lleguemos, hemos de deslindar nuestra

posición frente a las disciplinas físicas y elegiremos como ejemplo sus últimas doctrinas.

Ante todo distingamos entre ciencia y científicismo. Como posición filosófica, el científicismo entiende emplear el método inductivo más allá de toda experiencia posible, a fin de superponer a las hipótesis eventuales, que con sobriedad utiliza toda ciencia, otras más generales, hasta llegar si acaso a un principio último y único, cuya realidad objetiva afirma. La legitimidad de semejante tentativa no puede discutirse a pesar del riesgo de las generalizaciones prematuras. Responde el científicismo a una tendencia imperiosa de nuestro espíritu, al deseo de unificar en una síntesis final las conclusiones múltiples y a menudo divergentes de las diversas ramas científicas.

Sin embargo, nos hemos de sonreír, si se nos ofrece semejante mito cosmogónico, como la expresión de la verdad empírica.

Las hipótesis inferidas por la inducción son sus últimos, deleznable y vacilantes asertos, y en manera alguna la base suficientemente sólida para edificar sobre ella el vértice de la pirámide que las ciencias positivas dejan trunca. Desde luego, el científicismo no es ciencia ni filosofía, sino metafísica, metafísica del concepto mecanicista, metafísica sujeta a la estimación de la crítica filosófica.

Mas si relegamos el científicismo a su limbo metaempírico, también conviene reducir la filosofía a su esfera propia y delimitar sus atribuciones.

En la mente griega — única caso en la historia humana — se realizó la separación de la filosofía de la religión y del arte, pero el consorcio con la ciencia persiste a través de las edades y tarda en disolverse.

Todavía a fines del siglo XVIII en nuestra Universidad de Córdoba se enseñaba, a título de filosofía, la física de Aristóteles, y con silogismos se polemizaba contra la óptica de Newton. Y aun en la época romántica del siglo pasado la filosofía alemana pretendía resolver problemas de orden empí-

rico por medios especulativos. La aventura, por cierto, se extinguió en el ridículo.

No obstante, una cierta confusión persiste y se explica por antecedentes históricos. El conglomerado primitivo de nuestros conocimientos se comprendió en su totalidad bajo el nombre de filosofía, y si la evolución ulterior determinó su paulatina diferenciación, todavía no la hemos llevado a sus últimas consecuencias. Urge ahora definirla con pulcritud.

La observación de los hechos, la investigación de su enlace causal y de su relación recíproca, es misión de la ciencia, por métodos que le son propios. Al efecto, abstrae conceptos cuya eficacia comprueba, formula leyes y las reviste si es posible de exactitud matemática.

Nada de esto puede hacer la filosofía, ni debe intentarlo; más aún: debe arrepentirse de haberlo pretendido alguna vez. Sobradas querellas tiene en su casa para inmiscuirse en los asuntos internos del vecino.

Pero si las ciencias físicas, luego, creen abarcar con sus esquemas algebraicos todo el conjunto de los intereses humanos, se extralimitan. Los hechos, los conceptos, las leyes, nos serían indiferentes si no nos afectaran, si no les atribuyéramos un valor. El mundo de los valores es el de la filosofía; sus funciones son exclusivamente estimativas. Es así que llama a su juicio los valores éticos y estéticos, y la misma gnosología no es sino la teoría del valor del conocimiento. La ciencia nos da sus conclusiones; la filosofía las aprecia. En resumidas cuentas, la filosofía no es cosmología, es crítica y axiología, y tal vez convendría designarla con este último nombre, para terminar con todos los equívocos.

Y como de la ciencia, así también debemos separar la filosofía de la metafísica. En efecto, la metafísica no es un achaque exclusivo de la filosofía; al contrario, ésta puede afirmar o negarla, o llegar, quizá, a una conclusión paradójal: afirmar su necesidad, negar sus pretensiones. La metafísica es, en realidad un proceso mental común a todos los órdenes de la actividad psíquica. Es parte integrante de la ciencia, del arte y de

la religión. Toda vez que a un concepto mental le atribuimos una existencia objetiva, hacemos metafísica, ya se trate de una hipostasis mística, de una creación poética o de una hipótesis científica. También, por cierto, la filosofía suele incurrir en metafísica pero — siquiera a las vegadas — con espíritu crítico, a sabiendas, consciente de su empresa.

Dejemos, pues, a la ciencia y al científicismo en su lugar. Aquélla en su obra pragmática y proficua y a éste en su empeño de anticipar, al margen de la ciencia, la solución de todos los enigmas del Universo.

Obligada, empero, la metafísica científicista a operar con los axiomas, esquemas, símbolos e hipótesis de los sistemas, desde luego ha de resentirse de cualquier modificación de sus bases.

Durante siglos ha debido entenderse con Aristóteles. En el Renacimiento empezó a rebelarse contra la autoridad del maestro, luego puso su fe en la concepción mecánica de Newton, y ahora ha llegado, quizá, el momento de una nueva transmutación. Con algún espíritu crítico, aunque no excesivo, lo ha intentado lord Haldane.

Por motivos menos fundamentales ya habíamos visto agitarse el científicismo en los últimos tiempos. En el dominio de las ciencias biológicas, las especulaciones más diversas, si bien igualmente inconsistentes, se han sucedido y se han desalocado mutuamente. Asimismo en las ciencias físicas hemos conocido el prestigio efímero de las divagaciones sobre la evolución de la materia y del éter, sugeridas por el descubrimiento de la radioactividad.

No obstante, el caso no es grave; la visión ciclópea de la especulación científicista se mantiene a través de todas sus variaciones. Su naturaleza intrínseca no se altera con la mudanza de los argumentos, pues siempre se encamina a encuadrar la totalidad de lo existente, inclusive la personalidad humana, en fórmulas geométricas.

Ese es el ideal de la ciencia, y la metafísica, científicista no puede apartarse de él, cualesquiera que sean los acciden-

tes de la vía por donde aspira a realizarlo. A nosotros nos toca encarar las cosas desde otro punto de vista.

Veamos, por ejemplo, si cabe establecer una relación entre los valores morales y la teoría de los fenómenos físicos. Hemos en presencia de un artefacto, construido merced a los progresos de la ciencia, digamos un aeroplano, y preguntemos si es lícito su empleo en el asesinato de mujeres y de niños. Admitamos la posibilidad de distintas respuestas: ninguna se fundará en la teoría matemática del vuelo con planos inclinados. No dependerá tampoco del tamaño, de la velocidad o de la resistencia del aparato. Es una cuestión de un orden totalmente diverso, corresponde al fuero de la filosofía, y su respuesta depende de los principios éticos que aceptemos o neguemos, y que no expresaremos en guarismos. La ciencia es amoral; ningún malabarismo científicista puede extraer de ella una obligación ética.

¿Pero acaso en nuestra capacidad cognoscitiva podrían influir las conclusiones de la ciencia? El aumento cuantitativo del conocimiento no modifica su calidad. Cualquiera que sea la posición gnoseológica de nuestra preferencia no ha de cambiar por que una disciplina científica substituya una hipótesis por otra. Quien acepte la posibilidad de un conocimiento trascendente, nunca espera realizarlo por métodos empíricos, y quien niegue esa posibilidad, tampoco ha de conmovirse. El criticista, por su parte, escuchará con interés los resultados concretos de tal o cual ensayo, pero seguirá en su análisis de los elementos subjetivos y objetivos de la operación mental que llamamos experiencia.

Los griegos, con un caudal de conocimientos mínimo comparado con el nuestro, aun bajo la sugestión del error geocéntrico, hallaron, sin embargo, todas las posiciones filosóficas y metafísicas posibles, como que nada hay en la filosofía moderna que no haya estado antes en el pensamiento griego. No dependen, pues, las conclusiones filosóficas del desarrollo de las ciencias empíricas.

Ahora bien: establecida la independencia recíproca de la filosofía y de la ciencia, probemos si los postulados einstenianos invalidan esta afirmación.

¿Que la posición del observador influye en la apreciación de un fenómeno? Si esto significa para la mecánica el descubrimiento del sujeto, conste que con alguna anterioridad ya habíamos tenido la suerte de hallarlo.

¿Que el espacio y el tiempo son magnitudes relativas y no entidades existentes por sí? Ya lo sabíamos.

¿Que las últimas conclusiones se expresan en fórmulas paradójales, sin contenido intuitivo? No nos sorprende.

¿Que la relatividad es un fenómeno universal? Si “pensar es relacionar”, esto es obvio.

¿Que de consiguiente no se descubre nada absoluto por medios empíricos? La noticia no es muy novedosa.

¿Que no se puede aceptar la existencia de un infinito realizable? Siempre hemos creído que el objeto del conocimiento ha de ser limitado.

¿Que la hipótesis del éter es absurda? Lo sospechábamos.

¿Que la hipótesis de los campos electromagnéticos es más eficaz? Así sea, hasta encontrar otra mejor. Ya la física moderna no puede conservar el candor de aquel que dijo: “Hypotheses non fingo”.

A juzgar por tan breve examen, son los hombres de ciencia y no los filósofos a quienes conviene enterarse de las nociones corrientes en el campo opuesto. Al fin, un asomo de gnoseología no sienta mal ni a un sabio.

Sin embargo, y a pesar de estas concordancias, no perdamos nuestra serenidad y no intentemos traer el agua ajena a nuestro molino. No tenemos problemas comunes con la ciencia; nuestros afanes son otros y, en realidad, hablamos un lenguaje distinto. Si bien dentro del ambiente histórico común, la filosofía se mueve en otro plano, ha mantenido su posición frente a la mecánica clásica y no puede pedir su apoyo a la mecánica reformada.

La teoría de la relatividad, como la de Newton, como por fuerza toda concepción científica del cosmos, interpreta al Universo como un mecanismo. Nosotros no discutimos la teoría del caso, sino el preconcepción, los prolegómenos implícitos. Si somos deterministas, no hemos esperado a Einstein para ocupar nuestra posición; si afirmamos frente al mecanismo universal el imperio de una personalidad libre, no hemos de renunciarla. Estamos donde estábamos.

No por eso hemos de desconocer ni desaprovechar las enseñanzas de este intenso movimiento científico.

Será ante todo un motivo para apreciar una vez más el valor de los símbolos matemáticos y cuidarnos de no caer en una logística pitagórica o acaso cabalística.

El repudio de conceptos inveterados nos inspirará reflexiones sobre el valor en general de los conceptos, aun de los más universales, revestidos de necesidad axiomática.

El derrumbamiento del sistema newtoniano nos insinuará la fragilidad, no sólo del sistema que muere, sino también la de los sistemas que nacen.

La enunciación, con carácter científico, de fórmulas sin contenido representable, nos recuerda cuán pobre y falaz es la imagen cósmica del realismo ingenuo.

¿En la línea señalada por los nombres de Aristóteles y Newton, el de Einstein representará la tercer etapa? Lo ignoramos; lo ignoran los mismos hombres de ciencia aun desacordes entre sí. No pronunciarán los contemporáneos la ardua sentencia.

Se confirmen, empero, o no las teorías de la relatividad restringida y absoluta, la sistematización clásica ha caducado, y si no es ésta la reforma eficiente, lo será otra. Cualquiera que ella sea, contribuirá a acrecentar el dominio del hombre sobre la naturaleza, y un paso más habremos dado en la emancipación de las fuerzas ciegas destinadas a servirnos y no a mandarnos. Al amparo de la ciencia convertida en técnica avanzamos en la conquista de nuestra libertad económica.

Pero la ciencia pura llena una misión no menos importante. A la emancipación externa corresponde otra interna. Al

elevar la inteligencia a una concepción más audaz, más amplia, si no más exacta, en todo caso menos inconexa y contradictoria, despierta en el hombre la conciencia de su capacidad y de su poder. Fortalece, desde luego, el sentimiento de la propia personalidad y afirma la dignidad humana: en este sentido desempeña una alta función ética.

A la par de la filosofía y el arte, la ciencia cumple su gran misión libertadora; nos levanta sobre las mezquinas contingencias de la vida, pese a todos los relativismos, nos aproxima a la visión de la eterna armonía del cosmos, y como el Dante al término de su gran jornada mística, en las profundidades más hondas, entrevé

*Legato cón amore in un volume
Ció che per l'Universo si squaderna.*

Alejandro KORN.

Lope de Vega traductor de Claudiano

Es lugar común, acreditado por la Barrera (1), y que desde el libro de éste ha pasado a algunos otros muy apreciables (2), para ser propalado después hasta la saciedad por la turba

(1) "Nueva biografía", por don Cayetano Alberto de la Barrera, en "Obras de Lope", edición de la Academia, tomo I, Madrid, 1890, págs. 31, 39 y 565.

(2) Lo mismo la "Historia de la literatura española" del señor Fitzmaurice-Kelly, Madrid, Suárez, 1921, pág. 220, y la "Historia de la lengua y literatura castellana", del señor Cejador, Madrid, IV, 1916, pág. 69, que la reciente y muy notable "Historia de la literatura española, de los señores Hurtado y González Palencia, Madrid, 1921, pág. 629.

Aprovecharé la ocasión para advertir algunos errores del libro del señor Fitzmaurice-Kelly, en la parte referente a Lope: don Jerónimo Manrique de Lara no fué "obispo de Cartagena, y luego de Alcalá" (pág. 221), sino de Cartagena y después de Avila; ni Jerónimo Velázquez era "autor de compañías" (pág. 221), sino "autor de comedias", o sea jefe de una compañía de representantes. En cuanto al quinto duque de Alba, no se llamaba "don Antonio Alvarez de Beaumont" (pág. 222). Espinel le llama parecidamente (don Antonio Alvarez de Veamonte y Toledo) en la dedicatoria de sus "Diversas rimas". Madrid, 1591 (véase Pérez Pastor, "Bibliografía madrileña, siglo XVI", Madrid, 1891, pág. 181); pero sus verdaderos nombre y apellidos eran don Antonio Alvarez de Toledo y Beaumont (la Barrera, "Nueva biografía", 41). Tampoco es burlesco, sino, por el contrario, encomiástico, el soneto dedicado por Lope a Góngora que salió en el llamado "Papel de la nueva poesía", a que se alude en la pág. 252.

De otros dos errores: el sostenerse que Lope estudió con los teatinos (pág. 220), siendo así que no lo hizo sino con los jesuitas, a quienes entonces se llamaba teatinos; y que después del desatre de la Invencible volvió a Cádiz (pág. 222), y no a la Coruña y Portugal, no puede responsabilizarse al señor Fitzmaurice-Kelly, ya que el pri-

inconsciente de los repetidores, el afirmar que Lope tradujo el poema "De raptu Proserpinae", de Claudiano, precisamente en 1572, a los diez años de edad.

Cierto es que la Barrera sólo afirma eso de una manera terminante en el "Índice analítico" de su libro (3), y que en el lugar a que éste se refiere, y en algún otro más (4) su aseveración no es tan rotunda, ni mucho menos; pero, eso no obstante, el hecho es que tal afirmación es hoy admitida generalmente.

El único testimonio aducido por el indicado biógrafo resulta de ciertos versos de la "Égloga a Claudio", donde Lope dice, enumerando sus obras:

"Vive sin luz, por ser en tierna infancia,
"el robo de la hermosa Proserpina,
"que a la pluma latina
"trasladé la elegancia;
"más, dedicada al cardenal Colona,
"por sirena quedó de su corona" (5).

Trae también a colación la Barrera un pasaje de "La Drotea" (6), en el cual César, uno de los personajes, recuerda que "el ilustrísimo cardenal Ascanio Colona, . . . estudiando en "Alcalá, favorecía los ingenios"; y a propósito de esto, asegu-

mero de ellos lo he rectificado recientemente, en un artículo ("La juventud de Lope de Vega") aparecido en la revista "Nosotros", Buenos Aires, 1922, y el otro lo he de rectificar en otro trabajo ("Lope de Vega en la Armada Invencible") aun no publicado. Hago estas observaciones en mi deseo de que llegue a obtener la mayor exactitud posible un libro tan digno de encomio y que está en las manos de todos.

(3) Pág. 565.

(4) Págs. 31 y 39.

(5) "Nueva biografía", pág. 39; "Bibl. auts. esps.", XXXVIII, 433. Para aclarar el último verso, hay que tener en cuenta que el escudo de la familia Colonna lleva como cimera una sirena coronada (G. B. di Crollanza, "Dizionario Storico-Blasonico", Pisa, 1886, artículo Colonna).

(6) Acto V, escena III; edición de la Biblioteca "Renacimiento", pág. 274; y "Bibl. auts. esps.", XXXIV, 63.

ra que Ascanio Colona estudiaba en Alcalá por los años de 1569, y que “aún pudo alcanzarle allí Lope en 1572” (7).

Lo único que resulta probado por dicho pasaje es que “en su tierna infancia” tradujo Lope del latín cierto libro referente al robo de Proserpina, que puede identificarse sin mayor dificultad con el poema de Claudiano que trata de ese asunto.

¿Qué es lo que entendía Lope por “tierna infancia”? Conocida es su coquetería casi femenil en esta materia (8), y si agregamos a ella la “fuerza del consonante” — a cuyo tiránico influjo no ha podido sustraerse ni aun siquiera este mago de la rima — no hay duda de que el tal pasaje puede ser interpretado, en este particular, de una manera bastante elástica.

No hay que dudar de la extraordinaria precocidad de Lope que “de cinco años leía en romance y latín”, según Montalbán (9), y que a los once y doce años escribía comedias, según su propio testimonio (10); pero es preciso confesar que la tarea de traducir el largo y complicado poema de Claudiano es de una índole muy distinta de esas otras, y completamente desproporcionada con las facultades de un niño de diez años, por prodigioso que fuese.

Por añadidura, la única razón en que parece apoyarse la Barrera para llevar la traducción hasta una fecha tan temprana, es decir la circunstancia de que Ascanio Colona estudiase en Alcalá hacia 1569, no parece tampoco muy valedera.

(7) “Nueva biografía”, 31 y 39.

(8) Fitzmaurice-Kelly, “Hist. de la lit. esp.”, trad. del maestro Bonilla y San Martín, “La España Moderna”, sin a. pág. 331: “También debemos reconocer que Lope coqueteaba algo respecto de su edad. Dice, por ejemplo, que era un niño en los días de la Armada Invencible, cuando tenía entonces veintitrés (sic, por veintiseis) años; que escribió la Dragontea en su mocedad, siendo así que tenía treinta y cinco años cuando la compuso”.

(9) “Fama póstuma”, en “Bibl. auts. esp.”, XXIV, pág. 1X.

(10) “Arte nuevo de hacer comedias”, en “Bibl. auts. esp.”, XXXVIII, 231.

Resulta, efectivamente, de los datos que he podido reunir (11) acerca de Ascanio Colona (nacido en 1559, o en 1560, y fallecido en 1608), que estudió, no solamente en Alcalá, sino también en Salamanca. ¿Cuándo en una y cuándo en otra Universidad? Siento no haberlo podido averiguar fijamente; pero a lo menos puede inferirse que habitaba en Salamanca hacia 1577, pues en ese año salió de las prensas salmantinas la versión del "Orlando" de Ariosto, dedicada a Ascanio por el traductor, Jerónimo de Urrea; y es probable que continuase allí en 1581, puesto que entonces pronunció Colona en la Universidad, con ocasión de las honras fúnebres de la reina doña Ana, una "Oración" latina, que se imprimió asimismo en Salamanca en dicho año. Algo más adelante, en enero de 1585, lo encontramos ya en Alcalá, donde el arquero Cock nos relata cómo, en presencia de Felipe II, "rezó una oración en latín el "señor Ascanio Colonna (sic), caballero romano a quien la "Universidad había dado este cargo, según lo tienen de costumbre. Lo cual habiendo entendido Su Majestad, mandó "que la misma se dijese en romance para el Príncipe e Infantas, y por esta razón se fué Su Majestad con todos los suyos "al Estudio, y oyó al dicho señor Colonna (sic) decir la dicha oración en ambas lenguas" (12).

(11) Para ello he consultado, ante todo, la erudita nota que le dedican el maestro Bonilla y San Martín y el señor Schewill, en su edición de "La Galatea", de Cervantes (I, Madrid, 1914, 240-241) y los artículos correspondientes de la "Nuova enciclopedia popolare italiana", Torino, Societá L'Unione Tipografico-Editrice, 1865; el "Gran diccionario histórico" de Luis Moñeri, traducido por D. Josef de Miravel y Casadevante, París, 1754, III, y la "Enciclopedia universal ilustrada" de la casa Espasa, además de las "Relaciones" de Cabrera de Córdoba, Madrid, 1857, págs. 133 y 217. Siento que no me haya sido posible consultar algunas obras aludidas en los dos Diccionarios últimamente citados; Ciconius (Chacón, o Ciaconius?), "Vitae pontificum et cardenaliū", Roma, 1677; G. di Agostino, "Storia della familia Colonna"; y Rochepezai, "Nomenc. card."

(12) "Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585", escrita por Henrique Cock y publicada por A. Morel Fatio y A. Rodríguez Villa, Madrid, 1876, pág. 12.

La afirmación de la Barrera de que Colonna estudiaba en Alcalá en 1569 no está apoyada por aquél en documento alguno, y por mi parte no he podido comprobarla. No la niego; pero sí afirmo que en todo caso Lope no necesitaba efectuar su traducción hacia 1572 para dirigírsela a Colonna, que estaba todavía en Alcalá hacia 1585. Y no se objete que en esa fecha tenía ya Lope veintitrés años, puesto que, además de lo muy relativa que puede resultar la “tierna infancia” del poeta, ésta se refiere a la fecha en que se efectuó la traducción, y no a la de la dedicatoria.

Ese año de 1585 era precisamente un momento de auge para Ascanio Colonna, que habiendo perdido poco tiempo hacía (1584) a su padre Marco Antonio, uno de los caudillos de las escuadras de Lepanto — aquel “sol de la milicia, cuyas vencedoras banderas” había seguido Cervantes — esperaba mercedes que no tardaron en serle concedidas, puesto que en 1586 fué creado cardenal, y virrey de Aragón algún tiempo después (1601). Por otra parte, Marco Antonio, al venir a España en 1584, había traído consigo a parte de su familia, y quizá por entonces se hablaba ya del matrimonio de una hija suya, doña Victoria Colonna, con el heredero de una de las principales familias de Castilla, el conde de Melgar, primogénito del almirante de Castilla y duque de Medina de Rioseco, con quien había de casarse poco después, en 1587, según se recuerda en “La Dorotea” (13).

Atraído por esos augurios de grandeza, el eterno pretendiente Miguel de Cervantes vino a presentar al joven magnate Colonna la dedicatoria de su “Galatea” — la primera edición de la cual está impresa en Alcalá, en 1585 — y acaso también Lope de Vega — mancebo entonces de veintitrés años — cuya familia tenía cierta relación de dependencia con la del almiran-

(13) Lugar citado en la nota 6. Véase Cabrera de Córdoba, “Felipe II, Rey de España”, III, Madrid, 1877, pág. 230. La novia llegó a España en el último momento, conducida por el duque de Osuna.

te (14), se apresuró a traer a tan gran latinista la ofrenda de su traducción juvenil.

Entiendo, pues, que debe desecharse la equivocada especie que acreditó la Barrera. Lope tradujo el poema de Claudiano en su infancia — entendido este término dentro de la amplitud que el poeta solía concederle —; pero no precisamente en 1572. Y probablemente lo dedicó a Colonna algún tiempo después, quizá en el período que va desde 1581 a 1585. Ello podría conjeturarse con alguna seguridad si conociésemos fijamente la cronología de los estudios de Colonna en Salamanca y Alcalá, sobre lo cual tienen la palabra los investigadores que puedan consultar los papeles de ambas Universidades. Sería ésta una averiguación que no dejaría de ofrecer interés, puesto que, careciendo hasta ahora de noticias directas sobre los estudios de Lope, estamos reducidos a tratar de fecharlos por medio de las menciones que hace de personas coetáneas con él en la Universidad complutense.

* * *

Y ahora ¿qué se hizo de la tal traducción? Lope escribió la "Egloga a Claudio", ya aludida, entre 1630 y 1632 (15), y de ella parece deducirse que el poeta no había publicado hasta entonces su traducción, la cual tenía por perdida. Después, nada se ha sabido acerca de ella, y desde luego no figura en la "Colección" de las obras de Lope editada por Sancha, ni en ninguna otra de las conocidas.

(14) "Todos y yo en su nombre, con la esclavitud debida y heredada por mis padres. a la inmortal memoria del señor almirante don Luis, abuelo de Vuestra Excelencia, le ofrecen plumas..." (Lope, dedicatoria del "Laurel de Apolo", en "Bibl. auts. esps.", XXXVIII, 185). Se trata de don Luis Enríquez, tercer duque de Medina de Rioseco y almirante de Castilla, que sucedió en estos títulos en 1572 y murió el 27 de mayo de 1576 (Garma, "Theatro universal de España", III, Barcelona, 1738, 402).

(15) La tal "Egloga" salió póstuma en "La vega del Parnaso" (1637); pero Lope alude en ella al "Laurel de Apolo" (1630), dándolo por publicado, mientras que manifiesta que aun no había salido a luz "La Dorotea" (1632).

Puede, sin embargo, caber cierta duda de que esté perdida en realidad. En la "Colección escogida de obras no dramáticas de Lope de Vega" que formó don Cayetano Rosell para la "Biblioteca" de Rivadeneyra (16), y con referencia a don Nicolás Antonio (17), se cita una edición del "Romancero espiritual" de nuestro poeta, hecha en Cuenca, en 16.^o, el año 1620, por Salvador Viader, y que contiene además — según él — "El robo de Proserpina", "La mañana de San Juan" y "Catorce romances a la pasión de Cristo N. S."

¿Es esta la misma traducción a que nos venimos refiriendo? Me ha sido imposible comprobarlo en Buenos Aires, donde no existe esa rarísima edición. Ni aun siquiera tengo a mi disposición "La imprenta en Cuenca", de don Fermín Caballero, Cuenca, 1881, donde quizá pueda aclararse si media algún error de don Nicolás Antonio, como lo hace sospechar, entre otras cosas, el que la Barrera (18) cite esa edición sin mencionar para nada "El robo de Proserpina".

Trabajoso de creer parece en verdad que Lope, escribiendo en 1630-1632, ignorase la existencia de esta edición de su obra juvenil, que tenía por perdida, mientras que — a lo que se dice — acababa de publicarse en Cuenca, en 1620; pero es fuerza suspender el juicio, en espera de datos más completos.

Lo que sí puede afirmarse es que desde 1608 no tenía el trabajo de Lope el mérito de la novedad, pues en Madrid, y en esa fecha, un clérigo granadino, el doctor Francisco Faría, canónigo doctoral de Almería, había sacado a luz una traducción titulada "Robo de Proserpina, de Cayo Lucio Claudiano",

(16) "Bibl. aut. esp.", XXXVIII, 526. columna tercera.

(17) El pasaje en cuestión figura en la "Bibliotheca hispana nova", en el artículo dedicado a Lope, edición de Madrid, 1788, tomo II, pág. 78.

(18) "Nuevo biografía", 218.

que dedicó, por cierto, al gran mecenas de Lope, al duque de Sessa (19).

Juan Millé y Giménez.

(19) Pérez Pastor, "Bibl. madr.", serie II, Madrid, 1906, pág. 136; Cejador, Hist. de la leng. y lit. cast.", IV, Madrid, 1916, pág. 273. Nótese que Tamayo de Vargas, al enumerar, en una carta de 1629, las traducciones castellanas de los poetas latinos, sólo menciona como traductor de Claudiano al doctor Faria ("Bibl. auts. eps.", XLII, 66).

Un Profesor

Querido amigo: Es un gusto para mí hablar de mi buen profesor Savio, mas, debo advertirle que si espera usted noticias biográficas no son muchas las que podría darle de él. Creo que debía de ser judío, mas la única prueba que tengo para afirmarlo es la de que era rico. Si quiere usted imaginárselo, observe al profesor Jacob: la misma figura, igual estatura, idéntica inclinación hacia la derecha; pero Savio no poseía esa expresión clara y sonriente; su cara era la de un hombre malhumorado y que protesta. Su indumentaria no llamaba la atención, a no ser el nudo de la corbata que no se encontraba a sus anchas sino bajo las orejas.

Desarrollaba sus conferencias puesto de pie ante la mesa; empezaba la lección apagadamente, como en un suspiro; hablaba, luego, ligero, recio, con el tono de quien hace una gran revelación, intercalando continuamente en su discurso, hasta en medio de un vocablo, la palabra "vede", (p. ej.: "Constanti-vede-nopla"); interrogando en voz baja e insidiosa, mirando fijo, y contestándose a sí mismo con estallidos de satisfacción, como si dijera: ¡Eureka! Todo esto en medio de sacudimientos de su cuerpo, levantando y bajando la cabeza como una lechuza y tornándose a derecha e izquierda. De vez en cuando en el aula sonaba, acá y allá, una risotada aguda y aparecía entonces una breve contracción en su frente.

En el Liceo y en el Instituto enseñaba historia; en la Facultad, geografía.

Mantengo la opinión de que no hubo jamás un profesor de geografía que pueda comparársele. Tal vez esta opinión mía

le sugiera a usted más la idea de mi ignorancia que la del saber de mi profesor; pero he de decirle que no llegué a cambiarla todavía. He buscado mucho sin encontrar quien se le parezca; entre relatos de viajes, novelas geográficas y tratados, creo haber leído toda una biblioteca, poniendo con los tratados el mastodóntico Reclús y el Marinelli; pero sólo Ritter podría darle de él una débil idea.

Hay que notar que había recorrido medio mundo y tomado parte en expediciones con Camperios y otros exploradores y vivido en casi todos los países de Europa.

Puede ser que lo que a mí me admiraba no sea sino cosa vulgar y común para ustedes; sin embargo, no lo creo así, pues la admiración que yo experimentaba era compartida por cuantos oían sus lecciones. Yo, por mí parte, seguí tres de sus cursos: uno sobre Rusia, otro sobre Italia y el último sobre Inglaterra; además me procuré los apuntes de otros cursos y el señor De Marchi, argentino y alumno entonces de Savio en el Liceo Parini, me dió los de historia universal. Si actualmente no los tuviera en Italia, entre montones de papeles más o menos limpios, se los enviaría con verdadero placer.

En su defecto, intentaré darle una idea aproximada del curso que nos dictó sobre Inglaterra.

En primer término estudiaba las condiciones agrícolas de la región.

En agricultura, Inglaterra no admite comparación. Esto se debe, primero, a sus condiciones naturales y sobre todo a la *niebla*. Que la corriente del golfo rompe contra la isla y que Inglaterra está como en un caldero de agua caliente, todos lo sabemos; que a la evaporación de la corriente débese la niebla, si no se leyera en los tratados, sería fácil de adivinar; pero no todos reflexionan hasta advertir que la niebla llena con gran ventaja el lugar del riego; y, como puede faltar y a menudo falta la lluvia en los países que no cuentan más que con ella, pero nunca falta la niebla en Inglaterra, resulta que esta última tiene siempre sus cosechas aseguradas. Basta con la in-

dicación del fenómeno, porque largo sería seguir al profesor en la enumeración de las consecuencias resultantes.

A la corriente del golfo debe, también, la benignidad del clima; que es más templado que en una buena parte del Pó y por el cual se hace posible recoger en la isla de Wight productos semejantes a los del mediodía de Italia y de España. (No entro en detalles, como acabo de decir, aun cuando fueran curiosísimos e interesantes en sumo grado).

Libre, pues, Inglaterra, de la necesidad del riego puede emplear sin obstáculos todos sus ríos para el transporte, y sabido es cuánto más barato resulta el transporte por agua que por otros medios. Los ríos ingleses tienen, además, la particularidad de atravesar terrenos calcáreos, materia que se disuelve en el agua, sin que haya entonces, peligro de que se formen bancos de arena u otras barreras, ni de que se levante su nivel. Por tal razón, los ríos de Inglaterra no tienen delta y sus desembocaderos sirven de puertos seguros y económicos.

La fe en la ciencia caracteriza a la agricultura inglesa; el *latifundio*, que fué la ruina de Roma, es una de las causas de la riqueza de Inglaterra.

Conocidos son los motivos históricos que trajeron allí la división actual de las tierras; todos saben que se ha conservado el *fideicomiso* y que a esta circunstancia se debe el florecimiento en que se mantiene la nobleza. Una propiedad vasta exige, para ser bien cultivada, muchos labradores y una repartición menuda del terreno entre ellos, y así sucedió, en efecto, alguna vez en Inglaterra, donde el terreno estaba casi tan sobrecargado de labradores como en Italia. Mas, el desarrollo inmenso de la marina y de la industria, sin contar la extensión del imperio, contribuyeron a aligerar de agricultores la campaña, hasta el punto de que hoy, sobre un área de terreno cultivado más extensa que en Italia, no se cuentan sino unos dos millones de labradores, mientras en esta su número pasa de diez y seis millones. Tal circunstancia es decir, semejante disminución de campesinos, tan dañina para Roma, permite en Inglaterra el cultivo racional del suelo. El

uso de las máquinas y la aplicación de todos los inventos de la ciencia.

Del concurso de todos estos hechos y de otros, que creo demasiado largo enumerar, ha surgido la estancia inglesa, una de las más grandes creaciones de la inteligencia, de la laboriosidad y de la riqueza.

Y aquí, después de ponderados los beneficios de la asociación empezaba a describir las modalidades de aquella agricultura y pastoría. La estancia se divide en cuatro partes, y el producto que se cultiva en una pasa cada año a la sucesiva; tal vicisitud de cultivos, llámase rotación; y el encontrar la más apta para el suelo inglés le costó al duque de Norfolk (me parece recordar que éste era su nombre) no poco tiempo y dinero; y aquí venía una serie de curiosas anécdotas, contadas con el tono del que espera provocar una manifestación de extrañeza, para decir luego: "Y sin embargo, es así". Pero, por lo general, nadie se extrañaba de oír aquellas cosas de labios del profesor.

Mientras iba contando la historia de la rotación, describía el efecto de cada cultivo y las condiciones del terreno que exige, y supe entonces que las *tuberosas* (papas y compañía), así como la alfalfa, bonifican el terreno, y que las legumbres (porotos y hermanos), le enriquecen en ázoe. Su conclusión era que la rotación inglesa, independientemente de los abonos, mejora el terreno en un $2\frac{1}{100}$ cada año.

En el centro de la estancia levántanse los establos. Cuando se construyó en Inglaterra el primer ferrocarril, un rico estanciero (cuyo nombre no recuerdo) a fin de ahorrar tiempo, y aun cuando pudiera costarle más caro, decidió aprovecharlo para llevar sus reses al mercado de Londres. Grande fué su sorpresa al hacer el balance de fin de año y encontrarse con 35.000 libras de superávit, mientras esperaba una disminución de las ganancias. Y era que la carne que perdían antes los animales en el viaje a pie, pagaba los gastos del ferrocarril y daba además, una utilidad ingente. El descubrimiento fué aprovechado sin pérdida de tiempo. Se calculó la canti-

dad de carne que un animal consumía arando, en un día, y, como la carne vacuna cuesta diez veces más que la caballar, se sustituyeron los animales vacunos con caballos y mulos en las faenas agrícolas. Desde entonces no se crían bueyes en Inglaterra, sino para que den carne, ni vacas a no ser por la leche. Como todo movimiento se hace a costa de los músculos, para suprimir este desperdicio se condenan los bueyes a la inmovilidad. Un establo inglés es una larguísima galería, dividida, por bajos tabiques, en espacios iguales, uno para cada buey. Hállase éste encerrado en su división, frente a un gran pesebre que corre a lo largo de la pared.

Al cabo de una infinidad de experiencias, se logró descubrir qué clase de alimentos no deja desarrollar las astas ni el pelo, y hace que los huesos se queden en un estado cartilaginoso. En tal régimen, más que el pasto tienen parte las tuberosas de toda clase, cocidas en calderas de cemento, inmensas, que se levantan a los dos extremos del pesebre, una vez cocidas se les da paso por grandes portillos abiertos en las calderas. Allá es a donde han ido a parar las cataratas del diluvio.

Había que oírle describir la agitación de aquella interminable hilera de bueyes, el ansia con que a la hora de la comida miraban hacia las calderas y los sordos mugidos de placer al abrirse los portillos.

Para recrear la psiquis de aquellos pobres prisioneros, delante de cada uno se abre una ventana en la pared, con vidrios de colores. Atrás, en una acequia paralela a la pared, pasa sin cesar una corriente de agua limpia que arrastra los resultados de la crítica fisiológica a una inmensa cisterna, de donde unas bombas a vapor las esparcen por sobre todo el terreno de la estancia.

El resultado último es de que estos bueyes llegan a dar hasta 700 kilos de carne.

Seguía a la de los bueyes la historia de las ovejas y de cómo se consiguió que unas tengan la lana blanda y breve y las otras larga, para responder a todos los pedidos de la in-

dustria. Pero tales maravillas son aquí, en la Argentina, harto conocidas.

Continuaba luego con el cálculo del rendimiento; una hectárea de terreno da hasta 40 hectólitros de trigo; una vaca 20 litros de leche cada día, etc., etc.

Después, la crítica :la carne de los bueyes es excesivamente gorda, etc., etc.

Usted comprenderá que no me sea posible exponer en pocas páginas lo que no cabía sino muy comprimido en el curso de un año. Tenga en cuenta que no faltaba, después, una detallada enumeración de las diferencias que se notan de una a otra provincia, ya por la diversidad de los terrenos, ya por la diversa demanda de los mercados.

A renglón seguido del estudio de la agricultura venía el de la industria. La grandeza de Albión es hija de dos circunstancias especiales: su riqueza en carbón y su riqueza en hierro. La máquina a vapor debía dar naturalmente la supremacía industrial al pueblo más rico en carbón. Esto no solamente da mejores armas a Inglaterra en la lucha industrial, sino que hace depender de ella la industria de todos los demás países y la convierte en regulador de aquella actividad. Sólo después del 70 el hallazgo en Alemania de inmensos yacimientos carboníferos y minas de hierro, creó a Inglaterra una competencia seria. Hasta entonces hubo de luchar con Francia, la que, antes que el empleo proficuo de las máquinas, hacía valer sus cualidades particulares de buen gusto y elegancia y en la industria de lujo ocupa todavía el primer lugar (estas lecciones se dictaban en 1886); a ella debe París su ingente población.

La industria inglesa no es idealista; cuenta con la abundancia y excelencia de la materia prima y especula no tanto con la calidad como con la cantidad. Su lema es vender mucho y pronto. Salida de minoría, la industria inglesa adoptó el libre cambio. Es su política tradicional el esconder sus fines utilitarios bajo apariencias generosas que interesan al sentimiento; la Francia, víctima siempre de su entusiasmo, se dejó

seducir por algún tiempo; mas, cuando se igualaron las condiciones del combate entre Inglaterra y Alemania y esta última pudo alzarse gallardamente, gracias al proteccionismo, y cuando en el mismo mercado de Londres la industria inglesa se vió batida por la alemana, entonces Inglaterra estuvo a punto de cambiar de programa. Salió del atolladero acogiendo a los judíos que huían, perseguidos, de las monarquías danubianas, a condición de que se sometieran a un trabajo de 18 horas diarias por una libra esterlina. Más de 300.000 judíos se sometieron a tan duro pacto. Así fué cómo el algodón inglés no quedó derrotado por el alemán. El intenso empleo de maquinarias agrícolas puso, además, a disposición de la industria un pueblo entero de trabajadores. La proporción entre obreros y agricultores es como de 20 a 2 (en 1886).

El empleo de la fuerza hidráulica vincula la fábrica al suelo; el vapor, en cambio, permite plantarla en el mismo lugar del consumo y del intercambio. Esta es la causa del crecimiento monstruoso de las ciudades inglesas.

La industria de Inglaterra se ve favorecida admirablemente por lo complementario de las fábricas, ya que es materia del trabajo de una lo que del producto natural no utiliza la otra, y se basa sobre una extremada subdivisión del trabajo, cuyos efectos dañinos no se han podido neutralizar todavía. La división del trabajo llevada a tal extremo, no permite al obrero posesionarse de todo el arte a que se dedica y le quita la esperanza de adelantar. Establece, pues, dos castas: la de los que dirigen y vienen de la escuela y la de los obreros, sin que exista posibilidad de pasaje de una a otra. Por otra parte, la repetición perpetua del mismo acto y movimiento convierte al obrero en un autómatas; si se agrega al porvenir sin esperanza el ruido ensordecedor, la niebla que le quita durante tan larga parte del año el espectáculo de la naturaleza y le obliga a trabajar a la luz de las lámparas en pleno día, y mil cosas más que aquí paso por alto, se comprende que pierda todo amor a la vida y al ahorro y que no busque alivio sino en las excitaciones del alcohol. Sobre cien

obreros ingleses, no siempre uno llega a los 50 años. Y por tal razón no se logró hacer efectivas las leyes sobre pensiones.

La mayor inteligencia del obrero italiano y su fantasía le hacen muy refractario al influjo deletéreo de la fábrica inglesa; su sobriedad, su aversión a las bebidas alcohólicas, le permiten ahorrar parte del jornal, que comparado con el que recibiera en Italia es muy remunerativo. Y he aquí por qué el elemento indígena va escaseando en los establecimientos ingleses.

No cabe ahora repetir lo que nos decía con respecto a la organización de la venta y mil otras cosas más, pues sólo me propongo dar una somera idea de una parte del curso. Digo parte, porque lo que más deleitaba era la morfología del país y el reflejo de sus rasgos característicos en la historia y en el carácter del inglés. Así, para Savio, la unidad de la raza no era el punto de partida, sino el de arriba.

Mientras las naves de guerra eran, como las mercantes, de madera, las repúblicas italianas y España podían aspirar al señorío de los mares. El desarrollo de la artillería, que obligó primero a acorazarlas y luego a construirlas de hierro, dió el imperio del mar a la nación que lo poseía en mayor abundancia; y desaparecieron del número de las potencias marítimas Italia y España. Aquí, también, gracias a las minas inagotables que se hallaron en Alemania, se levantó contra Inglaterra un competidor terrible, resuelto, inteligente, con plena conciencia del fin a perseguir y de los medios conducentes a él. El programa alemán era sencillo y de éxito infalible: consistía en construir, cada año, uno o dos buques más que Inglaterra. Según los cálculos del profesor y dado que Inglaterra no se anticipara, el poder de ambas flotas debía equilibrarse hacia 1930, más o menos. Nosotros sabemos ahora que Inglaterra se anticipó, provocando la horrible guerra de la que acabamos de salir. El choque, según Savio, habría de tener lugar hacia 1930. No pueden impugnársele estos vaticinios, pues los publiqué en un diario italiano en 1900.

Querido amigo, pongo aquí punto final, y crea que más interesante aún era el estudio de la configuración del país, de los ríos, de los caminos naturales de los pueblos, de los mercados complementarios, de los orígenes y causas geográficas de la civilización y del papel que cada pueblo desempeñó en ella, etc... Nada le digo de la geografía física y astronómica, que era otro curso completo y valiosísimo; nada de la historia.

Si lo dicho le parece a usted común, estoy seguro de que cambiaría de opinión si tuviéramos tiempo y ganas de continuar analizando la metodología y las enseñanzas del gran profesor, a cuyo recuerdo hemos destinado este rato.



Francisco CAPELLO.

Flores Alejandrinas

La forma métrica en que están compuestas estas versiones pretende, a falta de otro mérito, conservar algo de la expresión rítmica de los originales, siguiendo la manera de imitar los metros clásicos común en Alemania y en Italia y sancionada en ésta por el genio de Carducci. Las series de dísticos son tantas como las de los originales; los hexámetros están reproducidos con el mismo ritmo, por medio de la substitución de los tiempos fuertes de cada pie por un acento prosódico castellano, y los pentámetros, para evitar los finales de hemistiquio constantemente agudos, han sido reemplazados por alejandrinos comunes.

MELEAGRO: ANTOLOGÍA PALATINA V, 8.

¡Oh santa noche! ¡oh lumbre! a vosotros, por solos testigos
de nuestros juramentos elegimos entrambos:
él quererme siempre, y nunca jamás yo dejarlo
juramos, y guardasteis el común testimonio;
él dice ahora que aquellas promesas se van con el agua
¡oh lumbre! y tú le miras entre los brazos de otras.

AUTOR INCIERTO: ANTOLOGÍA PALATINA V, 95.

Cuatro las Gracias son, hay dos Ciprias, y diez son las Musas,
pues Dércilis es todo: es Musa, es Gracia, y es Cipria.

PABLO SILENCIARIO: ANTOLOGÍA PALATINA V, 250.

Dulce es de Lais la sonrisa, amigos, y dulce es el llanto
que mana de sus ojos, en el girar tan tiernos.
Púsose ayer, sin causa, a llorar, sobre mí reclinada,
y largo rato en mi hombro recostó la cabeza:
yo besé a la llorosa, y como de una húmeda fuente
sus lágrimas caían en nuestras bocas juntas.
Luego al pedirle yo “¿porqué viertes lágrimas?”, dijo:
“temo que me abandones, pues sois perjuros todos”.

PABLO SILENCIARIO: ANTOLOGÍA PALATINA V, 270.

No ha menester de coronas la rosa, ni tú de vestidos
señora, ni de gemas en recamadas cofias:
vence el candor de tu piel a las perlas, y el oro no iguala
de tu esparcido pelo el esplendente brillo;
tiene el jacinto de la India el encanto de vivos reflejos,
mas ¡cuánto le aventaja la luz de tus pupilas!
y hay en tus frescos labios y en esa suavísima forma
del pecho, las virtudes del ceñidor de Pafia. (1)
Yo por todo esto perezco: danme sosiego tan sólo
tus ojos, en los cuales dulce esperanza brilla...

Enrique FRANÇOIS.

(1) “Dijo (Afrodita); y desató del pecho el cinto bordado, de
“variada labor, que encerraba todos los encantos: hallábanse allí el
“amor, el deseo, las amorosas pláticas y el lenguaje seductor que
“hace perder el juicio a los más prudentes.” (Ilíada, XIX, 214.)

Un documento interesante

La *Memoria* de Romero que hoy publicamos, nos ha sido facilitada por don Ricardo Rojas, a quien se la cedió el doctor Arturo Sayús, que la halló entre papeles de su familia.

Sobre quién fué el autor de tal documento, su propio autor nos lo dice en estas confesiones: un funcionario de la administración virreinal que, fiel a su origen español y a su credo monarquista, conspiró desde su empleo contra la revolución americana.

Una nieta del autor, doña Enriqueta Romero, entregó sus papeles al padre del doctor Sayús, pariente político de aquélla y abogado que hubo de intervenir en cierto juicio testamentario; entre dichos papeles quedó el de esta *Memoria*, cuya publicación nos ha parecido interesante.

El documento en cuestión se halla contenido en un cuaderno de 16 páginas manuscritas, de lectura nutrida y clara, con algunas interlíneas y tachaduras. Aunque no esté firmado, parece tratarse de un autógrafo de Romero, probablemente escrito antes de 1820. Las palabras finales permiten creer que el trabajo se halla completo. Probablemente fué escrito para justificarse en España cuando, triunfante la revolución y perdido su empleo, Romero quiso volver a su patria.

Memorias análogas a ésta por su espíritu, o de idéntica procedencia realista, han de haberse escrito varias en América; pero son excepcionales en los archivos argentinos. Los historiadores españoles de la independencia americana, como Torrente y Camba, conocieron algunas; pero del lado argentino, la historia se ha elaborado principalmente con documen-

tos oficiales o con Memorias de patriotas. Como éstas, la de Romero da una visión pintoresca de la revolución; pero es una visión hostil.

Para caracterizar el documento bastaríamos subrayar desde ya los adjetivos que Romero añade a los nombres de Moreno y Alvear, inspirados por su odio banderizo, y llamar la atención del lector sobre pasajes tan sugeridores como aquel de los puñales de French y Beruti, o el de las caballadas del ejército libertador, que Romero hizo escapar, o el de las noticias que llevó al Alto Perú un esclavo del autor.

Por entre tales episodios se descubre cómo todas las revoluciones se parecen; cómo ellas son susceptibles de una versión novelesca y de una versión épica; cómo hay en la verdad histórica un testimonio solemne junto a otro que suele llegar a la posteridad en un eco de las hablillas contemporáneas.

Sugiérenos esta última reflexión lo que Romero dice acerca de Liniers y sus cómplices en Cruz Alta, atribuyendo su condena a la azorada presión del deán Funes sobre la Junta revolucionaria.

Si esta *Memoria* no contuviese otra noticia interesante que tal imputación de la muerte de los conjurados de Córdoba al deán Funes, ello bastaría para justificar su edición.

Entregamos el nuevo documento a la crítica de los historiadores, como una emulación para que puedan salir a luz otros análogos, mientras se individualiza mejor la biografía de Romero y se aquilata el valor de su testimonio.

Las palabras puestas entre paréntesis rectangulares son las que en el original aparecen tachadas por el autor.

(Nota de la Redacción.)

MEMORIA

para servir a la Historia de la Revolución de Buenos Ayres el año 1810

Por D.ⁿ José M.^a Romero, natural de la ciudad de Moguér en el Reyno de Sevilla,

Cavallero de la Real y Distinguida Orden de Carlos 3.^o,
Ministro Tesorero general de Exército y R.^l Hacienda [Juez
Clavero] del Vireynato y Vocal nato de [la] su Junta Superior [del Vireynato]

En los acontecimientos políticos de un Estado no basta, que el hombre de bien regle sus procedimientos, sino satisface al público de que los ha llenado debidam.^{te}; y si reúne la calidad de funcionario, es mayor su compromiso. La rebelión de B.^s Ayres me pone en esta doble precisión, como vasallo del S.^r D.ⁿ Fernando VII y como Tesorero General del Vireynato, en cuyo desempeño desde 7 de Febrero de 1799 he dado honrosas pruebas, elevadas a S. M. por las Secretarías de Estado, Guerra y Hacienda en diversos expedientes, de que son parte los documentos n.^s I y II, y ultimam.^{te} los informes del Capitán gral. D.ⁿ Santiago Liniers de 31 de Julio de 807 y del Virey D.ⁿ Baltasar Hidalgo de Cisneros de 20 de Marzo de 810, y la Nota [reservada] de 16 de Agosto de 815 por mano del Gentil-hombre de Camara de S. M. D.ⁿ Antonio Ballesteros. Y aunque esta Memoria no sea la historia de la revolución, es indispensable explicar algunos sucesos que tienen íntima relación con ella.

Como inconexos indicaré solam.te la sorpresa de la Capital el 27 de Junio de 806 por 1426 ingleses al mando del General Guillermo Carr Beresford; el juramento de fidelidad que prestaron las Corporaciones el 7 de Julio á Jorge 3.º y resistió con firmeza, segun aparece del N.º III; la reconquista por el Capitan de Navío Liniers el 12 de Agosto; el primer tumultuoso Cavildo del 14, origen de infinitos males; el asalto y ocupación de Montevideo por Samuel Asmuty el 3 de Febrero de 807; la ilegal suspensión del Virey Marqués de Sobremonte el 11 [por las Autoridades] y [total] separacion el 24 por S. M.; [la apatía de la Audiencia Gobernadora] hta. el 29 de Junio que cesó; y los desaciertos del Rejente D.º Lucas Muñoz mientras exerció la superintend.ª; reservando a los críticos imparciales el fallar sobre la] y la heroica defensa de B.º Ayres [en] el 5 y 6 de Julio [que] contra las formidables fuerzas británicas de Witelok y Murray [desde el 2 al 6 y sobre la conducta política de Liniers. Durante su vireynato arribo] El 14 de Agosto de 808 arribo el Baron de Sazenay, emisario de Napoleon, con credenciales de Carlos 4.º, del Consejo de Castilla y de los ministros Asanza y O'Farril, que, después de muchas discusiones, produjeron la [origi] singular proclama del 15 que Liniers solo vió al firmarla; se juró solemnem.te el 21 al S.º D.º Fernando 7.º; llegó el 23 D.º José Man.º de Goyeneche, Comisionado por la Suprema Junta de Sevilla; se formó el 19 de Septiembre la de Montevideo; y empezó la Corte del Brasil a desplegar sus tortuosas intenciones con cartas, manifiestos y proclamas de la Sra. Princesa Carlota y del Infante D.º Pedro; además de lo que ministran el Semanario patriótico de Madrid de 13 de Octubre de 808 [y] el Censor de B.º Ayr.º de 14 de Enero de 812, y las peregrinas ocurrencias con la Fragata de S. M. la Prueba en el Janeyro.

Pero ni las convulsiones de la Peninsula por la perfidia de Napoleon, las intrigas de éste en America, las maquinaciones del Ministerio portugués y sus escandalosos resultados en la Paz y la Plata en Mayo y Julio de 809 ni las desavenen-

cias de Montevideo con la Capital habrían alterado la tranquilidad de ésta, si Liniers mal aconsejado [de hombres perversos], no se hubiera prestado a irregularidades que [comprometian] degradaban a los magistrados, afflixian al honrado vecindario, y cambiaron una hermosa perspectiva en [intrigas] animosidades y dilapidaciones. Por otra parte, el resentimiento del Cavildo, el doble manejo de los Comandantes Saavedra y Llac, los abanzados proyectos del Xefe de Escuadra D.ⁿ Pascual Ruiz y la proximidad de las elecciones capitulares daban ansa a los malcontentos: un poco de circunspeccion en el Virey habría restituido el orden; pero confiado en un pueril espionaje y olvidado de su crítica situacion, la agravó notablen.^{te}, permitiendo el ilegal casamiento de su hija con un francés sospechoso, y empeñandose en que eligiesen por Alferez R.¹ el año entrante a [un] Bernardino Ribadavia, sobre cuyos puntos alzó el Cavildo la voz con serias representaciones al Virey y a la Audiencia; mas prevaleciendo [en ésta] las fórmulas rutinarias a la salud publica, [aceleró] fué la explosion de 1.^o de Enero de 809.

La historia de este día, puede formar un volumen. Felixm.^{te} el respeto del Revdo. Obispo D.ⁿ Benito Lue (a) del Mayor de Plaza D.ⁿ José M.^a Cabrer y de otros hombres buenos calmó la tempestad; y se habría restablecido enteram.^{te} la autoridad con un plan conciliador y admitir la espontanea renuncia de Liniers, fundada ya en la ley por la natural presuncion como francés é incurso en la 82 tit. 16 lib. 2 de Indias; pero desgraciadam.^{te} se adoptaron venganzas y trope-lías, [entre otras] desterrando al Alcalde y capitulares europeos y ninguno de los patricios, y desarmando los Cuerpos de

(a) Siendo despues un obstaculo á la immoralidad del gobierno revolucionario y á la relajacion del clero, lo ultimaron el 21 de Marzo de 812 con un tozigo, cuyo estrago admiró a los facultativos. Cotejese este apostolico modelo con el [sacrilego] del Obispo Andreu, de que dan alg.^a idea la gazeta de B.^s Ayr.^s de 2 de Agosto de 810 y las auroras de Chile de 25 de Marzo y 14 de Abril de 813.

viscaynos, gallegos y catalanes que equilibraban la fuerza armada, por creer el Virey [y la Audiencia], que daba [n] un golpe magistral, entregandose a discrecion de los criollos. Entre estos hubo quienes declamaron contra tan impolitica medida, que trabajé mucho por desconcertar, y solo conseguí, que las banderas de los Cuerpos desarmados se depositasen en la fortaleza al lado del R.¹ Retrato; contrarrestando igualm.te con mi influjo y representación otras arbitrariedades del complot mandatario que atajó el inesperado arribo del Virey Cisneros á Montev.^o: bien, que pasada la primera sorpresa del [Liniers] relevo de Liniers, hubo de representarse la fatal scena de sostenerlo en el mando, y él mismo eludido, embarcándose secretam.te a la Colonia del Sacramento, donde tributó a aquel sus omenajes y le instruyó del estado de la Capital.

Bien conoció Cisneros el valor de sus advertencias; pero los clamores del Cavildo, las perfidas seguridades de los Comandantes y la credulidad del Mariscal de Campo D.ⁿ Vicente Nieto (encargado interinam.te del mando politico y militar) lo trastornaron; de que se arrepintió pronto, pues al desembarcar en B.^s Ayr.^s la tarde del 29 de Julio entre las aclamaciones del pueblo, oyó pocas de la tropa, y ninguna del cuerpo de patricios, sin que despues le diese mejores pruebas: es verdad, que las primeras impresiones no lo favorecían, pues el siguiente día de su entrada lo marcó con algunos rasgos quixotescos [y con tres injusticias] de la Junta Central (b) que pudo evitar, obrando legalmente. Si lo indujeron reservados conceptos, no se alcanzan p.^a su negativa a restablecer los cuerpos europeos y organizar los dos veteranos; p.^a conformarse con la escandalosa negativa de los voluntarios a reconocer por inspector al Brigadier D.ⁿ Francisco Xav.^r Elío; p.^a el mezquino uso de las amplisimas facultades,

(b) Entre otros, la separación de sus empleos sin forma alg.^a de juicio al Int.^e D.ⁿ Domingo Reynoso, al Contador mayor D.ⁿ Pedro Ballesteros y al Administ.^r de la R.¹ Aduana D.ⁿ José Proyet.

con que vino revestido (c); [y] p.^a dar tanto lugar a Saavedra y [Lynch] Casteli en las deliberaciones contra el parecer de los sensatos; p.^a confiar la pacificasion de la Provincia de Charcas al General Nieto; y p.^a encargar las instrucciones reservadas á [los Fiscales, que solo cuidaron de salvar a sus compañeros] parciales de aquella Audiencia, [sacrificando] sometiendo la causa de ambas Magestades á la inmunidad de la toga. El resultado correspondió á los temores, por que, lejos de reponer al Presidente Pizarro que conocía los recursos y circunstancias del país, el inexperto Nieto chocó con ellas, y abrió el Perú a los insurgentes en Octubre de 810; siendo victima de su furor el 15 de Diciembre en Potosi con su mayor gral. D.ⁿ José de Cordova y el benemerito Gobernador-Int.^e D.ⁿ Fran.^{co} de Paula Sanz,

Aun los accidentes [influyen] labran en el animo del pueblo; y el de B.^s Ayr.^s se había alarmado (*) mucho el 20 de Agosto de 809 que se presentó Cisneros a la Revista gral. con el uniforme completo del Estado mayor de Godoy. El desgraciado influxo que presidio á este desliz, lo ofuscó despues p.^a no advertir el fomento de la revolucion, sobre que [yo adquirí] se le comunicaban oportunas noticias; y la mañana del 12 de Mayo de 810 le demostré la necesidad de deportar inmediateam.^{te} á Saavedra, Chiclana, los Pasos, los Veytes, los Valcarceles, Casteli, Juan Larrea, Guido, Viamont, Nicolas Peña, el D.^r Moreno, el Presb.^o Saenz, el canonigo Belgrano, el mercedario Fr. Manuel Aparicio y el betlemita Fr. Juan Salcedo; mas nada logré, por que alucinado con las seguridades del 1.^o y de su comensal el cirujano Rivero que le arrancaron la debil proclama del 18, perdio las ocasiones de sofocar el volcan; y el día 20 se halló sin fuerzas, y [expuesto

(c) Hubiera sido de la mayor importancia exercer liberalidades con un Pueblo cubierto de gloria y padecimientos en 1806 y 1807, en lugar de arrinconar en la Secret.^a las propuestas de Liniers que tan impoliticam.^{te} debolvio la Junta Central a informe de Cisneros.

(*) Hay un tachón ininteligible.

con] los fieles á la autoridad [aislados] expuestos á los puñales de French, de Antonio Beruti; sufriendo tambien el cruel desengaño de que el Brigadier y Comandante de ingenieros D.ⁿ Bernardo Lecoq, [se agavillase] enriquecido a costa del Erario y dispensado de un severo juicio por su conducta militar el año de 807, se agavillase con los facciosos; y que el Gral. Ruiz, á quien acababa de distinguir con honrosas comisiones y recomendar altam.^{te} al Soberano, se manifestase descaradam.^{te} confrario; mereciendo luego al gobierno intruso la asignación de 4 \$ p.^s anuales y ser nombrado su representante en Chile, á donde no llegó por haber muerto en Mendoza.

La mañana del 22 se reunió la multitud en las Casas Consistoriales, sin excepción de tribunales y empleados, mediante citación formal, de que me desentendi no obstante la esquila n.^o IV: se discutió y votó al gusto de la chusma; y la tarde del 23 un solemne bando anunció, que el Cavildo había subrogado al Virey. Como la mayor parte de este cuerpo obraba de buena fé, supo combinar el 24 una Junta de que era Presidente aquel gefe; pero no acomodando a los incendiarios Beruti, Chiclana, Ign.^o Alvarez y Juan Pedro Aguirre, [exitaron nueva] fermentaron de nuevo con el auxilio de [D.ⁿ Miguel] los Irigoyenes, los Lucas, los Zamudios, los Aguirres, el escribano Rocha, Domingo Robledo y [varios] algunos frailes [de la merced y franciscanos], y formaron el 25 otra Junta, compuesta de Saavedra^o Casteli, Belgrano, Azcuenaga, Alberti, Larrea y Mateu, con Moreno y Paso por secretarios: siendo de notar, que, exceptos los procesados catalanes Mateu y Larrea, los demás vivían con decencia a expensas del Rey, é igualm.^{te} las casas de Irigoyen, Lasala y Luca donde se reunían los revoltosos. Admiró tambien, que al reconocim.^{to} de la tal Junta el 26 y 27 se presentase de ceremonia Sir Roberto Ransay Comandante de las fuerzas navales de S. M. B.; y que comboyase hta la altura de S.^{ta} Catalina al buque que conducía en clase de diputado a Londres al desertor de la Marina española D.ⁿ Matías Irigoyen. Otro gobierno mas fi-

lososico que el ingles, habría castigado a Ransay, y obstentado [su] severidad con el Lord Stranford su embajador en la Corte del Brasil, pues sus relaciones con los insurgentes han perjudicado mucho á la causa del S.^r D.ⁿ Fernando 7.^o (d); pero á la impunidad de Ransay, Stranford y otros gefes seguira la de los particulares que han vendido buques, armas, municiones y otros utensilios, anticipado caudal y alistandose en las banderas revolucionarias p.^a engrosar el exercito y tripular los corsarios, que han causado tantos estragos. Como todo lo util es licito a los ingleses, se abanzaron en Nov.^e de 813 a armar una escuadrilla que [infestó estos mares y] tomó varios buques de la Península; de los cuales y otros de aquella nacion formó el Gov.^o la escuadra que al mando de G. Brown bloqueó á Montevideo y apresó la del Rey el 17 de Mayo de 814: a tan abominable empresa contribuyeron con su crédito y actividad el secret.^o de hacienda Juan Larrea, Ambrosio y Pedro Lesica, el americano Guillermo P. White y Sir G. Bowles, Comandante de la corbeta de S. M. B. el Aquilon ¿Y que diremos del Lord Cochrane, almirante de las fuerzas de Chile y pirata del mar del Sud? Aunque nada debe sorprehender á vista de las deferencias, pactos y mensajes del Rey de Portugal desde Mayo de 811 con los insurgentes.

Si me negué á concurrir á la tumultuosa asamblea del 22 de Mayo de 810, con mayor razón debía resistir un juramento ilegal y contrario mis obligaciones; pero no pudiendo eludirlo por la gral. alarma y terminantes oficios N.^o V, ni parecerme arreglado renunciar en un poder intruso el empleo recibido del Soberano; reflexionando por otra parte, que mi continuacion sería importante a sus augustos derechos; que sin ventaja de ellos arriesjaba mi existencia, si renunciaba o no juraba, como me lo advirtieron reservadam.^{te} el vocal Belgrano

(d) Veanse las gazetas de B.^s Ayr.^s de 12 de Julio, 13, 16 y 20 de Sep.^e y 15 de Oct.^e de 810, 7 de Febrero y 15 de Junio de 811, 2 de Oct.^e y 10 de Nov.^e de 812, sin embargo de que suelen contener lo menos [importante] reservado.

y mi subalterno [el frenético] Beruti; y que todos los sensatos calculaban la insubsistencia de un gobierno aislado... consulté en tal conflicto con personas de ciencia y virtud que unánimes me aprobaron la protexta n.º VI, noble recurso usado aun por los Reyes (e). Estos principios de obtemperancia fueron adoptados por las legítimas autoridades, pues los Oidores y Fiscales continuaron en su ejercicio hta. 22 de Junio que los deportaron (f); los Contadores mayores Arroyo y Oromí hta. el 18 de Marzo de 811 que se les separó; el de Exercito Carrasco hta. su jubilación en 2 de Mayo; el decano del Tribunal de Cuentas Vega hta. igual caso en 31 de Enero de 812; los empleados de la R.¹ Renta de tabacos hta. Septiembre que se extinguió; [y] los demas [existentes] hta. Febrero de 813 que excluyó la asamblea á los que no consideró dignos de la carta de ciudadano; y el mismo Virey se habria plegado a la necesidad, según aceptó la asignación de 1 \$ p.^s mensuales, que se abonaron al apoderado de su mujer hta. 22 de Septiembre de 810, mientras aquel *abrigaba los dignos sentimientos que resaltan en su circular reservada n.º VII.*

En alivio de los míos eludía constantem.^{te} las atenciones acia el gobierno, [no] acercandome lo muy preciso, apesar de las relaciones con el presidente Saavedra y algunos vocales, y de ciertas distinciones, como los oficios n.^s VIII y IX: tampoco quise concurrir á ninguna funcion de tabla, ni á las Juntas de que era vocal nato, y menos á pasar las revistas de Comisario; repulsando con energía el [inscribirme] contribuir p.^a la expedicion al Perú, apesar de la petulancia de los colectores y del abanzado exemplo de mis subalternos y de muchos españoles que aparecen en las gazetas.

Para demorar esta expedición asoladora trabajé eficazm.^{te}

(e) D.^a Blanca de Navarra en Roncesvalles, Fernando el católico en Villafasila y Fernando 7.^o en Bayona.

(f) Aquella noche sorprendieron al Virey, a los Oidores Ansotegui, Velasco y Reyes, y a los Fiscales Villata y Caspe; exceptuando al Rejente Muñoz á quien dejaron en el empleo y luego dieron la carta de ciudadano americano.

de acuerdo con algunos hombres buenos, dificultando el apresto de útiles, postergando el pago de anticipaciones a los empleados, suscitando diferencias con los tropeiros, afectando dudas y consultas, y hasta haciendo escapar la boyada que tardó en reunirse 13 días; cuyo ardid se repitió en el Monte de Castro, estando allí acampado el ejército, y habría causado el trastorno y desertión consiguientes, si la criminal actividad del Contralor de artillería el catalán [D.ⁿ] Juan Gil no hubiera embargado todos los bueyes de la comarca y de las carretas transeuntes. Como mi plan era hacer una guerra sorda al gobierno, no perdía ocasión de desconcertar ó entorpecer sus providencias, substraher expedientes de créditos activos, disminuía el numerario, aun con erogaciones ilegales (g) y comunicar las noticias importantes á los realistas de Cordova y Montevideo, según lo había executado circunstanciadamente á principios de Junio á los SS. Virey del Perú y Ministro del Rey en el Janeyro, á los Govern.^s de Cordova y Potosí, [al marqués de Torre-tagle en Lima] y al Comandante y Ministros de Mendoza; siendome fiel amanuense el oficial de la Cont.^a de Ejército D.ⁿ Fran.^{co} Agustini. Pero decayeron mis esperanzas á mediados de Agosto con la prisión de [los beneméritos] D.ⁿ Santiago Liniers, D.ⁿ Juan Gutiérrez de la Concha D.ⁿ Santiago Allende, D.ⁿ Joaquín Moreno y D.ⁿ Victorino Rodríguez, trazada por el Dean Funes y sus parciales, cuyo influjo aceleró la catástrofe de aquellos héroes el *domingo 26* en un bosque cercano á la Cruz alta, sepultandolos en el campo y prohibiéndose los sufragios públicos en todas las iglesias.

Ya el cáncer revolucionario cundía demasiado, y mi continuación en la Tesorería, por infructuosa, se hacía equivocada: fué preciso arreglar la ulterior conducta; y exajerando mis achaques, [negozié] conseguí el 31 licencia p.^a salir al campo, libre de todo cargo y con sucesivas prorrogas que disfruté

(g) Entre otros los 3500 p.^s en 20 de Junio al Int.^e de Lima D.ⁿ Juan M.^a de Galvez, que los reintegró en aquella R.^l Caja a su buelta de España en 812.

siempre en S.ⁿ Isidro, en la idea de bajar oportunam.^{te} a la ciudad, continuando mi plan de [desunion] discordia entre los facciosos, como *el mayor presente que puede hacernos la fortuna* (*). Frutos de aquel fueron el ruidoso suceso del cuartel de patricios el 5 de Diciembre que descubrió la [rivalidad] enemistad de Saavedra con Larréa y Moreno; la separacion de este sanguinario secretario; y el ingreso de los diputados forasteros al gobierno, excluyendo [a los clerigos y frailes] de las Juntas Provinciales á los clarigos y frailes, cuya resentida ambicion maquinó al instante contra el monstuo principal; y aun Larréa y Moreno se prestaron á negociar con el Gobierno de Montevideo, cuando el arribo del Virey D.ⁿ Xavier Elío en Enero de 811 con las debiles credenciales n.^o X reunió á los insurgentes y aisló a los realistas. Desde luego se fueron agravando las depresiones contra ellos; y las bastardas plumas de Pedro Agrelo, Fran.^{co} Planes, Bernardo Monteagudo, Vicente Lopez y Julian Alvarez apuraron la procasidad en sus gazetas y romances; siendo de particular execracion la Oda del ultimo sobre el bombardeo [del 15] de Julio de 811, y el Grito del Sud de 27 de Octubre de 812 por el 2.^o: despues los imitaron ó excedieron Manuel Moreno, el Presb.^o Pazos, el P. Camilo, el dho. Agrelo y Pedro Cavia con sus folletos *el independiente, la argentina, el censor, el abogado nacional y el americano*.

Me creia seguro al abrigo de mis males y retiro, y cada día [triunfaba] progresaba mi sagacidad [de los] contra los prestigios incendiarios, cuando el 7 de Octubre me intimaron [de orden del nuevo gobierno], que viniese á servir el empleo ó que hiciese luego formal renuncia; á que contexté en el acto, *que el gobierno podía separarme atendida mi inaptitud*: callaron, y todo lo arriesjé por no volver al Ministerio; pero variadas las circunstancias por el [armisticio] solemne armisticio del 21 con el S.^r Virey Elío, y penetrado mi corazon de los clamores de algunos subalternos y de muchos españoles,

(*) Subrayado en el original.

contra quienes los Ministros substitutes Gonzales y Araujo se disputaban las animosidades, creí oportuno confiarme al Int.^e de Ex.^{to} y Contador mayor D.ⁿ Pedro Ballesteros y al Teniente Coronel D.ⁿ Antonio Villamil que regresaban a Montevideo, p.^a que informasen a aquel Gefe y me previniese lo conveniente al mejor servicio de S. M., como lo executó el 17 y 22 de Nov.^e por medio de su representante el Capitan de Fragata D.ⁿ José Primo de Rivera y del Contador de marina D.ⁿ Ignacio de la Carcoba, *aprobando y considerando muy importante á la causa del Rey, que volviese al desempeño de mis funciones*. Luego comprendí el doloroso trastorno de la Oficina, y lo difícil de ajuciar á patriotas fanáticos y á militares audaces: sin embargo, [yo] spre. sacaba partido, esperandolo mejor del tiempo, hasta que me desengañaron los nuevos pasos del gobierno. Principió el año de 812 con romper supercheram.^{te} el expresado armisticio; permitir a la tropa el uso de la escarapela bicolor; extinguir la R.^l Audiencia [y Junta de Almonedas], creando una camara de apelaciones [que] desconocida en nuestra legislacion; rebajar á los empleados el tratamiento de *Señor*, p.^a afectar rasgos de soberanía; prescribir para el manejo de la Tesorería trabas y formulas que paralizaban mis [saludables] beneficios designios; y confiscar las propiedades de España, Lima y Montevideo en los imprudentes terminos que explican la requisicion del 12 de Enero, bando del 13 y gazeta del 17 dispuesto todo por el vocal Sarratea. Sin arbitrio p.^a evadirme de esta ominosa intervencion, y despues de agenciar infructuosam.^{te} mi separacion y aun provocandola con mi departe, la casualidad de una acalorada contextacion con el presidente Chiclana que se graduó de desacato, me la proporcionó el 20 de Febrero del modo que expresa el n.^o XI; dejando antes sofocadas las solicitudes del anglo-americano Tayllor que tantos servicios hizo al exercito insurgente en la banda oriental [bajo la direccion del infame José de la Raza].

Haciendo alarde del triunfo me retiré á S.ⁿ Isidro; y sin arredrarme el espionaje sobre mi conducta, continué el an-

tiguo plan [de [misma] [contra] desunir las ideas revolucionarias] de atacar las ideas revolucionarias y de cuyos afanes me resultó una peligrosa enfermedad. Convaleciente a fin de Abril y enterado de las plausibles noticias de la Peninsula que condujeron la fragata inglesa Jorge Cannin y el bergantín portugués S.ⁿ Antonio, proyecté comunicarlas, con las ocurrencias de B.^s Ayr.^s á nuestro General D.ⁿ José Man.^l de Goyeneche, a cuyo campamento podian recalar con estrago las incendiarias patrañas de los insurgentes: creí á proposito mi siervo Luis que bien instruido y acomodada la credencial, marchó el 6 de Mayo con la apariencia de una fuga; y entendí con placer por el Brigadier Estellér y el Capitán Abarca (hechos prisioneros luego en Salta) que aquel habia llegado felizm.^{te} al exercito del Rey, lo que me ratificó en Abril de 814 el mismo Luis, a quien compensé [liberalm.^{te}] con la libertad su arriesgado servicio y penalidades. Las mias eran ya de gran tamaño, pues a la publica calamidad y escasez de medios p.^a subsistir, se agregaba el deplorable estado de mi benemerita consorte, que agoviada de pesares, del delirio patriotico de sus hermanos, y de las tragicas scenas del año de 812, cayó en una demencia y absoluta postracion, de que ningun esfuerzo pudo recobrarla: y si durante 47 meses el deber, la caridad y el inhumano abandono de su familia esforzaron mi esmerosa asistencia, al abrigo de ella me encerré voluntariam.^{te} hta. que fui desterrado el 15 de Marzo de 816, dejandola moribunda; y falleció luego en mi ausencia; completandose con este accidente mi ruina.

Mi respetable Padre [es] era otro sagrado obgeto que [ha] concitaba mis consideraciones y las de todos los hombres sensibles. Sin [valerle] escudarlo sus canas, complicados achaques ni escrupulosa conducta (al grado de no salir de casa temporadas de 11 y 17 meses) [ha] sufrió indecibles mortificaciones y los perjuicios de hallarse entorpecido el pago de cuantiosos creditos; abrumado de contribuciones y empréstitos forzosos, hasta ser arrastrado por ellos á una inmunda prision; despreciadas sus reclamaciones judiciales;

y reducido casi á la mendicidad, despues de agotados los restos de su antigua fortuna, sin tener ni el consuelo de la queja ó natural desahogo, por que aun las respiraciones y gestos se espiaban como delitos de leso-sistema: (*) Por meras presunciones fueron las carceles y plazas en Julio y Agosto de 812 teatro de tantas catástrofes, á que [impulsó] contribuyó el feroz secretario Juan Man.^l Luca, y en que obtentó su animosidad el Govern.^r Azcuenega, y toda clase de tropelias p.^a quitarnos las armas.

El año de 813 tambien abundó en monstruosidades, pues el 31 de Enero se instaló una *asamblea soberana* y un *supremo poder ejecutivo*, cuyas atribuciones explican sus manifiestos por mozion del Presidente Alvear; se excluyeron de empleos y obziones a los españoles; se mandó acuñar moneda con los emblemas revolucionarios; se abatieron los Escudos R.s, suplantando los de la asamblea; y se profanó lo más delicado de la disciplina eclesiastica, insertando en la Colecta de la misa y preces publicas *la prosperidad de la rebelión*; á que se abanza el Provisor capitular D.ⁿ Diego Zavaleta por obtener la canongía magistral de B.^s Ayr.^s y la vicaria gral. castrense de las Provincias Unidas del Rio de la Plata. El reconocim.^{to} de la tal asamblea fue muy solemne; los proselitos de la revolucion ya se congratulaban de ver fixado su destino y algunos infames españoles cifraron su fortuna ó la impunidad de sus crímenes en la execrable Carta de ciudadano, de que 'es modelo el n.^o XII. El D.^r Achéga, sucesor de Zavaleta, le excedio en su edicto circular de 19 de Sep.^{re} de 816 al jurarse la Independencia, proclamada el 9 de Julio en el Tucuman por la acta n.^o XIII: y si la anterior conducta de los demas funcionarios [debe] provoca la justa severidad del Rey, el examen de la posterior y de las sesiones del Congreso inducen a mayor escarmiento. La equidad y la indul-

Nota marginal:

(*) Así falleció el 3 de Enero de 820 a impulsos de estas compresiones de espíritu y de la enfermedad contrahida en la prision por Agosto y Sept.^o anterior.

gencia son p.^a las almas extraviadas y sensibles; pero en las ingratas y ferozes producen efectos [reversivos] [retroactivos] reversivos: cuando no lo comprobase el actual exemplar de existir entre los facciosos tantos beneficiados por el Soberano, retrozedamos a la rebelion del Perú en 1780 y 81, que muchos comprehendidos y llevados a España, el tiempo y la compasion no solo los indultó, sino que regresaron a sus patrias condecorados: pues estos [mismos] han reincidido aora, apesar de sus dobles obligaciones.

Atento yo a las mias, procuraba llenarlas del modo posible, ya que la peligrosa salud de mi anciano Padre, el deplorable estado de una [benemerita] virtuosa consorte, la total falta de recursos, el constante espionaje, la esperanza de pronta restauración, anunciada desde [Marzo] Octubre de 810 por los mensajeros y proclamas de Montev.^o, y la perplexidad del acierto me constituian prisionero. Entre otras pruebas de mi anhelo despues del regreso de S.ⁿ Isidro son las comunicaciones de 4 de Enero y 12 de Febrero de 813 á los SS. D.ⁿ José Luyando y D.ⁿ Juan de la Madrid Davila, Secretarios del Consejo de Estado en Cadiz, consecuente a la confianza con que me honraron en 30 de Agosto de 812; las noticias llevadas á S. M. en Sep.^{re} de 814 por su Gentil-Hombre de Camara D.ⁿ Antonio Ballesteros, con una colección de monedas de su augusta Proclamación en estos Dominios; y mi ulterior correspondencia con él mismo á Madrid y con el Brigadier D.ⁿ Juan B.^{ta} Estellér y los Coroneles D.ⁿ Feliciano del Rio y D.ⁿ Benito Chain al Jancyro y Montevideo. Depongan tambien el general Rondeau y otros gefes insurgentes y en particular los curas de Jujui, Mendoza, Rioja, Corrientes y demas Provincias a quienes de continuo dirijia anoni-mam.^{te} impresos y papeletas de las glorias de España y desordenes de B.^s Ayr.^s, pues como en parte alguna exerce el cle-ro mayor imperio sobre las opiniones, me parecía atacarlas radicalm.^{te}, [convencí] ilustrando aquella porción respetada, cuyo sanguinario apostolado causaba tantos desastres. Fui igualm.^{te} incansable, apenas principió en Nov.^e de 813 el armamento

naval, hta. Marzo de 814 que zarpó á cruzar y salieron p.^a Montevideo los emisarios Gomez y Echevarria, en instruir al General D.ⁿ Gaspar de Vigodet, en consorcio del D.^r D.ⁿ Domingo Azcuenega (h) y por medio de los capitanes D.ⁿ Fran.^{co} Reguera y D.ⁿ Juan Ramos, de las intenciones de los rebeldes y de lo que convenia en las circunstancias á la causa del Rey; asi como avisaba continuam.^{te} al Contador mayor Ballesteros y al Administrador de la R.^l Aduana D.ⁿ José Oliver de lo relativo a la parte economica y recursos p.^a el Erario. Pero la intriga aceleró la perdida de aquella Plaza el 23 de Junio, ya temida desde el 17 de Mayo que tan oprobiosam.^{te} se rindió la Escuadra mandada por D.ⁿ Miguel Sierra.

Por consecuencia de ambas desgracias y de la atroz felonía del Director Posadas (*) y del transfugo Alveár, quedaron en la indigencia multitud de benemeritos españoles, arrastrados como prisioneros de guerra á la Capital y confinados luego á varios puntos sin el menor auxilio del gobierno. Apesar de mis escaseses y aflixida situacion tomé el debido interés, empleando mi corto credito y agencias en alivio de estos hermanos míos, de que no desisti despues: me precio de sensible y español para no hacer alarde de tan obligatorio y grato servicio; pero varios oficiales de todas clases, y las familias de otros testificarán mi [deseo] esmero en socorrerlos; asi como me lisongo de haber favorecido la fuga de algunos y de muchos individuos de tropa, según consta, al S.^r D.ⁿ An-

(h) [Tengase presente esta Nota] La familia de este benemerito americano ha padecido mucho por su decidida lealtad: tambien son dignos de atencion los Presbiteros Reyna, Viola, Colina, Ferragut y Somellera; los D. D. Pico [Mantilla] Sapiola y Cardenas; D.ⁿ. Francisco Lezica, D.ⁿ Manuel José Lavalle, D.ⁿ Juan José Urquiza, D.ⁿ Juan del Pino, D.ⁿ José Erescaro, D. Pedro Sebastiani, D. Julian Espinosa, D. Marcos Ruiz, D. Florencio Nuñez, D. Pedro Baso, D. Miguel Marin.

Hay una nota marginal: “que pudo y debió precaber el Gral. Vigodet con [la leccion] el exemplo de los ingleses en Sep.^{re} de 807 al evacuar la misma Plaza.”

drés de Villalba, Ministro de S. M. entonces en el Janeyro. Mas si escapé en 814 y 815 de las pesquisas del gobierno, me comprometio terriblem.^{te} en Febrero de 816 la interception de unas cartas de los Coroneles D.ⁿ Feliciano del Rio y D.ⁿ Pedro de la Cuesta, por cuyas personas y equipajes (en que se incluian papeles de suma importancia) había tomado el mayor interes: frustrado el empeño y ardides del gobierno p.^a aprehenderlos, recayó la animosidad contra los complices; y como principal, fui declarado *reo de horrendo crimen* y [digno] acrehedor a la pena capital [que se commutó] commutada en destierro a S.ⁿ Luis (200 leguas de B.^s Air.^s) segun la sentencia n.^o XIV que respetables empeños consiguieron variar a la Guardia del Salto y caminé el 15 de Marzo entre bayonetas, y el 25 pasé á la de Lujan: indultado el 18 de Abril por la instalación del Congreso, regresé la noche del 25; pero a las 2 horas me hicieron marchar, rodeado de los esbirros de la policia que por dos ocasiones intentaron fusilarme y lo impidio el alcalde de Moron D.ⁿ Benito Rivas: variado el gobierno me concedieron el 24 de Mayo, que volviera en clase de arrestado; mas apenas se hizo la gracia, fue revocada, y saliendo á encontrarme el Ayudante de Plaza Robredo, me condujo por 3.^a vez á la Guardia, donde permaneci un año, obligado a presentarme diariam.^{te} al Comandante. Aunque trasladado el 17 de Mayo de 817 á la Chacra del Alcalde de 1.^o voto D.ⁿ Juan Alagón bajo su garantía y la custodia de su familia, creyeron de mayor seguridad pasarme el 22 de Julio al Pueblo de Moron, cuyo juez comisionado no me perdio de vista hta. el 12 de Nov.^e de 818 que vine á mi casa en un formal arresto, y por mis dolencias se amplió el 24 de Dic.^{re} á 6 cuadras con la precision de presentarme diariam.^{te} al Alcalde de barrio, que era un mulato.

Si mucho me hicieron padecer en los 32 meses de confinacion, los vengué con exceso en combatir los prestigios revolucionarios del paisanaje: y siendo tambien la Guardia el punto de reunion de los prisioneros que pasaban desde las Provincias de Cordova y Mendoza al horrible deposito de las

Brucas, pude ejercer mis afectos con todos, y continuam.^{te} con los que vivian conmigo en casa del benemerito Teniente Coronel retirado D.ⁿ Manuel Martinez Fontes. Se necesitarian volumenes p.^a expresar las vejaciones, [insultos] y atrocidades cometidas con aquella ilustre porcion de españoles: se estremece la humanidad y el mundo politico nunca acabará de creer la horrorosa castatrofe en S.ⁿ Luis el 8 de Febrero de de 819 ([que indican] de que dan idea las gazetas de B.^s Ayr.^s del 22 y 24) dispuesta por el execrable S.ⁿ Martin, executada por el feroz Dupuis, y aplaudida por las autoridades de la Capital. Hasta el alimento, medicinas y transportes [y hospitalidades] han sido [siempre] acosta de los oprimidos europeos; exigiendose al fin en obligacion por la orden del Gobierno n.^o XV y otras posteriores comminaciones á la Comision.

Aunque mi espiritu y naturaleza hubieran resistido á la depresion y al clima durante el destierro, bastarian á alterar mi constitucion las afflictivas scenas que he presenciado en la campaña, y luego las de B.^s Ayr.^s donde hallé á varios oficiales prisioneros arrastrando una cadena: si la casualidad me proporcionó influir en alivio de algunos [este vejamen], se agravaron mis males al deplorable estado que consta á los facultativos Capdevila, Nogué y Pineda, complicados ultimam.^{te} con una paralisis del lado derecho.

Pero ni esta triste situacion, mi uniforme conducta, el tiempo transcurso ni las mudanzas de mandatarios disminuyeron las prevenciones y desaires de los patriotas, recelando de mis relaciones de ultramar, y por la persuasion de que habia ocultado expedientes y noticias de creditos activos [del Erario]: y no se equivocaban, pues desde Mayo de 810 consideré su perdida preferible á engrosar el erario de los revoltosos (i).

(i) Denunciado por el tesorero Araujo, me comminó el gobierno en orn. de 27 de Nov.^e de 812 que conservo, á entregar un expediente contra D.ⁿ Manuel de la Piedra, y hube de sufrir una tropelia.

A beneficio de mi plan se hallan ilíquidas las cuentas de Dⁿ. Felipe Contucci de su comision de vestuarios, de Dⁿ. Juan B.^{ta} Ferreyra de la carena de la fragata de guerra la Flora, de la casa de Belgrano con el difunto Dⁿ. Fran.^{co} Medina, de Dⁿ. Ventura Marcó por las negociaciones de la R.^l Caja de Consolidacion, de Dⁿ. José Baudrix por lo percibido p.^a el cuerpo de castas, de Dⁿ. Manuel Almagro por los creditos de la R.^l Caja de Puno, de Dⁿ. José Vidal con el ramo de arbitrios de S.^{ta} Fée, de Dⁿ. José Faybo como fiador de Dⁿ. Alonso Velez, de Dⁿ. Antonio Carrasco por lo [tomado] sacado de R.^s almacenes en 1800 y 801 p.^a sus proyectos, de Dⁿ. Juan B.^{ta} Elorriaga como fiador de Dⁿ. Fran.^{co} Rodriguez Vida, de Dⁿ. Sebastian Lopez por el terreno de sus casas en la calle de Cavildo, de los Procuradores y otros officios vendibles, de los Prebendados y Curas por las medias-annatas y mesadas eclesiasticas, y la subasta de las escribanias de Superint.^a, Tribunal de Cuentas, Aduana y Bienes de difuntos; [todo lo cual recomiendo encarecidam.^{te} á la autoridad del Sr. Gefe restaurador y del zelo de los Ministros generales de R.^l Hacienda].

Igualmente espero, que atiendan mis Observaciones de esta fecha p.^a el arreglo de Oficinas de la Capital; [sobre el] resarcimiento de propiedades confiscadas á los españoles; donativos [á favor de la revolucion]; comisiones, auxilios y otros rasjos á favor de la revolucion, pues su examen y adopcion lo considero importante á la vindicta publica: acaso el pundonor nacional resentido me habia hecho traspasar la posibilidad politica; pero sere muy dichoso con tal que se conoscan mis deseos por el mejor servicio del Rey y desagravio de sus fieles vasallos. Y si apesar de quanto lo comprueban esta Memoria é indicadas Observaciones, hubiese algun rigorista capaz de recombenirme, por haber permanecido entre los insurgentes, le contextaré, que no se ha hallado en mi caso ni entendido mis exposiciones; mas si el cargo lo formase una legitima autoridad, me someteré gustoso á un juicio que de-

mostrará *la absoluta imposibilidad de fugar y la conveniencia de no hacerlo.*

NOTA. — Los documentos que en el curso de su exposición señala el autor con cifras romanas parecen ser piezas comprobatorias agregadas en su oportunidad a la presente Memoria. Lamentamos que no hayan llegado a nuestras manos, pues hubiera sido, también, muy valiosa su publicación.

Literatura dialectal italiana

Lei di dov'è? "Lombardo, e me ne vanto"
E lei? "Son Fiorentino, se dio vole."
Tutti citrulli semo; ...

Son versos de un soneto pisano de Renato Fucini (*La fratellanza dell'italiani*, 1871) en que se presenta con arte el doloroso estado de cosas existente en Italia, estado que, aunque debilitado, sigue persistiendo aún ahora: es el regionalismo orgulloso y exclusivo. Los esfuerzos concurrentes, sistemáticos e indirectos de la prensa, de la escuela, del servicio militar obligatorio, del comercio y de la política, han podido suavizar las asperezas, han mitigado los rencores mal encubiertos, pero no han podido hacer desaparecer completamente, en un período completamente breve, una situación que responde a causas geográficas (diferencia de latitud bien pronunciada, terreno accidentado que presenta múltiples regiones casi cerradas, de escasas y difíciles comunicaciones con el resto del país), en concordancia con la acción multiseular de una historia turbulenta que ha echado hondas raíces en los espíritus. La vida peninsular es y siempre ha sido proteiforme, es el ejemplo más brillante de la variedad dentro de la unidad, pues todos los habitantes son italianos y de esto han tenido siempre bien clara conciencia; como lo cantó el Manzoni (*Marzo 1821*, oda), la población de Italia es

una d'arme, di lingua, d'altare,
di memorie, di sangue e di cor.

Esto lo ha demostrado de un modo brillante en la larga e inimitable epopeya de la Independencia, cuando a la unidad como

nacionalidad agregó la unidad política, a través de tantas luchas para sacudir el yugo extranjero y para destruir las múltiples fronteras existentes entre hermanos.

Esa variedad, aceptable y muy beneficiosa cuando no es causa de odios y de luchas intestinas, se ha venido formando en el curso de muchos siglos por diferencias de clima, de productos, por la escasez de comunicaciones, por una parte; por diferencias de las invasiones bárbaras y de las civilizadas, por el contacto buscado de otros pueblos, por regímenes políticos diversos, por otra parte. Es la variedad obra del desmenuzamiento político que sufrió la Península desde la infausta invasión longobarda, a través de la era ideal del particularismo político —la Edad Media— hasta nuestros días; desde Alboino —el guerrero que hace recordar la figura trágica de Rosmunda—, hasta la segunda mitad de la última centuria, durante trece largos siglos, Italia conoce un sin fin de invasores, de gobernantes geniales o tiránicos, de aventureros autóctonos o alógenos, pero nadie, ni teniendo desmesurada, napoleónica ambición, consigue la reunión total de los dispersos fragmentos; a lo sumo se van juntando algunos de esos elementos pulverizados para componer estados diminutos y la unidad completa está siempre bien lejos, el conseguirla se tacha de empresa utópica y criminal. Un hecho semejante, si se considera el tiempo que ha perdurado, es tanto más extraño si se tiene en cuenta que tiene lugar en Italia, en el país que terminaba de realizar precisamente el milagro del Imperio romano, imperio militar y político casi universal, y que, con el establecimiento del papado en Roma, estaba en vías de realizarse el otro dominio no menos efectivo, universal y más duradero, el dominio sobre las conciencias ejercido por la Iglesia.

La falta de unidad política, esa variedad en la unidad, no ha impedido la eclosión de la vida artística, social y económica, maravillosa en todos los tiempos y en todas las regiones; si la diversidad ha dado nacimiento a profundos rencores y a luchas dolorosas, en cambio, ha servido también de estímulo en una noble y proficua emulación de príncipes y de hombres de

talento; con ello se ha impedido la uniformidad nacional, la centralización niveladora excesiva y se ha tendido a la realización del conocido dicho *ars una, species mille*. Así se presenta la época turbulenta y, por eso, pletórica de vida, de los *comuni*, la expansión singular de las repúblicas marítimas y mercantiles, las señorías y las nacientes monarquías; luego, el Renacimiento, único por su esplendor, variadísimo por los múltiples focos de donde irradia a los cuatro vientos el dominio incontrarrestable del arte, dominio sutil y avasallador cual ninguno y que viene a agregarse a los dos que ya he citado. ¿Hay una capital única del arte? ¿Alguna ciudad no ostenta alguna obra maestra del ingenio humano? ¿Qué dinastía de príncipes o gobernantes renacentistas ha tenido la exclusividad de la acción munífica de Mecenas? A todas estas preguntas corresponde una rotunda contestación negativa.

Una manifestación de la intensa vida regional que caracterizó siempre a la Península se hace patente en la importancia de su vida urbana, en el número bien elevado de ciudades populosas y regularmente distribuidas. Ninguna ciudad italiana alcanza a contar un millón de habitantes; ni siquiera Roma, la ciudad eterna, la Roma de los Césares, de los Papas y del Renacimiento, la ciudad que ocupa el centro casi perfecto del país; como ella hay varias y luego siguen muchas que la aventajan o le compiten en extensión, belleza arquitectónica, riqueza artística de sus museos e importancia de sus industrias y de su tráfico.

Pero la manifestación más genuina y más elocuente del particularismo de la vida italiana se presenta en la existencia de un número tan grande de dialectos y subdialectos que se hablan; la cantidad de habitantes alogenos dentro de las fronteras geográficas y políticas no es muy grande, constituyen un pequeño porcentaje, de modo que las hablas existentes son variedades más o menos pronunciadas de la idiosincrasia lingüística italiana. El proceso de su formación es análogo al idioma nacional y sus diferencias nacen de las distintas poblaciones pre-romanas y de los invasores de diferente género

que se han establecido en cada región, sumado todo ello a otras causas de orden natural. Pasado el año mil, los dialectos existen con casi todas las modalidades actuales y constituyen el habla vulgar, el habla diaria de todos, en pugna con el latín barbarizado, curialesco y eclesiástico; con el andar del tiempo, además de uno que otro giro introducido en algún documento público o privado, los dialectos son usados como instrumento torpe, al principio, mas luego siempre más dúctil de expresión literaria, de esa característica literatura medioeval que deja presentir el brillo de la venidera literatura neolatina. Esa producción original o de imitación, casi vergonzante al principio, es regional, difícilmente llega a interesar toda la Península, pero luego se manifiesta una tendencia en muchos dialectos a constituirse en idioma nacional, hasta que al fin, por obra de tantos ingenios y quizá por mérito intrínseco o por su posición geográfica central, el triunfo se decide definitivo por el toscano —aunque el veneciano haya resistido varios siglos—, y en verdad nadie puede lamentar que ese triunfo haya correspondido al habla de la simpática Etruria.

La producción literaria dialectal de la Edad Media, aunque sin esperanza ya de suplantar a la producción nacional en italiano, ha persistido a través de tantos siglos, porque hasta nosotros han llegado esas hablas como elementos vivos, como vehículo diario de las ideas y de las pasiones, como instrumento único de expresión en la mayoría de los casos; por esto se explica que numerosos escritores no toscanos, a pesar de sus esfuerzos y de sus innegables méritos no presenten en su elocución la suficiente fluidez, mientras que, hecha abstracción de otros elementos, los escritores toscanos se caracterizan a menudo por su más perfecto dominio del idioma que se traduce en giros más sueltos y armónicos, tienen un sabor diferente. Estos dialectos son numerosos, con mayor o menor parecido con el idioma nacional y presentan una gama de sonidos comunes y especiales bien abundante, desde los sonidos oscuros, sonoros y cerrados de las hablas galo-italicas del valle padano hasta los dulces, armoniosos y casi siempre musi-

cales del veneciano y de Italia central, meridional e insular; de aquí que se desprende ya la conclusión de que el dialecto influye a menudo en el género de la composición literaria.

Hasta ahora he hablado de los dialectos bien definidos, pero en las zonas de transición, los sonidos de unos se pierden, se transforman sensiblemente en los de otros y aún en el propio territorio las variantes son tan numerosas que resulta muy difícil la tarea de determinar exactamente cuál es la variante correcta y cuál es el lugar en que el dialecto tiene su mejor versión; es que la escuela dialectal no existe y la literatura restringida no ha podido dar todavía la depuración gramatical y los escritores deben recoger dichos y pronunciación de labios del pueblo, en esto no hay clásicos ni diccionarios en el sentido usual y el modelo lo da generalmente la población de la ciudad capital o de alguna otra importante en la región. En la misma Toscana, lo que se habla en Pisa, en Lucca y en Carrara es diferente del lenguaje florentino que a su vez difiere del de Siena.

La Liguria habla el genovés, desde Francia hasta la Toscana, pero para cualquier entendido, las variantes se presentan a cada paso, variantes fonéticas y morfológicas de importancia entre localidades situadas a muy corta distancia. Así por ejemplo tomaré las localidades de Diano Borganzo y Diano Marina (ésta está situada a orillas del mar) que distan unos 4,600 km. en línea recta y con caminos fáciles, y compararé sus variantes con la versión más correcta de la zona de Génova:

<i>Diano Borganzo</i>	<i>Diano Marina</i>	<i>Génova</i>	<i>Castellano</i>
vilái	vilói	vilèn	villanos
maína	móina	máina	marina, mar
nièn, niènte	ninte	ninte	nada
áigua	óigua	ègua	agua.

Es necesario observar que la *a* genovesa en Diano Marina tiene un sonido vago que represento por una *o* sin que sea exactamente su correspondencia.

Diano Borganzo forma parte del municipio de Diano Borello, reunión de muchas pequeñas aglomeraciones de casas con una población total de 886 habitantes (censo de 1911); ahora bien, apesar de existir una distancia mínima entre algunas otras variantes, se nota que en Borganzo se dice *u vèn* (él viene) y en Borello se dice *u vène*. En más de un caso, así como a cada dialecto corresponde una literatura, cada subdialecto tiene uno que otro escritor de cierto mérito y¹ no es extraño oír cantos (de amor todos o casi todos) y narraciones de leyendas en el lenguaje regional; existe de esto un material folklórico abundantísimo y mucha riqueza de dichos ingeniosos que son nacionalizados con mucho tino por algunos literatos o se generalizan por usarlos muchos desconociendo de un modo completo el idioma nacional.

Pero no toda la producción dialectal es anónima, no todos sus escritos interesan exclusivamente al folklore, pues muchos autores ha habido y hay que ocupan un lugar preeminente en la literatura, su obra se informa a un verdadero sentimiento estético y merecen un estudio detenido; son tantos esos autores y de tal importancia sus escritos que han transpuesto las fronteras de su público dialectal, que por esta causa —y por algún otro motivo personal y de circunstancias— presento el asunto sólo en su aspecto general e informativo y, en cuanto a la época, lo circunscribo al siglo anterior y a lo que va del presente. Estos literatos hacen obra estética y tienen casi todos una gran cultura de modo que el carácter popular que revisiten o parecen revestir los escritos constituye un recurso artístico bien lícito; la técnica empleada no es la técnica de los artistas anónimos; pero los asuntos son siempre de inspiración popular — no hay tanta variedad como en las composiciones escritas *in lingua*, — como son populares las expresiones con el propósito de dar la impresión viva y directa de la realidad.

Así, puedo multiplicar fácilmente las repeticiones de palabras que emplean los personajes para imitar el habla afectiva

del pueblo; en los escritos *in lingua*, esas repeticiones resultarían excesivas.

'Gnamo, fàlli stampá, fàlli, Nerino.

Neri Tanfucio (I, La tentazione).

Lui m'ha lassato sola, m'ha lassato...

Trilussa (I sonetti, La serva ar telefono).

Glie vojo un bene, un bene, che, si more

Trilussa (I soneti, Er gatto de Lisetta).

Ce se perde er prestigio, ce se perde!

Trilussa (Le favole, La bandiera e la banderola).

Y estas frecuentes repeticiones son la consecuencia natural de emplear la forma dialogada — forma llevada al extremo por Neri Tanfucio, en muchos de sus ciento cincuenta sonetos pisanos escritos *alla mi' usanza*, hasta el punto de perderse el efecto del verso, como ha hecho notar De Amicis, — son la consecuencia de hacer hablar a un personaje popular que, sabiendo mucho, informa, a su modo, a los ignaros compañeros de *osteria*. Se presenta otro efecto por representar bien ese lenguaje: es el uso de anacronismos y de conceptos confusos y contradictorios, como en estos dos ejemplos:

Questa donna in grandezza naturale,
Meccanizzata da parer vivente,
E' Cleopatra d'Antogno per il quale
Si fece suicidare dar serpente.

Trilussa (I sonetti, p. 81).

E siccome a quer tempo li d'allora,
Regnava un re de Spagna portoghese,
Agnede in Portogallo...

Pascarella (Sonetti, La scorpeta de l'America).

¿Y el modo de pronunciar los términos técnicos, las palabras extranjeras, las frases latinas, especialmente estas últimas, por los genuinos representantes de los romanos clásicos, por los impagables *romani de Roma*, conscientes de su pasado grandioso y que en el romanesco conservan tantos

rastros de la antigua sonoridad latina? Aun sabiendo de pecar por exceso de ilustración, voy a citar múltiples ejemplos:

O ch'è tuo quer busdroghe? [bull-dog]

Neri Tanfucio (Er cane e la sentinella).

...er grann'abbreo Roncilli [Rothschild].

Belli (Sonetti scelti, La sala de Monsignor Tesorieri).

Sittrànzi grolia munni

Belli (Sonetti scelti, Er fijo de papa suo).

—Purquà? Purquà me manche la praticche...

—Il fottudiè de plù la grammatichche...

—Me muà...

Trilussa (I sonetti, La lingua francese).

Odia micchi, gras tibbi,

Trilussa (Le favole, Er congresso de li cavalli).

Hodie michi crastibbi

Pascarella (Sonetti, Er vetturino).

Omina bona mea mècume porto

Pascarella (Sonetti, L'allustracarpe filosofo).

La nota frecuente es la ironía, la sátira, precisamente la sátira tan natural en el pueblo italiano, tan abundante y atinada en cualquier comentario de la vida social y política; así, el lector está ante cuadros exactos de la realidad, ante escenas grotescas, dramatizadas, burlonas de mujeres chismosas, de ebrios dicharacheros o pendencieros y de ese ambiente humilde, más de una vez, se pasa a la sátira política, a la crítica de una moda, a la condena de una superstición. En este género sobresale un maestro de la poesía dialectal fallecido hace dos años, Neri Tanfucio, pseudónimo de Renato Fucini, el autor de ciento cincuenta sonetos cáusticos en pisano; mas, de esa pintura viviente del pueblo de Pisa, de esa poesía espontánea que recrea, que hace reír con facilidad, que provoca la carcajada, pero que no conmueve profundamente, surge de cuando en cuando una escena de otro orden, la pintura de una miseria, de una escena dolorosa que mueve nuestra piedad y

sabe enternecer en sonetos impregnados de sentimiento como el transcribo a continuación:

Neri alla tomba der su' babbo

Povero vecchio! oggi finisce l'anno
Che vi veddi spira' tra queste braccia.
Voi mi baciavi tutto per la faccia
'Nsenza poté' discorre' dall'affano.

Dio, quanto piansi! immè che nottataccia!
Chi nun ha pèlso 'r babbo, nun lo sanno
Cos'è 'r vedello bianco 'om' un panno...
Senti' quella su' mana diaccia diaccia...

Signore Dio! se mi ci fisso, stianto...
Dolmite 'n pace, anima bona, e presto,
Se Gesù vole, dolmiremo accanto.

Babbo, per oggi nun vi do che questo:
Una grillanda fradicia di pianto,
È la 'mprumessa di selbammi onesto.

Fuera de la sátira y de la composición un tanto picaresca, es difícil encontrar escritos serios, especialmente en algunos dialectos, y este hecho se pone de manifiesto en la traducción de algunas obras, traducción cuyo autor merece muy bien aquello de *traduttore traditore*; Carlo Porta, el gran poeta milanés, ha traducido varios fragmentos de *La Divina Comedia*, y para comprender mejor lo que quiero explicar daré el original y uno de los fragmentos traducidos (canto V, episodio de Francesca):

Noi leggevamo un giorno per diletto
Di Lancilotto, come amor lo strinse;
Soli eravamo e senza alcun sospetto.

Per più fiatae gli occhi ci sospinse
Quella lettura, e scolorocci il viso:
Ma solo un punto fu quel che ci vinse.

Quando leggemmo il disiato riso
Esser baciato da cotanto amante,
Questi, che mai da me non fia diviso,

La bocca mi baciò tutto tremante.
Galeotto fu il libro e chi lo scrisse!
Quel giorno più non vi leggemmo avante.

Leggevem on bel di per noster spass
I avventur amoros de Lanzelott:
No gh' eva terz incomod che seccass;
Stoo per di s'avarav poduu stà biott;
E rivand in del legg a certi pass
Ne vegneva la faccia de pancott,
E i nost oeucc se incontraven, comè a di:
Perchè no pomm fà istess anca mi e ti?

Ma quand semm vegnuu al pont che 'l Paladin
El sigilla a Zenevra el rid in bocca
Col pù fogòs e s'ciasser di basin,
Tutt tremand el mè Pavol me ne imbrocca
Vun compagn, ch' el ne fà de zoffreghin.
Ah liber porch, fioeù d' ona baltrocca!
Tirà giò galiott, che te see bravo...
Per tutt quel di gh'emm mis el segn e s'ciavo!

Una simple comparación de ambos textos pone de manifiesto el efecto producido por la índole del traductor, por la estrofa cambiada y, sobre todo, por el carácter del dialecto que no se presta a composiciones de corte dantesco. Por algo Belli temía incurrir en un sacrilegio, o cuando menos en una irreverencia, si hubiera accedido al pedido de Luis Luciano Bonaparte de traducir en romanesco el Evangelio de San Mateo, por cuanto esta "lingua abbietta e buffona appena riuscirebbe ad altro che ad una irrivenza verso i sacri volumi" (*Luigi Morandi, L'arte e la vita del Belli, en Sonetti scelti di G. G. Belli, 1911, p. LV*).

Carlo Porta es el artista indiscutido del dialecto milanés que escribió hace un siglo, a principios de la centuria anterior, cuando, por obra de revoluciones y de guerras sangrientas y de acontecimientos cruentos, el pasado estaba condenado, si, pero sosteníase aún, por la fuerza de la tradición y por los

intereses de personas y de sectas, y luchaba por impedir la entrada y la propagación de nuevas ideas y de reformas en el decrepito edificio social y político. La obra de Porta tiene un valor revolucionario, es una proficua campaña en favor de la renovación bien necesaria en esos años de intensa tarea de restauración del antiguo régimen; es una cruzada emprendida contra los prepotentes de todo orden, aunque se disfracen bajo el rubro engañoso de la democracia, contra las momias del pasado que ponen el grito en el cielo ante cualquier reforma que les arrebatara sus derechos de nacimiento. Así, fustiga los instrumentos del dominio napoleónico que en Milán hizo tal abuso del poder que, en 1814, pudo hacer desear a muchos la restauración austriaca como un acontecimiento largamente esperado, deseado ardientemente; la sátira sigue su obra mordaz contra los elementos eclesiásticos mal avenidos hacia las nuevas ideas de libertad civil y que del templo hacen un mercado, pobres figuras de sacerdotes, muchos de ellos sin vocación y sin fortuna, obligados a ganarse el sustento con privaciones y sin sentir el aliento divino de su misión; otro resto del pasado se presenta en la nobleza, en los titulados orgullosos e ineptos, fuertes tan sólo de su título y vacuos hasta lo indecible, esas buenas matronas como la

... Marchesa Paola Cangiasa,
Vuna di primm dammaz de Lombardia,
Gh'era mort don Gliceri el pret de casa
In grazia d'ona peripneumonia,
Che la gha faa quistà in del sforaggias
A menagh sul mezz di la Lilla a spass.

que hace decidir la elección de su capellán por *la Lilla* (la perrita); otra batalla apasionadísima que da, a su modo, es su participación en el movimiento romántico, es la sátira de los clásicos y de sus obras. Pero, más que romántico, Porta es realista y sus escritos constituyen una documentación importante de la época, pues hacen revivir hechos y figuras populares: *Lament del Marchionn di gamb avert*, *Desgrazia de*

Giovannin Bongee, La guerra di pret, La nomina del cappellán, etc. En alguna composición el interés es más que histórico, es eterno por el argumento desarrollado y por la eficacia artística de la representación, como *La Ninetta del Verzee*, que constituye una obra maestra de realismo cuya crudeza de expresión se atenúa por el arte empleado y por la simpatía que el autor despierta hacia la protagonista, la eterna pobre muchacha caída en el vicio.

Arte encontramos también en los varios volúmenes de sonetos romanescos de Belli, notable por la factura del soneto, por el interés de cada composición y por la unidad que todos esos sonetos tienen; cada uno vive aparte y aparte se lee y se gusta, pero todos, en conjunto, constituyen una obra bien unida: es la pintura inimitable del pueblo romano en todas sus manifestaciones y es una sátira única del poder papal de 1830 a 1847. En Belli hay mucho arte y su lectura es muy provechosa; conociendo regularmente el italiano puede leerse este autor con cierta facilidad, lo mismo que los otros dos poetas romanescos — Pascarella y Trilussa, — que completan un triunvirato singular; estos últimos, por ser más recientes y quizás por su mayor cultura, son más claros, pues el lenguaje empleado dista poco del italiano, los signos diacríticos especiales casi no existen. Pascarella, a una serie no muy grande de sonetos hermosos, pero más o menos comunes, agrega una colección de cincuenta sonetos que constituye una hilarante narración del descubrimiento de América hecha por un tipo popular (*La scorperta de l'America*); con muchos anacronismos, improprios y confusiones, el relato procede eficaz y está impregnado aquí y allá de un rimbombante orgullo patriótico. En el soneto IV, uno del auditorio interrumpe al *historiador* y se desenvuelve el siguiente diálogo:

—Ma 'bi pazienza, fermete un momento,
Ma 'ste fregnacce tu come le sai?

—Eh, le so perchè ci ho bona memoria.

—Già! Te ce sei trovato. — Che significa?
Le so perchè l'ho lette ne la storia.

—Ne la storia romana? — E' naturale.
Ne la storia piú granne e piú magnifica,
Che sarebbe er gran libro universale.

Y el entusiasmo patriótico se exalta hacia el final, como en el soneto XLIX, cuando habla de los grandes hombres italianos:

E che òmini! Sopra ar naturale,
Che er monno ce l'invidia e ce l'ammira.
E l'italiano ci ha quer naturale
Che er talentaccio suo se lo rigira.

En otra colección (*Villa Gloria*), compuesta de veinticinco sonetos, hace relatar por un trasteverino la sangrienta y gloriosa tentativa de un puñado de jóvenes entusiastas llevada a cabo para tratar de sublevar Roma contra el gobierno temporal. Épica ha sido la hazaña y sabor épico tiene la composición, para cuyo mayor elogio traduzco unas frases acertadas de Carducci: "Jamás ha llegado a semejante altura la poesía dialectal italiana. Muy grandes han sido el arte y el vigor de Porta y de Belli, pero en una poesía que niega, mofa y destruye; clásico cuanto se quiera el arte de Meli, pero al margen de la vida, en una Arcadia superior. Mas, esculpir la idealidad heroica de los italianos que mueren por la patria, con la pasión de un corazón popular, con la sinceridad de un hombre de acción, nadie lo había pensado en poesía dialectal, nadie había soñado que fuera posible realizarlo".

En nuestros días el dialecto romanesco cuenta con un buen poeta, Salustri (más conocido por su pseudónimo de Trilussa), quien cultiva el soneto como otras muchas composiciones en verso y desde la fábula clásica adaptada a la era contemporánea hasta la sátira mordaz de los partidos políticos, de la guerra europea en general y de Alemania en especial, de las modas y la observación punzante o burlona hecha al margen de los sucesos diarios, provoca la risa que va a menudo bien hondo, que no se detiene en el simple y fácil efecto de pasar el rato agradablemente. En el mismo dialecto y en pro-

sa, *Luigi Lucatelli* crea un tipo notable: *Oronzo E. Marginati*, el ciudadano pedante, petulante y reñido con la gramática, que desde las columnas del *Travaso delle Idee* no cesa de protestar contra las autoridades, los partidos, la música wagneriana, la literatura dannunziana y otros asuntos edilicios, artísticos, nacionales y municipales, y lo que es de orden más o menos público está engastado de una serie de datos domésticos de modo que el conjunto es una sátira singular de los últimos tiempos. Poco después de la muerte del autor, acaecida en 1915, los redactores del periódico reunieron en un volumen ese material que comprende estas dos partes: "*Cometi erudisco il pupo...*" *Conferenza paterno-filosofica ad uso dell' infanzia e di carriera di Oronzo E. Marginati*. — *Estratto ariconcenteste nella libera stampa e con l'aggiunta dei ricordi di famiglia e di carriera di Oronzo E. Marginatti*. — *Estratto ariconcentrato di ben due lustri di proteste pubbliche, ebbedomadarie, nonchè infruttuose*.

Para no alargar demasiado esto, no hablaré de la *Sgnera Cattareina*, creada por la musa boloñesa de Alfredo Testoni, ni haré mención de las múltiples poesías en dialecto veneciano, piamontés, genovés, etc., que se han escrito y siguen escribiéndose. Sólo diré que los dialectos cuentan con un teatro abundante y hermoso que, como el milanés, el siciliano y el veneciano, presentan obras excelentes desde muchos puntos de vista y su representación interesa al público general.

Hasta ahora me he referido a la nota burlona que predomina en muchos dialectos, y digo de intento muchos dialectos y no muchos autores, porque creo que el lenguaje influye, quizás más que el carácter del escritor, pues ambos están tan vinculados que muy pocos son los que se escapan a la acción del dialecto, producto genuino de la sociedad regional. Un ejemplo lo tenemos en la poesía del celebrado artista napolitano Salvatore Di Giacomo, quien ha sabido hermanar tan íntimamente su temperamento con el alma pasional y musical de su dialecto que no puede encontrarse en ninguna parte una producción que arrebate tanto, aun a los que no están muy

interiorizados en el habla partenopea. Un ejemplo más se encuentra quizás muy lejos de Nápoles, en el dialecto de Verona, cultivado por un poeta lírico viviente, Berto Barbarani, empeñado en cantar cariñosamente su ciudad natal en bellas y delicadas composiciones en que se celebra por igual el alma de las cosas, de la naturaleza y de las personas. Nótese la delicadeza de la última parte de *A spasso co le rose (I due canzonieri, Le montebaldine)*:

—Rosa de muro, rosa rampeghina,
gamba sutila da le çento foie,
no podaressi no qualche matina,
traverso la ferìa de la cusina,
spiar da ela cosa l'è che boie,
cose ghe boie soto la bustina?

—Ghe boie un coresin da inamorada...

Rosa, rosina, roseta, rosada!

Por último, para dar término a esta charla diluida, a esta *broda*, para decirlo *in lingua*, y con el propósito de reconquistarme la buena voluntad de los pacientes lectores, transcribiré otra hermosísima poesía del mismo autor (*I due canzonieri*, libro I: El rosario del cor, p. 25-26):

Eviva el prà

L'è verde el prà! Me sento in te le recie
i grì de i grigi, così negri e bei:
queste, Nineta, i è cansone vecie,
che se tol su da quando s'è putei,
ma le cansone vecie no va via,
più se le scolta, più se scoltaria...

E su l'erba l'è tuta una rosada,
e drento al prà l'è tuta una cantada,
e grii, fa el grio,
e grii fa el cor...

Vegni Nineta, col nome de Dio:
gh'è ne l'erba l'amor
che ne fa strada!

Eviva el prà! Se ti, con mi te vegni,
te conto la rosaria de la luna,
e po' te donarò (se te te degni)
un gobeto de quei de la fortuna,
un gobeto de quei che g'à do gobe,
che te porta un vagon de belè robe!...

E sul'erba l'è tuta una rosada,
e drento al prà l'è tuta una cantada,
e grii, fa el grio,
e grii, fa el cor...

Vegni Nineta, col nome de Dio:
gh'è ne l'erba l'amor
che ne fa strada!

Romualdo ARDISSONE

Marzo 1923.

La Enseñanza de las Lenguas Clásicas

SEIS CONFERENCIAS PRONUNCIADAS POR BREAL, ANTE
LOS ESTUDIANTES DE LETRAS DE LA SORBONA

QUINTA CONFERENCIA LOS EJERCICIOS ESCOLARES

El tema. — La versión. — La lectura de
autores. — Las composiciones latinas.

El tema no está muy acreditado entre nosotros, se le ha ridiculizado el “fuerte en tema” es considerado como un ser típico, sinónimo de espíritu maquinal y estrecho. Sin embargo, si damos crédito a M. Frary, quien no es sospechable, esta opinión, estaría mal fundada: “Los fuertes en tema, dice él hablando de un proyecto de bifurcación, quedarán fieles al tema, y los fuertes en tema son, por lo general, los fuertes”. El fuerte en tema es, en efecto, el que, cumpliendo su tarea con aplicación y conciencia, tomará a su cargo con la misma seriedad y diligencia los deberes grandes y pequeños que la vida le impondrá.

¿De dónde proviene, pues, el desagradable recuerdo que él tema deja a los alumnos? Se me permitirá entrar en detalles a riesgo de parecer minucioso. No hay que temer este reproche cuando se trata de la fatiga de nuestros hijos. El mal, desde luego es originado por una causa que tendremos ocasión de constatar repetidas veces: los deberes elegidos por los maestros son muy difíciles. A los niños que se inician en el estudio del latín se les propone ejercicios muy superiores a sus fuerzas. Ya he hablado de los lamentables efectos de la medida tomada en 1880, cuando el latín que entonces se apren-

día desde la octava fué relegado a la sexta; los profesores, animados en parte por la administración, cambiarían poca cosa a su tren ordinario, de modo que este retardo de dos años ha como desacordado nuestros liceos, puesto que las tareas aventajaban en dos años al saber de la clase. Pero aun antes de esta conmoción ocurría que los deberes sobrepasasen al justo nivel, sea porque el profesor gobernaba su paso por el desempeño de los mejores, sea por efecto de un aceleramiento involuntario, que aun hoy se produce y que está en la naturaleza de las cosas.

No sólo los deberes son difíciles, sino que también se acumula las aplicaciones de las reglas, con frecuencia a costa del sentido, de suerte que el alumno debe desconfiar siempre, si no quiere caer en falta a cada paso. ¡Excelente escuela — se dirá — para habituar el espíritu a la reflexión! Sí, a condición de que, de vez en cuando, se deje también algún lugar a la satisfacción de emplear sin segunda intención y sin temor el saber adquirido. No es así como se aprende a manejar una lengua. Se requiere alguna libertad de espíritu. “Desde el momento que poseo seis vocablos de un idioma, me decía un sabio que entiende mucho, yo me pongo a hablarlo”. Yo no recomendaré este método para los temas latinos; pero el método inverso, que liga a los pies el peso de cien libros, tampoco es bueno. Se debilita en esa forma la confianza y se alejan las buenas voluntades.

De curso en curso las dificultades se agrandan, manteniendo la característica de ser superiores a las fuerzas de la clase. Los que se dan para traducir al latín no son trozos cuyo estilo y pensamiento se acerquen hasta cierto punto al pensamiento y estilo de los antiguos; no, son trozos de Pascal, de La Bruyère, de Saint Pierre, de Mme. de Staël, de Villemain.

Cuanto más moderno sea el pensamiento tanto mejor elegido parece el tema. Un esfuerzo de este género puede tentar al latinista de profesión; pero este *dilettantismo* debiera reservarse para los iniciados. Habiendo resultado, hasta hoy,

inútiles todos los propuestos no veo más que un remedio eficaz: exigir del profesor que él mismo haga antes su propia traducción latina. No puedo privarme de hacer una reflexión a este respecto. ¿No hay contradicción entre declarar que los autores griegos y latinos deben ser leídos en su texto original, visto que las obras maestras de la literatura son intraducibles, e imponer, por otra parte, estos rompecabezas a los alumnos?

Sin embargo, los más diestros salen del paso, mediante los *diccionarios*. Aprenden bien pronto a manejar esos libros grandes y a extraer la parcela de latín que necesitan en un momento dado. Nada tengo que objetar contra el diccionario latino-francés, aunque se encarga demasiado de proveer al escolar el equivalente cuyo descubrimiento debiera hacer él mismo. Pero el diccionario francés-latino, tal como se ha formado y desarrollado en el transcurso de los tiempos, es un producto híbrido, que nos asombraría si la costumbre no nos escondiera su rareza. Ahí toda la lengua latina está desmenuzada, despedazada, no conforme a un principio particular al latín, sino conforme a principios o, más bien, accidentes propios del francés. Yo supongo, por ejemplo, que el alumno tenga que traducir el verbo pasar. Halla en su diccionario, ordenados numéricamente, veintinueve significados distintos, que existen efectivamente en dicho verbo francés, pero que en latín están repartidos en expresiones de toda clase: “pasar por” *haberi existimari*, “pasa por esto” *esto*; “la rosa que pasa pronto” *brevis rosa*. Colocar de este modo, de un extremo a otro las correspondientes expresiones latinas, es aplicar al latín una ordenación que no ha sido hecha para él; vuelvo al diccionario y hallo “battere la campagne”, *delirare*; “entrar en campaña”, *ex hibernis movere*; “campaña”, anualidad de servicio militar *stipendia*. El alumno se ve invitado a introducir en su cabeza el latín, no como estaba puesto en la cabeza de los romanos, sino con arreglo a un orden ficticio y fortuito. Felizmente es imposible acordarse de este orden. Se puede hojear durante años el diccionario francés-latino, uno no lo retiene. Es un conjunto de fichas como el que los sabios componen para su

uso. Todo el mundo nota lo que tiene de artificial este modo de trabajar. El solo modo de aprender una lengua, que sea conforme al buen sentido y a la experiencia, es aprender esta lengua en sí misma, abstracción hecha de la lengua materna. Yo no quiero decir que el alumno no necesita auxilios para suplir la insuficiencia de su saber. Además del vocabulario que él mismo haya podido formarse con la ayuda de sus autores, con la ayuda de las palabras que aprendió a conocer, podrá acudir a una de esas colecciones como teníamos antes en Francia, antes de que los diccionarios hubiesen reemplazado todo, donde las locuciones están agrupadas en capítulos correspondientes a las distintas situaciones de la vida. Una colección de esta clase, no tiene nada de lo descosido y de la sequedad del diccionario; invita, por el contrario, a la reflexión, porque hace pasar bajo nuestros ojos los diversos aspectos de la vida antigua. De este modo la memoria se pertrecha y la abundancia del discurso, la *copia verborum* tan elogiada por los antiguos, se nutre y acrece poco a poco.

¿Cómo un libro tan extrañamente compuesto cual el diccionario francés-latino halló favor en nuestros colegios? Yo me detengo a explicarlo para demostrar que no desconozco ni el arte de nuestros profesores, ni los servicios que presta el liceo. Si el diccionario francés-latino no enseña latín, es necesario convenir que sirve para conocer mejor el francés, mostrando las fases distintas de un vocablo francés, obligando al discípulo a mirar de cerca cada expresión francesa y a aprehender, a desentrañar el sentido. Hay aquí una especie de reversión practicada por nuestros profesores; también de todas las acusaciones que se puede dirigir a nuestros liceos, la más innmerecida sería la que reprochase sacrificar el francés al latín. En realidad el latín enseña el francés y nada más que el francés; el latín no está sino de contraprueba. Por eso nuestra enseñanza secundaria forma pocos latinistas, y por eso, en desquite los extranjeros admiran como salen nuestros alumnos avezados al manejo de la lengua francesa.

Yo preguntaba un día a un profesor porqué elegía para sus temas latinos trozos sacados de los autores franceses modernos. "Porque eso, respondió, me permite mostrar a mis alumnos cuales son los autores que escriben con precisión". Nada hace comprender mejor la marcha que sigue la enseñanza del latín entre nosotros, y cómo sirve hoy día casi exclusivamente para el estudio del francés.

Muchos hallarán que, después de todo, es mejor que las cosas estén así, y que más nos importa saber nuestro propio idioma que el de los romanos. Estaría de acuerdo, si no viera el peligro de exponernos con una opinión pública que se atiene a lo superficial y se pregunta con insistencia creciente si vale la pena consagrar tantos años al estudio de lenguas que no se llegan a saber. Yo estoy convencido, por otra parte, que el camino seguido no es el único posible, y que habría cómo aprender en seis u ocho años el latín, sin perder por eso el beneficio de una sólida instrucción francesa.

LA VERSION

La versión y la lectura de los autores son dos ejercicios que se asemejan en que uno y otro tienen por efecto traducir un texto de una lengua extraña a la nuestra; pero el objeto que uno se propone en cada caso no es el mismo.

La versión es ante todo un ejercicio de estilo. Se trata de traducir un trozo griego o latino elegido con ese propósito por el maestro.

De esta definición se puede deducir inmediatamente cierto número de consecuencias. El trozo elegido debe formar un conjunto. Debe ser notable por alguna cualidad de pensamiento o de expresión. Tomar al azar una página de un autor cualquiera a fin de dictarla como versión, es desconocer el verdadero carácter de este ejercicio. Otra consecuencia es la de que la versión no debe ser demasiado difícil de entender. ¿Cómo hallará el alumno, si no ve el sentido, la palabra precisa? A menos que la dificultad no sea el motivo mismo que

haya provocado la elección; en cuyo caso la clase debe ser advertida y puesta en guardia.

Puesto que la versión es un deber de estilo, el profesor, después de haber constatado las faltas y relevado las expresiones inexactas, está obligado a dar su propia traducción para que sirva de modelo; hará bien en dictarla, para que el alumno puede conservarla y releerla. Yo os aconsejaría preparar antes esta traducción, y no después de haber dado el deber; de este modo conoceréis mejor las dificultades del trozo y no os veréis expuestos a reconocer tarde haber exigido demasiado.

Trasladar de una lengua a otra el pensamiento de un escritor, por poca originalidad que tenga, no es tarea cómoda. Aquellos que poseyendo en igual grado los recursos de expresión de ambas lenguas y conociendo a fondo la materia de que trata un escrito, se han ensayado en este ejercicio, conocen las dificultades. La primera condición a exigir es que la nitidez sea la misma en ambas partes. Ahora bien; en la nitidez hay grados, y es raro que en este trabajo de transposición no disminuya.

Es perfectamente claro para nosotros el diario que leemos, porque nos habla de personas y acontecimientos que conocemos, de modo que, desde las primeras líneas, adivinamos la continuación. Por eso aun aquellos que en general no aman la lectura, absorben sin pena los productos de la prensa cotidiana. Pero si en lugar de un diario de hoy o de ayer tomamos uno que remonta a cincuenta años, se extienden ya sobre el sentido general algunas sombras. Ciertos nombres propios no despiertan un recuerdo muy vivo — algunas alusiones se nos escapan. Si se trata de un escrito del siglo último, esta especie de niebla que se interpone se hace más cerrada. No comprendemos de qué acontecimientos nos quiere hablar el autor, a qué instituciones se refiere; muchos nombres exigirían notas y un comentario. Alejad las distancias, suponed dos o tres siglos en lugar de uno y se necesitará una preparación especial, una lección de historia para poner cada cosa en su punto; el

espíritu de la época no es el mismo, es otro el modo de concebir el mundo; las palabras mismas no tienen el sentido que parecen tener e inducirían en error al que las tomara al pie de la letra. En fin, si alejamos la perspectiva en quince o veinte siglos, si nos trasladamos a otro país, a otra sociedad, y si a todas estas causas de obscuridad agregamos las dificultades de la lengua, si pensamos que no se trata de traducir un texto banal e indiferente, sino de captar el pensamiento de un gran orador o poeta, tendremos una reseña del tacto, del saber y de la reflexión que hacen falta para llevar a buen término una tarea de esta especie. ¡Sin embargo, eso es lo que pedimos a los alumnos de tercera y de segunda! Es verdad que el profesor se conforma con un éxito a medias. Es verdad también que la simplicidad de la sociedad antigua y el carácter filosófico de su literatura hacen la tarea menos peligrosa de lo que puede parecer a primera vista; nada prueba mejor cómo, a pesar del intervalo de siglos, Roma y Grecia están cerca de nosotros. Pero con todo, si la frase *gimnástica del espíritu* es empleada en alguna parte con justo título, ha de serlo para un ejercicio como éste.

Os diré ahora lo que me ha enseñado sobre este punto una larga observación de los títulos de nuestros profesores. Está claro que si hablo de un modo general, hay excepciones que me apresuro a reconocer.

Las versiones dadas a nuestros alumnos están continua y perfectamente por sobre las fuerzas de la clase. He ahí un efecto de agotamiento que yo no me explico muy bien, pero que es análogo a aquel de que ya os he hablado para el tema, y que, sin duda, ha sido producido por los exámenes, las composiciones, por el concurso general, por el deseo de hallar algo de nuevo, sin hablar del desorden que la supresión de dos años de latín acarreó a los estudios; a escolares que tienen cuatro o cinco años de latín se les da a traducir a Séneca, Plinio, Lucrecio, y no los pasajes más simples; a niños que tienen tres años de griego, fragmentos de Demóstenes, discursos extraídos de Tucídides, trozos de Eurípides y de Aristófanes.

A la dificultad de comprender y traducir añadid la de descifrar, porque las más de las veces los desdichados deben operar sobre un texto erizado de faltas, donde las consonantes han sido confundidas, mal separados los vocablos, la puntuación desbaratada.

Admiramos a los sabios del Renacimiento que, con los manuscritos deficientes de la Edad Media, consiguieron presentarnos los autores griegos y latinos bajo una forma legible; pero estaban auxiliados por su conocimiento de la lengua, por la comparación de los manuscritos, por su experiencia filológica. Y este mismo trabajo lo exigimos de niños de trece años que no conocen la lengua, que no conocen el contenido y que están reducidos a su solo miserable cuaderno. Las lamentaciones contra el *surmenage*, si hallaron eco, supongo que es, sobre todo, en las familias que han sido testigas de los desarreglos que tales deberes provocan en los mejores y más concienzudos.

Yo sé todo lo que se dice en semejante caso sobre la utilidad del trabajo personal, en que se temple la voluntad y se reconoce la prueba de carácter. ¿Pero qué resultado útil puede desprenderse de la fatiga empleada en hojear un diccionario para hallar que las palabras buscadas no existen? Un trabajo estéril no produce más que fatiga y disgusto.

Pero es lo cierto que nuestros colegiales hallan medio para arreglarse. A medida que las versiones se hacen más difíciles, saben desarrollar un ofato particular para descubrir su proveniencia. Este arte, en las grandes ciudades por lo menos, ha sido llevado muy lejos. No hay texto tan ignorado que su traducción no se halle impresa — gracias a los grandes diccionarios, gracias a advertencias provechosas —, la que pronto circula de mano en mano. No conozco un solo ejemplo en que esta caza haya resultado infructuosa, porque el cazador tiene toda suerte de ayuda y todos los géneros de estímulo. ¿Queréis que os lo confiese? Yo fui de la partida más de una vez, afectado por lo desproporcionado de la tarea y deseoso de poner fin a tanteos lamentables.

Os exhorto, pues, a que retraigáis la versión a su verdadera función; elegirla de mediana fuerza, más bien demasiado fácil que demasiado difícil. Los buenos alumnos mostrarán de qué son capaces haciéndola mejor que sus camaradas. Recordad que la versión es un trabajo que requiere cuidado y esfuerzo, que no debe ser la tarea banal de todos los días, sino que debe darse a intervalos bastante distanciados, cuando más una vez por semana. Para evitar las faltas de texto se haría mal en no emplear medios de que nuestros padres no se valían, porque no los tenían, pero que están hoy a nuestra disposición; un colegio fácilmente puede ponerse en situación de proveer copias autografiadas. En cuanto a los socorros ilícitos, se los buscará menos el día que parecerán menos necesarios. Si, con todo, queréis evitarlos a toda costa, podéis hacer ejecutar ese deber del mismo modo en que se hacen las composiciones. Hoy, especialmente, cuando los maestros repetidores piden estar asociados más íntimamente a las ocupaciones de la clase, no será imposible hallar a este efecto los arreglos necesarios.

El arte de traducir, como bien lo sabéis, ha sido llevado porque luchando de esta manera con las obras maestras de la muy lejos en nuestra lengua. Hasta contribuyó a formarla, literatura antigua, la lengua francesa ha ido ganando en fuerza y flexibilidad. No temáis leer y comentar algunos bellos "*specimens*" de traducción, como el *Tácito* de Burnouf. Tendréis allí bellas ocasiones de mostrar cómo el autor ha sabido hallar los equivalentes, dejando la letra para ir a la idea. Rollin recomendaba la comparación de esta especie; cita dos traducciones de un mismo texto, la una buena, mejor la otra, y da las razones de sus preferencias. Lo que valdría más aún para vuestros discípulos sería el recoger en las propias copias todo lo que merezca ser elogiado y el atribuir a cada uno de ellos lo que ha suministrado a la traducción definitiva (1).

(1) Rollin en esto sigue a Quintiliano, describiendo así la función del maestro: "Elogiar un pasaje, hallar otro soportable; cambiar éste y decir porqué lo cambia, arreglar aquél poniendo algo de lo suyo. Así es como debe hacer."

LA LECTURA DE LOS AUTORES

Muy distinta de la versión es la lectura de los autores. Las instrucciones oficiales que declaran que el esfuerzo principal debe dirigirse a explicar los textos, y que exigen que la mitad del tiempo de clase le sea dedicado, han señalado bien la importancia de este ejercicio. Pero al mismo tiempo, y por lo mismo, nuevas obligaciones han sido impuestas al profesor. Hay que convenir que la tarea del maestro era antes más fácil; se le pedía, sobre todo, con una instrucción mediana, gusto y buen sentido. Estas últimas cualidades debe tenerlas siempre; pero, además, para mantener el interés durante esas largas explicaciones, debe tener una preparación muy distinta. No se trata ya de recorrer un libro a pequeñas etapas, yendo más o menos a la par de la clase. Desde el primer momento debió haber leído la obra, poseer el contenido y saber explicar el plan. No está obligado a detenerse sobre los pasajes ingratos, pues las más bellas obras los tienen: en las obras filosóficas y oratorias de Cicerón se hallan razonamientos abstractos, discusiones sutiles; Tito Livio no siempre relata acontecimientos dignos de ocupar a la posteridad; Terencio mismo tiene escenas que no convienen a la juventud. La costumbre de antes era publicar extractos; hoy se espera del maestro su intervención personal y que él haga los extractos.

Se ha discutido mucho sobre la lectura corriente y la lectura profundizada. ¿En qué momentos, en qué proporción ha de usarse una y otra? No se puede establecer regla general: los autores más fáciles presentan puntos oscuros, por lo que la marcha debe retardarse; los escritores más profundos tienen pasajes fáciles, caso en que se puede acelerar la marcha. Sería enervante seguir de un extremo a otro un método unilítero: primero la lectura de la frase, luego la traducción literal, luego buen romance. Ciertos maestros obligan a comenzar todo por segunda vez. Es un medio de matar el interés

y de invitar a los alumnos paseen fuera de su pensamiento. Tampoco os aconsejo interrumpir sin necesidad la explicación por incidentales observaciones de gramática. Estas observaciones, así como las geográficas e históricas sólo sirven para aclarar lo que no sería inteligible.

Tenemos la costumbre de desarticular demasiado la construcción e imponer al autor antiguo el orden del pensamiento moderno (1). Cuando el escritor latino comienza su período por un acusativo, debe aprenderse a retener ese acusativo con todo lo que de él depende, suspendiendo su juicio hasta que la palabra decisiva aparezca. Así procedía el pensamiento de los antiguos, que aparentemente no volvía a comenzar la frase para poner esta vez el sujeto y verbo al comienzo. Así hay, precisamente, una porción de esa gimnástica del espíritu de que tanto se habla y cuyas exigencias se eluden en la práctica. He visto en París, bajo la conducción de un buen maestro, a jóvenes alumnos de cuarta, cerrados los libros, entender y retener, después de dos audiciones, un largo período de Tito Livio, sin que los miembros de la frase ni las palabras hayan cambiado de lugar; ejercicio fortaleciente para el espíritu, puesto que exige a la vez atención, memoria y facultad de análisis. El espíritu capaz de ese esfuerzo no se verá trabado más tarde para descomponer en sus elementos un conjunto complejo, ya se trate de un diálogo de Platón, de una cuestión de derecho, de un problema científico. El físico Tyndall dice en alguna parte que aprendió a pensar gracias a los períodos complicados del *Paraíso Perdido* de Milton (1).

(1) Véase a este respecto las reflexiones del profesor americano W. G. Hale, traducidas al francés por M. I. Kelhoff. "El arte de leer en latín" (Mons, 1891). Se le puede agregar un libro lleno de noticias sobre lo que se hace en el extranjero: "La enseñanza del latín conforme a las vistas de la pedagogía alemana", por el canónigo P. Feron (París, Retaux Bray, 1839).

(1) "Es signo de un verdadero progreso en el estudio de una lengua, no necesitar de reversión mecánica de las frases para comprender a un autor. El que pienza demasiado en la construcción "al leer una página de Homero o de Virgilio, de Tucídides o de "Tito Livio, y que para comprender sus obras necesita volver la

Vengo a la objeción hecha comúnmente contra la lectura de autores, a saber: el empleo de traducciones. El inconveniente es real. Tan pronto como se publica la edición de su autor, aparece en la misma librería una traducción, a veces por cuidado del mismo profesor que hizo la edición. El mal existe también fuera de nuestro país. Un pedagogo alemán, después de haber buscado vanamente el remedio, después de haber pedido se castigase a los editores como se castiga a los farmacéuticos que expenden veneno, termina, desesperado, por encomendarse a la cólera celeste: “¡Mal hayan quienes delinquen contra la infancia!” Sin embargo, planteamos esta cuestión: ¿qué es preferible, leer a los antiguos mediante el auxilio de traducciones, o no leerlos? Nuestra Universidad profesa al respecto ideas un tanto estrechas, contra las que Rollin ya protestaba en su época. ¿No es extraño excluir las traducciones, cuando los mejores maestros de la Universidad han empleado sus vigilias para ofrecernos algunas excelentes? Seguro que vale más para el alumno leer dos páginas de Tucídides ayudándose de una buena traducción griega. Nuestros padres no tenían sobre este punto los mismos escrúpulos. Se leía a Plutarco en francés, lo que hacía se tomase amor a la antigüedad. El gran Federico, cuyo preceptor había tenido que jurar a Federico Guillermo I que no enseñaría una palabra de latín a su discípulo, era, como se sabe, muy afecto a los antiguos, que conocía por traducciones francesas. El alumno que haya leído traducidos a Homero, Herodoto, Tucídides, César, Salustio, Virgilio, Tácito, ¿no habría absorbido ya buena parte de la antigüedad? Un profesor podrá siempre, por deberes referentes a la lectura, asegurarse si el autor a estudiar ha sido leído en el texto.

En la lectura deben apoyarse los deberes desde las clases inferiores, en que serán simples ejercicios gramaticales, hasta las superiores, donde se exigirá análisis, juicios, comparacio-

“proposición según nuestra construcción, ese no está sino en los comienzos, y no comprende aún nada del mérito original de los autores antiguos.” — Egger, citado por Keelhoff.

nes, condensaciones. El discurso en francés y en latín se han desacreditado por obligar al alumno a razonar sobre cuestiones que les eran desconocidas; pero el mismo reproche no podrá dirigirse a deberes que se derivan de la materia estudiada y discutida en clase. Para el alumno será una invitación a proseguir la lectura y leer íntegramente el libro del que sólo ha podido leer una parte.

Nuestros programas oficiales, queriendo dejar cierta libertad de elección al profesor, han admitido para cada clase un número bastante crecido de autores. Alimentar largo tiempo a los alumnos con un solo autor es uno de los preceptos de Port-Royal. Tampoco yo soy partidario de que se explique dos autores a la vez, como suele hacerse, uno para la prosa, otro para el verso. Más vale que se sucedan.

¿Cómo será conducida esta lectura? ¿Tomarán parte todos los alumnos indistintamente? ¿O algunos alumnos elegidos estarán encargados de prepararla? Según las circunstancias, el profesor variará, sin duda, su modo de proceder. Lo importante es evitar esa desdichada lectura de que habla Heyne en alguna parte “en la cual un escolar es invitado a traducir, “cuando no sabe ni las cosas, ni los vocablos, ni la construcción, ni el encadenamiento general, mientras que el maestro “está perezosamente sentado sobre un sillón y escucha inactivo o, cuando más, deja oír sus refunfuños.” Ver a un discípulo engañarse y tropezar a cada paso, es un suplicio para toda la clase. Si el interés languidece el maestro tomará a su cargo la explicación. Esto es el medio de hacer revivir al escritor en los pasajes más salientes. Aunque no fuese más que por un minuto, todos los alumnos, aún los más obtusos, se despertarán y sentirán porque se lee a Virgilio o a Sófocles.

A menudo he escuchado la queja de que no haya autor suficientemente fácil para los primeros años. Por una extraña delicadeza, que no han conocido los latinistas de los siglos precedentes, no se quieren textos adaptados. Me cuesta darme cuenta de las razones de este escrúpulo. Con tal que al finalizar los estudios se conozca los verdaderos y grandes escrito-

res ¿qué importa por dónde se ha comenzado? Los autores latinos no se escalonan por la dificultad, como ejercicios de piano. Dado que no pensaron en las generaciones actuales, no hay uno solo que no tenga, desde las primeras páginas, dificultades como para derrotar a los más animosos. Cornelio Nepote comienza por un período complicado y mal construido. Lejos de rechazar textos artificiales cuales el *De Viris*, quisiera aun más fáciles, porque el *De Viris* no es otra cosa sino Tito Livio.

Es de desear que este primer libro de explicación trate de una materia ya familiar al niño, porque no es de buen método pedirle al mismo tiempo un doble esfuerzo, y agregar la dificultad del sentido a la dificultad de la lengua. Los vocablos se retendrán tanto más, cuanto más despierten en el espíritu el recuerdo de ideas o de hechos ya bien conocidos. Se tenía antes la costumbre de comenzar el griego por el *Evangelio* de San Lucas; no era una mala idea, porque su estilo es simple, casi moderno y el contenido se conocía de antemano. Así han procedido todos los hombres que poseían alguna experiencia en esta especialidad. El cardenal Mezzofanti comenzaba igualmente el estudio de una lengua por un texto bien conocido; no había más que grabarse en la memoria el nuevo idioma. Los obreros que emigran aprenden generalmente muy pronto la lengua del país adonde van a ejercer su profesión; es que siendo idéntico el oficio, son guiados por el sentido, y se hacen de una primera provisión de frases que en seguida les sirven de cuadro. Hay indicaciones, sobre las cuales los maestros de la juventud harían mal en no fijar los ojos.

Os recomiendo, si estáis encargados de uno de esos primeros años ir con lentitud y mostrar bien como hay que desempeñarse. Un poco más tarde podréis pedir preparaciones por escrito. Aprovechad de la memoria fresca para hacer aprender el latín de memoria. Pero aquí también he de hacer una observación.

La recitación llegó a ser entre nosotros una cosa diaria y corriente, de suerte que ha dejado de prestársele la atención

que merece. Hay muchos modos de conocer un trozo de memoria; hay grados en la posesión mnemónica y casi siempre el colegio queda uno o dos por debajo del grado útil. El discípulo que aprende su lección media hora antes de la clase y que la recita salga como salga, hace un trabajo inútil, del que sólo obtiene fatiga sin provecho. Quince horas más tarde le será imposible volver a recordar la primera línea. La sola lección provechosa es la sabida a perfección, y que, por frecuentes repeticiones, se imprime en lo más profundo del espíritu. También quisiera que el profesor se contentase con lecciones muy cortas pero que emplee toda su severidad. De lo que he aprendido de memoria en el liceo no me acuerdo más que los trozos estudiados para ciertos concursos de recitación. Esos trozos, una vez que los conocemos a fondo, gustamos repetirlos y nos acompañan durante la vida.

Se agrega, no sin motivo, premio a la dicción, pues una dicción inteligente sólo es posible cuando el texto, habiendo pasado a las regiones instintivas de la memoria, no causa por sí mismo preocupación alguna.

LAS COMPOSICIONES LATINAS

Debiera terminar este capítulo por los deberes que formaban antes la coronación de estudios; narraciones, discursos, versos. Pero los que conocen el presente estado de nuestros colegios comprenderán porqué prefiero callar: aparecería hablando por un estado de cosas ficticio. Estos ejercicios deberían mantenerse al menos para aquellos que por estado y profesión serán llamados algún día a corregir deberes de latín, a explicar los poetas latinos. Tal es el defecto de una organización demasiado uniforme. Después de haber impuesto el discurso latino y el verso latino a toda la juventud, no se supo conservarles lugar alguno en ninguna parte. Se ha llegado hasta discutir en general la utilidad que habría aún para los maestros en saber escribir en latín. "Se enseña las lenguas modernas para hablarlas, las antiguas para comprenderlas." Bajo su forma dogmática, esta máxima entraña un doble

error: desde luego la antítesis es coja, puesto que sería difícil hablar una lengua sin comprenderla. Además, como lo hemos visto, poseer una lengua es tenerla a su disposición. El buen sentido popular concuerda en este punto con la observación filosófica: el hombre que no habla una lengua no la sabe. El axioma supra citado significaría que las lenguas antiguas están hechas par ser mal sabidas. La cosa puede ocurrir en la práctica, pero no debiera erigirse en principio.

Una de las cuestiones más comúnmente debatidas en nuestros días es *la concentración de la enseñanza*, es decir, la manera de agrupar las diferentes partes alrededor de un punto central. Debe convenirse que un problema de esta especie preocupaba poco a los maestros de antaño, porque el latín ofrecía de suyo ese punto central; y no sólo se agrupaba todo alrededor del latín, sino que todo se transformaba en materiales para un ejercicio que ponía en juego la actividad del alumno, a saber, los versos latinos y el discurso latino. Cuando se piensa en los honores que se les hacían, uno está tentado a sonreír. Era como la obra maestra del aprendiz obrero en tiempo de las corporaciones. Todo venía a parar en eso. He mostrado en otra parte el abuso que se había hecho en nuestros liceos. No sería cuestión de volver a una organización que ya parecía caduca hace veinte años, y que, con la distinta composición de la población escolar, sería un anacronismo cada vez mayor. Nosotros vemos en Alemania, que la disertación latina, que era objeto de una cultura asidua e intensa, está amenazada por distintos lados. Pero el esfuerzo del liceo debe tender a hallar un equivalente de estos ejercicios. Equivocaría de camino, si caminando por las vías de la enseñanza superior quisiera reducir todo a cursos. Ese día el alumno saldría del colegio teniendo una idea de todo y harto de todo (1). M. Fouillée

(1) "Nuestra juventud, escribe un autor extranjero, ha recibido bajo forma de juicios hechos, la quintaesencia de todo lo que ha sido, y al fin de sus estudios muere de aburrimiento." ¡Tratemos de que este cuadro no se aplique a la juventud francesa!

quiere que en la clase de segunda los alumnos sigan “un curso serio de moral, en la clase de retórica un curso de estética, de literatura y de historia del arte”. Pide que “el profesor de filosofía, o en su defecto el de literatura, después de haber recibido una mejor instrucción filosófica, hable a los alumnos de las diversas teorías sobre lo bello, lo sublime, sobre las gracias y sus condiciones, sobre el objeto del arte, sobre el realismo y el idealismo, sobre los clásicos, los románticos y los naturalistas, sobre la poesía, la escultura, la pintura, la arquitectura y la música” (1). Cuando se haya hablado de todo eso, no habrá avanzado un solo paso esa cultura activa que con razón recomienda el autor; prefiero lo que dice respecto a la necesidad de los deberes; prefiero los versos falsos que cita en alguna parte, y que aprueba a justo título por la intención poética que atestigua. Es un alumno que pinta una excursión alpestre:

Aeria sub pace sedens immensum contemplatur

Es cierto que quién ha escrito este verso monumental aprovechó de los estudios del colegio.

(Concluirá.)

Traducción de GREGORIO HALPERIN.

(1) Op. cit. p. 321 y sigs.

La cotización de las palabras

Algunos intransigentes puritas suelen rechazar ciertas voces de origen extranjero que ya han logrado carta de ciudadanía en el idioma o por lo menos en el uso común. No dirán, por ejemplo, *hotel*, sino *fonda*, pretextando la igualdad de significado y el deber de preferir la palabra nuestra a la ajena.

A este patriótico amor al propio lenguaje se le puede ofrecer, como oportuna lección, las comprobaciones de un lingüista francés; la lección es lingüística, pero la moraleja rebasa el mero orden gramatical.

Según Michel Bréal (en su *Ensayo de Semántica*), cuando en determinadas regiones fronterizas se ponen en contacto dos idiomas, sus voces paralelas pierden su valor de equivalentes o sinónimas y adquieren grados distintos de significación; la palabra correspondiente a la lengua que representa la cultural más elevada toma el significado más noble, y la de lengua más humilde se aplica a acepción más modesta y familiar: hay, pues, una especialización de palabras originalmente sinónimas.

Esta especialización de los sinónimos ocurre habitualmente también dentro de cada lengua. El continuo trabajo de análisis y más particularmente el conocimiento científico, en la necesidad de señalar verbalmente las nuevas distinciones logradas en los conceptos, aprovechan las palabras de valor semejante introduciendo en su significado las notas necesarias;

estas nuevas acepciones son al principio exclusivas de la terminología técnica y de círculos retringidos, y poco a poco van pasando al uso vulgar.

El fenómeno advertido por Bréal sería, pues, un caso particular de la tendencia a utilizar dos palabras de uso idéntico para ganar en eficacia y propiedad expresivas, aplicando cada una de ellas a un aspecto o grado diverso de la misma cosa. Pero aquí interviene otro elemento, el valor, que atribuye sentido más o menos noble a las palabras en presencia, según la importancia de los cultivos representadas por los idiomas a que dichas palabras pertenecen.

Fácil es aproximar tal estimación de las palabras de distintos idiomas al cambio de las monedas. En ambos casos se trata de símbolos. Las monedas significan el valor económico de un país, la riqueza pública y privada, la capacidad industrial y comercial, interpretadas al través de su situación general, circunstancias políticas, etc. Las palabras son también símbolos, aunque de empleo mucho más amplio; representan todas las cosas, así los valores espirituales como los objetos materiales, cuanto integra una sociedad particular, una civilización, una cultura. Cuando las monedas de dos países se ponen frente a frente, obtienen un valor relativo o de cambio en relación con el de la economía nacional que cada una representa. Y cuando las palabras de dos idiomas se confrontan, también es natural que se les asigne un valor comparativo dependiente del que respectivamente tienen los hombres y las cosas, las instituciones y las ideas, todo, en suma, cuanto constituye los matices peculiares de civilización de cada uno de los pedazos del planeta donde los dos idiomas se hablan.

Desde su punto de vista, afirma Croce la imposibilidad de las traducciones; la identidad entre contenido y forma, entre intuición y expresión, que es la idea fundamental de su *Estética*, no permite dos realizaciones estéticas diversas del mismo tema. Desde nuestro punto de vista, por motivos que

se deducen de las anteriores consideraciones, podemos negar igualmente la posibilidad de traducir, por lo menos en el sentido absoluto generalmente admitido, y no sólo la obra estética, como Croce piensa, una buena traducción expresará el original solamente cuando cuidemos de agregar o deducir mentalmente al margen el importe de la diferencia del *cambio* entre los dos idiomas, diferencia que no es sino el desnivel entre las civilizaciones respectivas.

Por este desnivel en el desarrollo material y espiritual, muchas, si no todas, las palabras de un léxico son irreductibles a las que los idiomas en dos lenguas ponen a su lado como supuestas equivalentes. La superioridad de un país con respecto a otro se resuelve en la superioridad de cada orden particular de cosas. Tomadas, no individual, sino genéricamente, las cosas del país más civilizado son superiores, es decir, distintas en cierto modo de las del país de civilización más rudimentaria. Las palabras, en su mayoría, expresan precisamente estos géneros y conservan entre sí, en consecuencia, la distancia, siquiera la supongamos mínima, de los géneros correspondientes a los dos países comparados. Una palabra es el signo de un concepto, de un género de cosas. Si queremos representarnos el contenido de una palabra dada, evocaremos una imagen vaga y general, resumen de nuestras experiencias respecto a las cosas del género respectivo que hayamos encontrado a nuestro alrededor. La palabra correspondiente al otro idioma evocará en quien lo tenga por materno una imagen parecida a la nuestra, pero diferente, en cuanto es diferente particular es uno de los innumerables cuya suma determina, rente su experiencia del mismo género de cosas. Y este género con sus cualidades relativas, el grado de superioridad o inferioridad de la civilización de un pueblo respecto a otra. Cuando imaginamos traducir simplemente palabras, traducimos en realidad las cosas también, ponemos las nuestras en lugar de las ajenas. Toda traducción es, pues, una adaptación, un arreglo.

* * *

Cuando Larra publicaba “La Fonda Nueva” en la *Revista Española* (agosto de 1833), aun no se decía *hotel* en España, ni probablemente en América. Larra nos da en su artículo su opinión sobre las fondas madrileñas de la época: “¿Quiere usted que le diga yo lo que nos darán en cualquier fonda a donde vayamos? Mire usted, nos darán en primer lugar mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos y mozos puercos: sacarán las cucharas del bolsillo, donde están con las puntas de los cigarros; nos darán luego una sopa que llaman de yerbas, y que no podría acertar a tener nombre más alusivo...” *Figaro* piensa, naturalmente, en los establecimientos del mismo orden, más pulcros y mejor atendidos, de otros países. Es lícito imaginar que algún avisado fondista peninsular o transpirenaico, al abrir una fonda mejor instalada y servida que las existentes, con cierto dejo de extranjerismo, si es que ya el buen servicio por sí solo no era una cosa extranjera, la llamase *hôtel* introduciendo así el afortunado galicismo. Con razón sobrada porque su establecimiento venía a ser también... un galicismo.

Este ejemplo es típico y basta generalizarlo para comprender que lo que parece simple vicio de lenguaje es en el fondo cosa más seria. Se trata de un juicio implícito de valor llevado, no sobre las palabras, sino por las cosas designadas por ellas. Y esta es la moraleja a que se alude en el comienzo de este artículo. Mientras entre dos civilizaciones nacionales exista un desnivel apreciable que no sea sólo diferencia atribuible a la peculiar y genuino de cada una, sino distancia entre sus valores absolutos, el barbarismo es casi lícito para expresar en un país las cosas del otro, pues estas cosas no se equivalen

en ambos, como no se equivalen las dos civilizaciones en su conjunto. Y querer extirpar el extranjerismo verbal sin preocuparse en elevar lo nuestro a la altura de lo ajeno, es como atacar los signos exteriores de una enfermedad sin reparar en que la procesión anda por dentro.

Francisco ROMERO.

Nada de Latín

“*Verbum*”, *dimitte fasces populo*.

Señor director: Su invitación a colaborar en los ideales clásicos de esta Revista, me llega con diez años de atraso, cuando mi pobre mentalidad ha tenido que capitular, mejor dicho, *a mal tourné comme une jeune fille*, y si tiene todavía algún íntimo sentimiento de amor y de veneración por el latín, lo reprime y lo disimula avergonzada, miedosa de que se interprete como una petulancia histérica, en esta época de negocios, de dólares, de petróleos y de dividendos. Cuando mi mentalidad recapacita un poco en su pasado, en el tiempo en que fué honesta, se esconde y, a altas horas de la noche, se deleita con algunos versos clásicos con la misma avidez con que, según la venta, parecen aplicarse las niñas a la lectura de *La Garçonne*.

En este siglo XX me parece que se puede interpretar humanamente la frase del Evangelio de San Juan: *verbum caro factum est*, el verbo se ha hecho carne, materia; y se le puede agregar lo que dijo Simón Pedro en Getsemani: *caro autem infirma*, y esta carne, esta materia, podrida.

Son precisamente estas frases y otras similares de los sagrados textos las que han hecho tomar tierra al latín, pues los torpes inventores de la actual democracia, en su supina ignorancia, han encontrado que el latín era y es lengua usada por los clérigos y por los soberanos sus aliados. Como si el Evangelio y la Magna Charta no hubieran afirmado muchos siglos antes e inútilmente, como ahora, los derechos del hombre.

Antes, sobre los cañones, se escribía: *ultima ratio regum*; hoy, sin escribirlo, los cañones son la *última ratio populi*.

Yo, hasta el principio de la guerra, aun no siendo latinista, como lo poco que sé lo debo exclusivamente a los estudios clásicos y a las humanidades que con ellos van acollaradas, en las conferencias que daba a la juventud y a los educadores siempre traté de persuadir que esa lengua forma la mente, forma la literatura, da armas para defenderse en la vida, da consuelos inefables en las desgracias; y lo afirmaba así plenamente convencido de lo que dijo Schopenhauer: que “el que desconoce el latín es hombre vulgar, aun cuando llegue a obtener en el laboratorio el radical del ácido fluorhídrico”. Pero para seguir confesando ahora esas convicciones debería retraerme a alguna tierra desconocida, de costumbres bucólicas, o, para poder vivir en una metrópoli, tendría que ser rico y sepultarme en una biblioteca de aquellas que aquí no hay.

Es inútil pensar en el latín en un mundo que se ocupa exclusivamente del acero, del carbón y del petróleo. Inútil pensar en el latín en un mundo en que se arraiga el psicoanálisis de Freud, quien descubre que el ternero mamón y el niño lactante se prenden del pezón por un preinstinto genésico, lo que convierte a las criaturas en *Venus fellatrix*. Inútil pensar en latín cuando Bergson, el filósofo de un dulcamarismo extra moderno, sintiendo la ola de misticismo — en parte instintiva y en parte provocada artificialmente, — para seguir la moda, que él, secundándola, se hace la ilusión de dirigir, se hace ahora el apóstol del latín, el que forma quizás parte integrante de este misticismo, cuando éste no sueña con el ectoplasma.

Pero todo es inútil: aunque la civilización moderna llegue a salvar la crisis actual, será siempre de espíritu eminentemente cartaginés; y después de su destrucción no dejará rastros ni de lengua ni de obras intelectuales, como no los dejó Cartago.

Es inútil la campaña de *Verbum*, en todo el mundo: el pueblo es soberano, no quiere latín, y hay que *demittere fascēs populo*.

No debo escribir más, señor director, pues, como ve, contrariando mis inclinaciones, íntimas, he tenido que adaptarme al ambiente, que no se puede eludir. Mas para terminar con algo en latín (seguro como estoy de que *Verbum* no cae en todas las manos, no es una margarita *ad porcos*), le copiaré aquí una inscripción que proyecté para un monumento que debía levantarse a San Martín en las cascadas del Iguazú, monumento que, como buena obra de sentimentalidad latina, no fué llevado adelante, sucediéndole casi inmediatamente un proyecto de turbinas para aprovechar la fuerza motriz de la caída de las aguas y dar así luz más barata a los rascacielos de Buenos Aires:

*Hominis indiga vox obmutescat,
Jam nemo tubae famae fatiget,
Hic enim Iguazú
In fremitu cataractarum
Nuncupat in aeternum nomen tuum
San Martin
Et per orbem late resonante fragore profundum
Magno cum murmure reddent
In amica pace Argentinas glorias
Aequora vasta
O Pater patriae et Populi.*

Salúdalo atentamente S. S.

Clemente ONELLI.

La Elocuencia Griega

PRIMERA LECCION

La elocuencia era antigua en Grecia, puesto que Homero con palabra tan sentida describe ya sus efectos, y, no sólo conoce el nombre de orador (ῥήτορ) sino que pone en labios de sus héroes discursos en los cuales las partes esenciales de una oración se distinguen tan claramente, que hicieron decir a Quintiliano: "*omnibus eloquentiae partibus exemplum et ortem dedit Homerus*".

Esto a primera vista parece un anacronismo, porque la edad descrita por Homero, (la Micenea, tal vez), es la de la monarquía, y la elocuencia siempre y doquier aparezca presupone la libertad; más la dificultad se desvanece si se considera que *el gobierno de uno solo* era entonces efecto no de la fuerza o de la conquista, como en la edad media, sino de las pocas atribuciones del Estado incipiente, para cumplir con las cuales bastaba una sola persona.

El uso hábil de la palabra en el consejo es tan apreciado por el poeta como el valor en el combate; y el consejo y la asamblea son el campo que aquella sociedad rudimentaria ofrece al desarrollo de la elocuencia; el consejo, porque si la propuesta del soberano no agrada hay que demostrar el lado por que flaquea y sólo con la persuasión puede inducirse a abandonarla; y la asamblea, porque, aunque no vote, está todavía en las costumbres que el rey no notifique una deliberación sin indicar los motivos que se la aconsejaron.

*

* * *

Este estado de cosas no tardó en modificarse por un proceso evolutivo que se presume parecido en casi todas las ciudades griegas del continente europeo, pero que no puede seguirse sino hasta cierto punto en Atenas.

El desarrollo del Estado crea la necesidad de nuevas funciones y nuevos magistrados para su desempeño; la elección queda limitada a las pocas familias de los grandes propietarios, pues nobleza y riqueza entonces son sinónimos, y el deseo común de estas familias de participar en el poder directamente, por medio de alguno de sus miembros, multiplica los oficios y abrevia su duración. La guerra exterior casi ha desaparecido y con ella la necesidad de la unidad del mando y del respeto a la plebe, con cuyo concurso ya no es preciso contar. He aquí cómo se designa y constituye una clase opuesta al pueblo por sentimientos, por tradición y por intereses, cuya clase fiscaliza celosamente el poder como consecuencia de su condición privilegiada, de tal modo que la monarquía se disuelve y se convierte en una oligarquía.

El pueblo no desaparece; pero como en toda esta época la guerra exterior, que obligaba a conformarse al mando de uno solo y valorizaba al pueblo por la necesidad de su concurso, parece transformarse en luchas intestinas, ya no es menester guardarle consideración.

El período es largo y oscuro, y apenas si a gran distancia uno que otro indicio permite a los sabios argumentar el curso general de los acontecimientos; sólo un instante, cuando ya está a punto de acabar, se aclara e ilumina con honrosos detalles en los versos de Solón.

Parece que la asamblea no tuviera importancia sino cuando una condición de cosa inaguantable hacía necesario, para ponerle remedio, un acuerdo general. Por otra parte, la independencia de los magistrados en sus funciones, hacía inútil el antiguo consejo (βουλή o Senado que asistía al rey y que se transformara en un tribunal (Areópago). En fin, poco es lo que los doctos creen saber de esta edad llena de nombres y fechas que no inspiran ninguna confianza; pero este poco basta

para que no nos extrañe el no encontrar ni una sola alusión a oradores o a públicas discusiones. Se creía ver una en un verso de la elegía “Salamina” de Solón, pero la interpretación era equivocada.

*
* *

Así más o menos hasta Solón, en Atenas, y me parece inútil abundar en más detalles. La evolución de Atenas, aunque no con las mismas particularidades, debió de reproducirse en un gran número de ciudades de la Grecia europea, por lo de que iguales causas producen efectos iguales; y esto autoriza a afirmar que la elocuencia en toda aquella edad había desaparecido totalmente o casi por completo. Ciertamente es que en los poemas épicos que seguirán componiéndose habrá habido algunos discursos, más ello será simple imitación de Homero. La pasión de Perses; en Hesíodo, por asistir a los procesos en el ágora, haría pensar en posibles debates; pero de otros indicios se colige que el fallo debía de depender del número de los castigos.

De Esparta es inútil hablar; nada más reacio a la elocuencia que sus costumbres y sus instituciones. Diversas eran las condiciones de las ciudades griegas del Asia Menor; las jónicas estaban unidas en una especie de confederación, cuyo signo sensible era el *Panjonio*, o fiesta periódica de todos los jonios que se celebraba cerca del cabo Micala. Cuando primero los lidios y después los persas amenazaron a todas las ciudades griegas de la costa, es más que verosímil que entonces sus representantes, en las reuniones aquellas, trataran del común peligro; y es precisamente en tales ocasiones en las que Herodoto hace hablar a Tales, a Bias y a Hecateo.

Durante la tiranía de Pisístrato y sus hijos, o como dicen para abreviar, de los Pisistrátidas, se fué formando en Atenas un ambiente cada vez más favorable al surgimiento de la elocuencia. Solón quitó de debajo del peso que lo aplastaba al pueblo salió como quien dijera de tutela, ya podía obrar solo.

de sí mismo y lo educó fué Pisístrato; y cuando en 510 el pueblo salió como quien dijera de tutela, ya podía obrar solo. Para valuar de un golpe el progreso del pueblo, basta con cotejar la guerra que precede a la tiranía con la que la sigue inmediatamente; en la primera, el pueblo toma necesariamente parte, pero una participación anónima, como instrumento de la ambición de los caudillos; en la segunda, combate él mismo, en su nombre y contra los aristócratas, que no encuentran apoyo sino fuera de Atenas, en los espartanos; y poco después, siempre en virtud de su libertad, lucha con éxito contra los espartanos y su aliado, y con el favor de las circunstancias consigue por lo menos la libertad de disponer de sí mismo, ya que no dictar leyes a los adversarios.

Sin la defección de miembros del partido dominante ninguna revolución sale bien; esta ley vale también para la revolución de entonces; los jefes del movimiento, los que llevaron al pueblo a la victoria fueron los aristócratas desterrados por los tiranos, los Alcmeónidas, sobre todo Clístenes; pero este último en modo particular abrazó sinceramente la causa del pueblo y, cosa que parece inverosímil en época tal, no por designios ambiciosos, sino por sentimiento de justicia.

*
* *

La constitución que lleva su nombre y en la que, sin duda, debió de colaborar también Aristides, es una organización que no resulta del natural curso de los acontecimientos, sino que le es impuesta; es una constitución que se basa, no en la herencia ni en la tradición, sino en la razón; se produce como un dualismo entre la sociedad, que sigue siendo determinada por el pasado, y la república (si se puede decir así) fundada en bases ideales.

Se discute la afirmación de Aristóteles a este respecto y si Clístenes tuviera ó no la intención que el filósofo le atribuye. Es como discutir si el labrador siembra para cosechar.

Clístenes para fundar el nuevo Estado sobre la igualdad y borrar de un golpe toda diferencia tradicional, al nombre del padre en la designación de los ciudadanos sustituyó el del *demo* natal. Frente al Estado ya no hubo ni nobles ni plebeyos, ni ciudadanos antiguos ni nuevos, sino sólo *demotas*, esto es, naturales de un *demo* del Atica; los atenienses no se llamaron desde entonces de otro modo que el de hijo de los *demos* «Ἀθηναῖοι καλοῦσι σφᾶς αὐτοὺς τῶν δήμων».

*

* *

La totalidad de los ciudadanos, esto es, la asamblea, fué desde entonces *soberana de denecho*; los ciudadanos no eran en ella sino unidades homogéneas, la asamblea un número y la deliberación dependía exclusivamente de la mayoría numérica. Pero, en el principio, lo gratuito de los oficios, la falta de indemnidad para quien asistía a la asamblea o a los tribunales, mantenían lejos de ellos a los ciudadanos obligados por su pobreza a ganarse el sustento cotidiano con el trabajo. Hasta Pericles, pues, fué aquello una democracia, pero con el predominio de los aristócratas, y las ventajas de una condición semejante las vemos enumeradas por Isócrates, para quien era aquél el período ideal y heroico de Atenas.

La guerra contra los persas y otras que de ella derivaban duraron todo aquel largo lapso de unos cincuenta años; y esto hizo que prevalecieran en la dirección de la cosa pública los estrategias de más probada habilidad; por lo cual vemos sucederse al frente del Estado a Milcíades, Temístocles, Aristides, Cimon; no obstante, ellos nada podían hacer sin la aprobación de la asamblea y nadie podía mantenerse en el ejercicio del poder sin justificar cada uno de sus actos. Y he aquí como la palabra adquirió extraordinaria importancia y la necesidad, para quien ambicionaba sobresalir, de ejercitarse no sólo en el manejo de las armas sino también en hacer uso de la palabra en público.

*
* *

No existía aún un arte de hablar, dado que comenzaban apenas las experiencias. La elocuencia es una facultad, δὴναμις, la facultad de ver en cada asunto lo que puede persuadir, una facultad como la razón y como ésta es ayudada maravillosamente por la lógica así lo es la elocuencia por la retórica. Un arte es pragmática; cambia en normas y formula en preceptos los procedimientos que se muestran útiles en la práctica, a medida que en tanteos sucesivos se van descubriendo; y por lo mismo, al arte consciente y reflejo, precede la espontaneidad. El silogismo era ya usado por Protágoras en su forma esquemática antes de que Aristóteles compusiese sus analíticas; y de igual modo, ¡cuántas arengas en el Pnix y cuántas oraciones se habrán recitado en los tribunales, antes del nacimiento del arte retórica! Pero los antiguos estaban persuadidos de que la espontaneidad no lleva muy lejos y no admitían que sin maestros llegara alguien a ser orador de nota, y en el caso de serlo sin que se le conociesen maestros, los gramáticos se apresuraban a inventarle algunos.

*
* *

Temístocles es el primero que deja nombre de gran orador en la escuela. Dice Plutarco que aquél desde muchacho se ejercitaba en la elocuencia jugando con sus coetáneos, simulando procesos y haciendo él mismo ya las veces de acusado, ya las veces de acusador. Es curioso lo que cuenta de Mnésifilo, el cual pertenecía a una secta que se remontaba a Solón, y educaba a los jóvenes en la ciencia civil. Los individuos de esta secta se llamaban a sí mismos *sabios*, lo propio que Solón; más tarde estos maestros transportaron la ciencia, de la práctica a la palabra, es decir, que en lugar de desarrollar en los jóvenes las virtudes propias de un político, se limitaban a hablar de política, esto es, a hacer discursos (ἐπιδείξεις) de carácter político en la escuela. Mas cuando los tales preceptores agre-

garon a la política la enseñanza de la retórica, que acababa de inventarse, y que aun se limitaba a la elocuencia judicial, cambiaron el nombre de *sabios* (σοφός) por el de *sofistas* (maestros de sabiduría). Ignoramos las fuentes de Plutarco, y sabemos que a una lectura sumamente nutrida juntaba cierta crítica; sin embargo, estas noticias tienen visos de autosquemias de los gramáticos, esto es, literatos alejandrinos, sugeridos por lo que dice de la antigüedad de la sofística Protágoras, en el diálogo platónico. Sea como fuera, Mnesífilo habría sido el maestro de Temístocles.

*

* *

Tengo para mí que Isócrates pensaba en Temístocles cuando dice que quien naciera con la debida disposición y añadiera a ella la práctica de los negocios y lograra hablar en público con la misma libertad con que uno habla consigo mismo, sería sin necesidad de maestros un gran orador.

Temístocles estaba dotado de una clara inteligencia y la evidencia con que discernía lo que en cada circunstancia convenía hacer, daba calor y eficacia a su palabra. Después de Maratón, la certidumbre que abrigaba de un nuevo asalto por parte de los persas le inspiró aquel programa naval, de cuya necesidad supo persuadir al pueblo, que llevó a cabo entre mil dificultades y que salvó a Grecia, y podemos agregar a la civilización, por más que pese a Grote. Después de Salamina y de Platea y de la hegemonía ofrecida espontáneamente a Atenas por los jonios y demás ciudades marítimas, vió la ocasión que por primera y única vez ofreciase a Atenas de unificar la Grecia, favoreciendo el establecimiento de la democracia en todos los estados, a la vez que la posibilidad de humillar a Esparta.

A la realización de tal programa se opuso primero el entusiasmo heroico del momento, que no permitía desconfiar; en segundo lugar el contrario programa de los Alcmeónidas, representados por Aristides; y por fin, las antipatías que le

granjearon los defectos de su carácter. Sea como quiera, con el destierro de Temístocles y el abandono de su política, Atenas firmó su caída, en vano retardada hasta 404 A. C.

*
* *

También Aristides y Cimon sabían hacerse escuchar por la asamblea; pero hasta Pericles no tuvo Atenas otro gran orador.

De la eficacia de su palabra, que dejaba clavada en los oyentes como un agujijón; de lo magestuoso de su frase y la solemnidad de la acción, que le merecieron el apodo de Olímpico, hablan los comediógrafos y todas las memorias del tiempo. No dejó nada escrito, y las tres oraciones que se leen en la historia de Tucídides se creen hechura del historiador. Isócrates supone que Damón fuera su maestro, el cual bajo la apariencia de enseñar música, escondía la profesión de sofista. Se dice que Zenón de Elea le inició en la dialéctica, y fué sin duda, amigo de Anaxágoras y de Protágoras; la cronología, empero, hace prevalecer la opinión de que no tuvo más maestro que su intuición misma.

Indirectamente, el influjo que ejerció con su política sobre la elocuencia fué grande. Debido a él y a su desgraciado amigo Efiolte, el pueblo de soberano de derecho pasó a serlo de hecho. Sus indemnidades para quienes asistieran a la asamblea o a los tribunales, los abrieron de par en par a las clases ínfimas, alejando de ellos a los aristócratas y a los ricos. El prestigio personal de Pericles contuvo por mucho tiempo el mal; pero su muerte marca el principio de la demagogía. Desde entonces una lista de demagogos (Cleón, Hiperbolo, Cleoforo, etc.) se sucede en la dirección de la cosa pública y pueden ellos más que los estrategas (Nicias, Alcibiades, etc.). Tal vez fueran mejores de lo que les supone su fama, pero tal cosa no quita que se les deba la caída de Atenas.

Lo peor es que en aquella asamblea, por razón de su composición, más que los argumentos de los oradores valían las

prodigalidades a costa del dinero de los confederados, de las cuales también dió Pericles el ejemplo.

Como quiera que sea, Pericles preparó el camino a los oradores para que se enseñorearan de la república. El siglo siguiente, (IV antes de J. C.), es la edad más gloriosa de la elocuencia griega; y digo griega y no elocuencia en general, porque la elocuencia varía según los oyentes. La griega es esencialmente popular y muchos de los medios que daban buen resultado en el Pnix, harían sonreír en una cámara de Inglaterra.

Francisco CAPELLO.

Manuale del perfetto Professore

(Continuación) (1)

18

*O Simon Mago, o miseri seguaci
che le cose di Dio, che di bontate
deono essere spose, voi rapaci
per oro e per argento adulterate,
or convien che per voi suoni la tromba!*

Senza infingimenti, senza falsi riguardi, sì: in questo libro ormai ne ho raccontate di cotte e di crude e non ho paura di toccare anche il tasto pericoloso e sporchetto.

Il peccato che prese nome da chi voleva comprare la grazia di Dio, la lebbra che ingrommò chiese ed aule di giustizia contaminando ogni santità umana e divina, la simonia perversa e dannata non ha mai offuscato le pure anime dei professori?

Ecco: ciascun uomo ha tre fisionomie. Egli è quello che è, quello che si sforza di parere, quello che gli altri credono che sia.

(Se la frase vi sembra difficile, la colpa è del vostro comprendonio. Io quando studiavo all'università capii a volo questa frase un pochino più astrusa del mio professore di filosofia teoretica: —L'essere è, perchè se l'essere non fosse, questo

(1) Véase "Verbum" N.º 56 y anteriores.

sarebbe, che l'essere non è, dunque, se "sarebbe" l'essere ricompare mentre lo si nega.)

La gente non fa molta stima, in genere, dei pubblici funzionari. Ai tempi del Borbone, che non sono poi lontanissimi, gl'impiegati erano retribuiti maluccio, ma il governo sapeva che con gli sbruffi e i carrazzoni radoppiavano facilmente lo stipendio ufficiale. Così lo Stato risparmiava, e i favori dell'impiegato erano pagati direttamente da chi li godeva. Ora, questa savia teoria amministrativa, nel nostro Paese fa orrore (dico "nel nostro Paese" perchè in Turchia, a quanto so, è tuttora in auge): oggi la morale pura ha distrutto la ragione pratica. Perciò gli stipendi rimangono bassi, l'impiegato fa il comodo proprio e se piglia denari da qualcuno, non per questo si sente obbligato a favorirlo: tanto, il patto è segreto e illecito per tutti e due: "sbruffi" e "carrozzini" ce n'è come prima e ad essi si aggiunge — in regime elettorale — quell'altra graziosa miscella che i tecnici chiamano "pastetta": ma ufficialmente l'impiegato è puro come una corona di fior d'arancio. Quanto alle male lingue, chi potrebbe tenerle a freno? Esse — mentre a tempo antico avrebbero accusato un travetto di venalità — oggi non dicono ch'egli si venda, ma che piglia quattrini senza dar nulla in cambio. E' già un progresso.

Purtroppo di molti professori si dice e si crede una tale vergogna e non vorremmo affermare che l'onorevole Ministero si adoperi a cancellare la non onorevole macchia.

Io non credo, per esempio, che un insegnante, solo perchè ha dato lezione ad un alunno debba poi necessariamente favorirlo all'esame. Eppure c'è tutta una filza di gride manzoniane contro chi prepara i propri scolari, contro chi dà lezioni private senza avvertirne il capo d'istituto e via e via. Dico "gride manzoniane" perchè colpiscono (o vorrebbero colpire) chi dà una lezione privata per venticinque lire, ma non toccano — neppure con la minaccia — chi piglia cento lire e fa a meno di dar la lezione.

Così pure si dovrebbe credere che i professori, galantuomini nei giorni degli esami di promozione, conservassero, per

l'esame di licenza, tanta onestà quanta è necessaria per architettare un tema adatto ai discepoli e tenerlo nascosto fino al momento della dettatura. Macchè! Macchè! Il tema deve venire dal Ministero.

Il Ministero, cioè, lo comunica al capo dell'istituto... Ah no, per l'amore di Dio! Quel delinquente che è il capo dell'istituto e quei brutti affi di pregiudicati che son gl'insegnanti bisogna tenerli d'occhio.

Il Governo umorista l'ha pensata bella: sottoporre i professori alla vigilanza degli alunni. Difatti, la mattina dell'esame il preside mostra ai professori la busta ingommata, suggellata e spaghetata. Allorchè questi gli han dato un'occhiata che è per lui, povero preside, una patente di galantomismo, l'integrità della busta viene accertata anche da due candidati i quali, con la loro firma nel verbale, garantiscono il Ministero che i signori docenti, una volta tanto, non hanno fatto porcherie.

Con procedimenti simili, col grande chiasso che fanno i dirigenti ogni volta che trovano un novello mezzo di sorveglianza, è naturale che il pubblico non abbia molta stima dei professori.

Ma la verità vera, la fisionomia morale esatta della classe degl'insegnanti qual'è?

Se credete alla mia modesta esperienza, se interrogate cautamente anche i professori più lesti di lingua nel giudicare i colleghi, se scorrete la serie dei processi svolti dalla Giunta del Consiglio Superiore, dovete tre volte persuadervi che, meno poche eccezioni disonorevoli, la simonia che inquinò per secoli la cattedra di san Pietro non sfiora neppure le povere cattedre degl'insegnanti medi.

"Meno poche eccezioni disonorevoli" ho detto, ma di esse sole devo occuparmi poichè questo non è il capitolo della gente per bene.

Ed ecco davanti alla mia memoria il professore Mangioni, lo chiameremo così, il quale, l'ultimo giorno prima delle vacanze natalizie, diceva agli scolari:

—Fuori il quaderno, ragazzi, e copiate la pianta che io vi disegno sulla lavagna! Attenti. Questa lunga lunga è la via Cavour e questo quadratino è piazza san Marco con la statua di Manfredo Fanti. Ci siete? Ecco la via della Sapienza dov'è l'Accademia di Belle Arti, la piazza della Santissima Annunziata (oh i tondi di Luca della Robbia! oh i bei puttini innocenti!) la via della Colonna dove potete ammirare, nei musei egiziano ed etrusco, idoli, mummie, scarabei d'ogni razza, la via Sant'Ambroggio, la via Verdi. Ecco, ecco: piazza Santa Croce. A egregie cose il forte animo accendono! Sol chi non laschia eredità d'affetti! Vince di mille secoli il silenzio! Scalpitanti sugli elmi ai moribondi! E questa stradetta accanto alla chiesa, sapete come si chiama? Si chiama Borgo Santa Croce. Questa casa al numero 2 la vedete bene? Qui abita il vostro professore, poverino, che deve tirare avanti, governo ladro, con centotrentasei lire al mese. Buon Natale a tutti, oggi, e buon esami a luglio! Arrivederci.

Basta un tipo come il Mangioni per far perdere il credito a una legione di professori onesti.

Perciò il giudizio del volgo è così severo contro gl'insegnanti e questi ultimi, quando ne hanno sentore, provano più dolore che meraviglia.

Un amico mio, professore di pedagogia in una scuola normale, mi raccontava questo fatto. Egli era entrato in una classe elementare per le esercitazioni di tirocinio e subito si accorse che ad un bambino usciva di tasca il *Giornale d'Italia*. Erano i giorni più gravi della guerra libica e nei giornale si parlava spesso di sevizie usate dagli Arabi contro prigionieri e feriti. Appetto alle crudeltà insegnateci dalla storia più recente, quella roba era zucchero e miele, ma si capisce che l'amico mio, una perla di galantuomo, vedesse mal volentieri i giornali in mano agl'innocenti. Perciò egli prese il foglio al bambino dicendo:

—Qua! Questo devi darlo a me.

Il giorno seguente, ecco che il bambino, appena entrato in iscuola, va dal professore di pedagogia e gli porta, caldo cal-

do, il *Giornale d'Italia*. Il professore lo prese distrattamente, ma stupì il giorno dipoi vedendo il solito bimbo che gli portava ancora il giornale. Capì anche troppo un'ora dopo, quando il padre del bimbo, andato a fargli visita, disse che se il signor professore desiderava avere il giornale gratis poteva rivolgersi direttamente a lui senza la mediazione dello scolareto...

Il pover'uomo inorridì, impallidì, rabbrivì:

—Ma come? Il suo figliuolo ha capito male le mie parole! E lei ha potuto credere?...

—Che scaccio! — rispose quello, calmissimo. — Però, 'a fine 'e cunte, se trattava 'e 'nu sòrdo o'juorno; 'na cosa 'e niente!...

Vedo ancora la faccia convulsa di rabbia del mio amico quando mi raccontava l'aneddoto, il guale è più da ridere che da piangere, in verità.

L'amico era molto giovane: e quando uno non ha ancora sperimentato un po' di mondo ha generalmente questa fisima: che tutti debbano leggergli l'onestà in fronte. Alla quale fisima si aggiunge un ticchio anche più curioso: quello di credere che con le nostre parole infuocate possiamo riuscire a mutare il giudizio di chi ha sospettato di noi.

E a proposito di giudizi avventati, di giovani ingenui e di... attentati al pudore professorale, ne racconterò un'altra prima di alzar le vele per miglior acqua.

Anni sono, un insegnante giovane ricevette una lettera con cui un Tizio, da lui conosciuto appena, gli offriva mille lire in cambio della licenza normale.

Fulmini e saette! La lettera giunse alle dieci della mattina: alle quindici già era in mano del Procuratore del Re con la denuncia del reato specifico: tentata corruzione di un onesto funzionario.

Quando il giudice istruttore interrogò l'insegnante, gli fece anche la domanda rituale:

—Ella dà querela?

—Querela? Mi spieghi meglio. Non sono mica stato danneggiato, mi sembra.

—Eh, danneggiato nell'onore, forse. Quel briccone, scritta la lettera, può averla mostrata ad altri dicendo che lei è molto indulgente quando vede o spera un compenso: sicchè potrebbe perseguirlo con una querela e costituirsi anche parte civile reclamando i danni.

—Macchè, macchè!...

Durante la giornata, negl'interstizi tra una lezione e la correzione di un componimento, tra la lettura del giornale e una chiacchierata al caffè, si ficcarono tanti pezzettini d'idee: la querela, il processo le mille lire, quel brutto muso del querelabile... E la notte, nel caleidoscopio dei sogni, ecco il professore che va a visitare, col portafogli gonfio come avesse riscosso tre mensili in una volta, i detenuti di un carcere. Un giovane lo guarda con occhi tristi e il viso atteggiato a un doloroso rimprovero:

—Le mille lire le hai avuti per mano del giudice. Non era lo stesso accettarle da me? Ti sono più care, ora che le hai comprate col mio disonore?

L'insegnante si svegliò tra mortificato e stizzito. Un mese dopo, il suo seduttore veniva assolto per insufficienza di prove perchè aveva avuto la precauzione di dettar la lettera ad un altro. Fu grazia se il professore, lui, non si beccò una querela per calunnia. E da quel giorno in poi, quando gli capitaron lettere di quella fatta, non pensò più al magistrato penale: se contentò semplicemente di farne giustizia sommaria nel cestino.

19

Del professore a cui occorre il cassetto raccontatovi or ora non importa che io dica il nome.

Avete visto che ne conosco anche i sogni: ed io non ho la fortuna di esser come i romanzieri che — a sentirli! — conoscono i sogni degli altri...

Giacchè dunque ho ricominciato a far capolino, non posso non dire una parola della più grande noia, della più dolorosa piaga che affligga gl'insegnanti: la correzione dei compiti.

Se ancora non ne ho parlato, è perchè par sempre duro scoprir gli altari: e ce n'è uno che finora ho tenuto velato anche per i miei più intimi amici. Fuori tutto!

Quando Mark Twain aveva fatto sbellicar dalle risa, coi suoi bizzarri racconti, i cittadini di mezza America e di un quarto d'Europa, un giorno andò a frugare in un cassetto dimenticato e vi trovò un poemetto sentimentale, una pietosa storia d'amore ch'egli aveva scritta a vent'anni. Per quel bisogno di far sapere agli altri le proprie faccende, da cui son derivati e il primo libro e il primo scrittore, Mark Twain annunciò che avrebbe tenuto una conferenza.

Un pubblico immenso corse per aplaudirlo: e tutti i volti s'illuminarono d'ilarità quando si presentò, coi baffoni e i sopraccigli bianchi aggrottati, l'uomo che aveva il magico segreto del riso.

—Signori — cominciò lo scrittore — oggi vi leggerò dei versi.

Fu un grido d'allegria sfrenato: Dei versi? Ah! Ah! Ah! Lui? Che bel tipo!

—Vi prego de non ridere, signori! E' una lacrimevole storia...

—Ah! Ah! Ah! (Urli, risa omeriche, gazzarra).

—Ma signori! E il pianto della mia giovinezza, il sospiro dell'anima...

A questo punto, la risa e gli applausi scrosciaron così forti che Mark Twain, appena gli riuscì dominare il tumulto, gridò con voce tonante:

—E allora, giacchè non siete in vena di ascoltare l'eco del mio dolore, vi saluto e me ne vado.

La sera, tutti i giornali commentavano, elogiandola, l'ultima trovata spiritosissima di Mark Twain, il magnifico tiro da lui giocato al pubblico ecc., ecc.

A me è accaduto qualcosa di simile a quello che successe allo scrittore americano.

Quando la nausea per i fogliacci zeppi di spropositi mi ebbe annebbiato l'anima e ammuffito il cervello, per liberarmi, per

sentirmi vivere, per raccogliere — se fosse stato possibile — altre voci di protesta, scrissi alcune pagine in cui descrivevo la tortura sofferta.

Quelle pagine ebbero una singolare fortuna. Quasi in ogni suo libro, l'amico Lombardo-Radice ne riprodusse una o due, parecchi colleghi le lessero in classe agli alunni, altri le riportarono nelle antologie: ma tutti, tutti, tutti non seppero dire altro, se non che lo scherzo era riuscito bene, che intorno ai componimenti, i quali sono una cosa seria, io avevo saputo dire parole divertenti.

E io che dovevo fare? Se quand'uno vuol far piangere gli capita invece di far ridere, è meglio figurare d'aver avuto un'intenzione opposta alla vera e rassegnarsi. Sarebbe stato peggio, alla fin fine, aver fatto piangere con uno scritto destinato a far ridere.

Ma in questo libretto che scrivo con la mano sinistra aperta sul cuore debbo dir che i componimenti mi hanno avvelenato quindici anni di vita, che son l'invenzione più terribile che potesse passar per la mente di Torquemada. Ma immaginate! Il professore, con un libro di temi davanti, ne pesca uno e si sforza di adornarlo di parole svolazzanti perchè l'alunno non si accorga che è copiato. L'alunno copia lo svolgimento da un altro libro. (o dallo stesso) e lo infiora di spropositi e ne accomoda l'esordio e ne rabbercia le ultime righe perchè il professore non iscopra il plagio. Poi, fatica estenuante del professore per isceverare gli errori genuini da quelli messi lì ad arte, indagini sotto le cancellature delle brutte copie, confronti tra i lavori fatti a casa e quelli fatti in classe. Nessun erudito germanizzante ha mai lavorato, per trovar la paternità del *Pataffio* o del *Fiore* o della *Cronica* dinesca, quanto il più umile insegnante di ginnasio per mettere in luce il vero babbo o i veri babbi di un aborto senza nè capo nè coda.

E tutto questo lavorio, in nome della sincerità. Sissignori, perchè gli onesti insegnanti raccomandano sempre agli alunni di essere sinceri. Sinceri, capite? Cioè, quando ricevono un tema come *Una burla*, *Una scampagnata allegra* e via via deb-

bono saper ridere e far ridere: e quando dalle labbra compunte del professore escono scandite le parole *Due novembre, L'ultima rondine, Visita ad un ospizio de ciechi*, i pensieri debbon velarsi di cespito nero e la penna deve trovar l'inchiosastro allungato di sincerissime lagrime.

Dunque... dunque molto avrei da dire, ma non voglio che mi succeda come l'altra volta.

Io sono sicurissimo che il componimento scolastico non tarderà a scomparire, come se ne sono andati altri esercizi i quali pure, prima di morire, hanno fatto sbuffare e fremere intera generazione d'insegnanti e di allievi, per esempio, i saggi di versificazione e le pubbliche difese di argomenti filosofici e teologici.

Ma finchè ci sarà chi creda che gli scrittori si formino coi componimenti (difatti non c'è quasi uno scrittore celebre che non abbia avuto *zeri e due* nella lingua nazionale!) e che tutti debbano, alla meglio od alla peggio, saper buttar giù una novella (molta gente ignora il disegno e sa appena fare un'o con un bchiere e qui non par che ci sia nulla di male) il componimento continuerà a vivere ed a prosperare.

Sicchè al professore novellino non posso dare altro consiglio che di aver pazienza, molta pazienza. Si ricordi la strofetta del Parzanese:

Quando nacqui mi disse una voce:

—Tu sei nato a portar la tua croce.

E la croce degl'insegnanti sono appunto i componimenti, perchè, se non fossero questi, la professione di chi insegna sarebbe la più bella del mondo: parlare ed essere ascoltati, illuminare e sentir aumentar la luce in sè, fare una delle sette opere di misericordia e riceverne in cambio pane e onore. Oh, sì, la più bella professione del mondo!

20

Adagio, però. Oltre i componimenti, che sono la morte, c'è una malattia periodica, una specie di febbre terzana che io chiamerei — se non temessi l'equivoco spiritista — *medianite*.

Questa malattia ha tre crisi violente negli ultimi giorni del primo, del secondo e del terzo trimestre di scuola. All'ultimo, ecco l'acme, il parossismo che prende il nome volgare di scrutinio finale. Dopo, la malattia finisce e comincia il periodo nero: esami, raccomandazioni, tentativi di suicidio, raccomandazioni, minacce, raccomandazioni, scappellate, sorrisi adulatori, visite interessate, parenti lontanissimi che si riffano vivi e... raccomandazioni ancora.

Il lavoro delle medie è poco noto al gran pubblico. Ognuno ha veduto qualche pagella in cui sono segnati nitidamente dieci o dodici voti, ma difficilmente si può immaginare quali battaglioni di cifre si raccolgano nella segreteria e nell'archivio di un istituto per estrarne poi quella quintessenza preziosa che si filtra nella pagella.

Un insegnante che ha classi numerose deve star bene attento a non perdere un minuto quando interroga gli scolari: ad ogni risposta di questi, un'osservazione: ogni osservazione implichi un giudizio: e per ogni giudizio un bel numerino incasellato sul registro. Più tardi, quei numerini tesaurizzati saranno gli elementi che forniranno le medie. Uh che brutta faccia fanno presidi e colleghi, quando un professore dice che non ha ancora "elementi"!

Il lavoro di tre mesi, in fondo, non consiste che in questo: nel radunare cifre per la fine del trimestre e la fatica di un anno non sembra aver altro intendimento che di assomare altre cifre per lo scrutinio finale.

Il professore è giudice: e la sua equità è pregiata dai superiori, dagli alunni e dalle famiglie, molto, molto di più che la qualità didattiche.

Tra i professori novellini, c'è chi ostenta un certo quale disprezzo per le medie e in genere, per tutto ciò che non sia l'ufficio di far semplicemente lezione.

Male. Questa che a voi sembra chincaglieria scolastica ha certo qualche valore per ricordare e documentare il profitto di un discepolo in confronto di un altro. Ma ripensando a certi

mediolatri che ho avuto la sfortuna di conoscere, in fondo sorrido della vostra impazienza e la guardo con simpatia.

Uno di costoro — dei mediolatri, intendo — mi mostrò un giorno un taccuino dove, in carattere microscopico, aveva segnato centinaia di voti per ogni alunno: e le pagine del taccuino aveva riprodotte in un grande quadro che teneva appeso a cappo del letto fra la Madonna e la piletta dell'acqua santa. Ad ogni parola di uno scolaro affibbiava un punto: e tutta questa fioritura di numeri, piantata nel registro e trapiantata nel taccuino e nel quadro, era orgoglioso di poterla mostrare a chiunque in qualsiasi ora della notte o del giorno.

Quando io gli osservai, umilmente, che non sempre quei numeri dicono il valore vero di un giovane, mi ebbe mangiar vivo. Salì su, su, su fino alla sociologia, fino all'etica, fino alle nubi della metafisica per dimostrarmi che tutto, nella società umana e nella vita universale, è costituito da medie: che delle nostre azioni e dei nostri pensieri, la media, la media soltanto ci affliggerà o ci consolerà nell'ora suprema: che il più nobile compito dell'educatore consisteva nell'ammaestrare i fanciulli a pesar bene ogni parola ed ogni atto per non giungere impreparati a quello scrutinio finale che attende ognuno di noi sulla soglia del mistero.

Almeno per quanto riguarda la vita sociale, volli obiettarli che non è proprio così. Se un uomo salva la vita ad un suo simile gli si dà una medaglia: se invece lo manda al Creatore gli toccano vent'anni di galera. Dunque, se un uomo salva la vita a quattro cristiani e poi ne ammazza uno, gli si toglie forse una delle quattro medaglie abbonandogli la galera? Nemmeno per sogno.

Non l'avessi mai detto! Mi rispose, in tono duro, secco, perentorio, che per lui il maggior dovere del professore era quello di saper tradurre in cifre esatte le cognizioni e la condotta dei ragazzi. Forse forse per lui gl'insegnanti *medi* si chiamavan così appunto da quell'armeggio aritmetico delle medie ch'era tutto il suo sogno: e non aggiunsi altro per non amareggiarlo.

Ma tu, novizio del mio cuore, bada di non cadere nell'esagerazione opposta. Dici che non sei molto forte nella scienza dei numeri? E fatti aiutare! Non sarai nè il primo nè il ultimo. L'autore del libro ti confida qui che egli ha sempre, sì, rilette, esaminate ed arrotondate le medie dei propri alunni, ma la media aritmetica non l'ha fatta mai. Essa è uscita sempre da quelle mani che gli ornava di fiori la scrivania, che gli colmava d'inchiostro la penna stilografica, che toglieran gli errori da queste pagine quand'esse, non più manoscritte e non ancora riunite in un volume, saranno inquadrate fra gli ampi margini delle bozze di stampa.

L'aiuto, del resto, serà più per accarezzar la tua pigrizia che per supplire alla tua ignoranza: perchè... possibile, mio Dio, che tu non riesca neppure ad addizionare tre numeri di una sola cifra (i *dieci*, chi li ha mai visti?) e poi divider la somma per tre?

Eppure qui la memoria mi richiama un curioso fatto che non oserei raccontare se io, io stesso non ne fossi stato testimone.

Eravamo riuniti in seduta di scrutinio. I colleghi deploravano che uno scolaro avesse fatto una gran quantità di assenze e volevano contarle per vedere se il giovane avesse perduto un terzo del numero totale delle lezioni: nel quale caso — a norma del regolamento d'allora — egli sarebbe stato escluso dagli esami.

Strano a dirsi! Il giovane era mancato, supponiamo, trenta volte alle lezioni di storia e dieci a quelle d'italiano, in un trimestre: dieci alle lezioni di scienze e tre a quelle d'italiano.

Stupore generale. Il preside sospetta che il giovane, durante la scuola, se la svignasse quando stava per cominciare una lezione poco simpatica. Viene interrogato, quale probabile complice, il bidello: il pover'uomo, lì per lì, si turba e il turbamento sembra indizio certo di colpa...

Insomma, dopo ipotesi, congetture ed arzigogoli sottilissimi, il collega ch'era più vicino al professore d'italiano, sbir-

ciando nel registro di lui, scopri la chiave del mistero, ad un tratto.

Il professore d'italiano, bravissima persona, scrittore più che mediocre, uomo d'ingegno e di cultura non comuni per tutto il resto, sottoposti alla tremenda fatica aritmetica, ci s'era messo con tanto zelo, che delle assenze, non aveva fatto l'addizione ma... la media nè più nè meno che per i voti di condotta e profitto!

Dino PROVENZAL.

(Continuará.)

A Través del Silencio

A Marasso Rocca, poeta.

Bajo el ala fatídica del silencio profundo
aguzan los tormentos interiores del mundo
mi hierro que atraviesa la vasta soledad:
Interrogo a la Esfinge por el haz del Nirvana
y muda, impenetrable, sombría y extrahumana,
esconde tu secreto fatal, Eternidad.

¿Por qué si el hombre pudo—mordido Prometeo—
robar la ardiente vida, con férvido deseo
no rasga de la noche el velo de dolor?
¿Condenados estamos a vivir la pavura
del misterio insondable, y esta vil amargura
es vaso donde se abren los lirios del amor?

Oh, duda torva y honda. El hombre, iluso y triste,
se abrasa con tu fiebre por ver si en lo que existe
penetra el hondo arcano de nuestro diario mal;
mas al cruzar la selva doliente de la ciencia,
una lágrima enorme es toda su conciencia
abriéndose en sonrisa al beso inmaterial.

Del fondo doloroso de nuestra ardida entraña
formulas, duda trágica, pregunta tan huraña
que hiende como acero la angustia del *Después*.
—En vano el hombre erige febril Alejandría,

si al paso de los siglos su gran sabiduría
es sólo la amargura del fiero Eclesiastés.—

No obstante este nervioso latir de nuestras ansias,
la flor de la alegría de eclógicas fragancias
se enciende como Venus en el temblor del mar...
A través de la noche, la angustia y las pasiones,
el coro suave y sordo de las constelaciones
nos trae el ritmo eterno del cántico estelar.

Dimas OLIVA.

Buenos Aires, 1922.

La Copa

Ignoro si es un sueño
o historia de algún mito.

Ya sólo sé que un día
me dieron a beber la copa de los vientos.
Era una copa clara, inmensa,
en cuyo fondo se agitaban tinieblas
y palpitaban ráfagos.
Creo que, de vez en cuando,
relucían pequeñas luminarias
entre la masa informe,
como estrellas brillantes
a través del follaje
de una selva en la noche.

Y yo bebí de aquella copa enorme
sin conseguir vaciarla nunca, pero
sin llegar a saciar mi sed extraña.
A veces perecíame beber el cielo claro
en un día de otoño o primavera;
sentía efluvios cálidos
y perfumes dorados;
una mezcla divina de sabores:
rosas, uvas, jazmines y naranjas.
Yo rejuvenecía y era
como si galopara por el llano,
potro feliz o sátiro embriagado.

Otras veces la copa me ofrecía
jugos acres y amargos; del invierno,
Un chorro helado por la espalda, entonces
me escalofriaba y los ojos lloraban
como por ver el sol.

Quise apartar de los exangües labios
la fantástica copa; mas no quiso el destino.
¡Y me obligó a seguir bebiendo!
Por mis fauces cayeron
vientos del polo blanco,
del desierto amarillo,
del océano glauco...
El viento multiforme, inagotable,
era de mil colores.
Yo bebía carbones y bebía rubíes.
¡El cielo entero se volcó en mi pecho!

Después... no supe nada;
pero me pareció que dentro de la copa
había un claro de luna.

Carlos María ONETTI.

Diciembre 1922.

NOTAS Y COMENTARIOS

Inauguración de los cursos

En la solemne apertura de los cursos de esta Facultad, el doctor Clemente Ricci pronunció la disertación de circunstancias que insertamos en otro lugar.

El acto fué abierto por el señor decano, quien dijo las siguientes palabras:

“El Consejo Directivo resolvió en 1921, que al comenzar los cursos anuales solemnizáramos la ocasión con una conferencia para todos los alumnos, sobre algún tema de las tres disciplinas que cultivamos en estas aulas. Habló ya el profesor Capello, sobre la importancia educativa de las letras clásicas; hoy hablará el doctor Clemente Ricci, profesor de historia; después ha de llegarle el turno a un profesor de filosofía. Y como este año el mundo civil conmemora el centenario de Renan, que fué historiador, filósofo y artista, hemos creído pertinente dedicar la conferencia de esta tarde a su gloriosa memoria.

Antes de ceder la cátedra al conferenciante, debo como decano aprovechar la oportunidad de hallarse aquí reunidos profesores y alumnos, para informar sobre la marcha de la Facultad y sobre mi gestión al frente de la misma.

“Del edificio propio con que soñábamos, sólo puedo decir que continúa siendo un sueño; mas no por culpa mía, que sigo pensando en él como un delirante, sino por la estrecha situación financiera de la República.

“He hablado sobre esto con el señor presidente de la Nación, con el señor ministro de Hacienda, con miembros del Congreso y de la Comuna; he hallado en todas partes la mayor benevolencia y no pierdo la esperanza de que, si la situación mejora, podré a lo menos poner la piedra fundamental. Cree el señor presidente Alvear que nuestra casa está destinada a organizar las altas formas de la cultura y a regenerar por el profesorado la enseñanza, de suerte que si es grande nuestro deber, es también grande nuestro deber público de instalarnos en las condiciones que la cultura y el decoro nacional nos exigen.

“Si el país tuviera ricos que fueran a la vez inteligentes y generosos, el problema podría fácilmente resolverse mediante una de esas donaciones que glorifican a millonarios de otros países más civilizados que el nuestro... Llegó una vez a Glasgow el Marqués de Bute; sorprendióse al ver el local ingrato que ocupaban sus altas escuelas; y ofreció construir a sus expensas un edificio moderno. Cumplió su promesa, porque eso es aristocracia, y costóle su dádiva 500.000 libras. Desde 1870, la vieja Universidad de Glasgow es una de las mejor instaladas de la Gran Bretaña; y cuando hace quince años la visité, admirando sus parques, sus laboratorios, sus viviendas, allá sobre las apacibles riberas del verdoso Kelvin, referí el origen de esas construcciones en mi libro *La Restauración Nacionalista*, lamentando — ya entonces — que no ofrecieran gestos análogos los lores de la pampa. Hoy vuelvo a lamentarlo públicamente, porque desearía que alguien me desmintiera.

“Con la clara noción de los ideales remotos y de las posibilidades inmediatas, decidí gestionar de la Universidad que nos higienizaran este edificio, como lo han hecho en las vacaciones, y que se alquilara, para ampliación de la nuestra, la casa de Reconquista, donde han instalado desde el año anterior la sección antropológica del Museo, el Instituto de Investigaciones históricas, el Instituto de Geografía; y donde

este año funcionarán los nuevos Institutos de Filología y de Literatura Argentina, que están a punto de iniciar sus tareas.

“Para el Instituto de Filología me ha propuesto por carta don Ramón Menéndez Pidal una correlación de nuestras tareas con las de la moderna escuela filológica que le tiene en España por fundador ilustre. Uno de sus colaboradores en aquel Centro, don Américo Castro, vendrá este mes a hacerse cargo de la dirección inmediata del Instituto y de la cátedra de lingüística romance, de acuerdo con la ordenanza que sancionó el Consejo.

“Los jóvenes que sientan vocación por estos estudios, pueden apercibirse desde ya por el aprovechamiento de tal maestro, cuyo nombre conoceréis al menos por su traducción del libro de Meyer Lübke y por sus propios trabajos en la *Revista de Filología* de Madrid, el más autorizado órgano de esta especialidad que se publica actualmente en nuestro idioma. Por las condiciones personales de Castro y por la intervención de Menéndez Pidal, abrigo la creencia de que asistimos al comienzo de una empresa que redundará en prestigio de la cultura nacional y de nuestra lengua en América.

“Para el Instituto de Literatura he solicitado al Congreso la transferencia del Archivo que fué de Juan María Gutiérrez, y al Consejo de Educación la entrega de los documentos que reunió hace años para el estudio del folk-lore argentino. De acuerdo con las promesas recibidas, espero el despacho favorable de ambas solicitudes. Puedo asegurar que este año el Instituto comenzará sus publicaciones, para lo cual he obtenido del Consejo Superior los fondos necesarios. Iniciaremos la tarea editorial con un tratado póstumo de Adán Quiroga sobre el folk-lore andino; con un corpus inédito de cantos populares, y con una antología nacional para uso de las escuelas. Anuncio desde ya que acogeré con viva simpatía el concurso de los alumnos y graduados que deseen dedicarse a estos estudios, pues no alcanzaremos su perfección sino por el trabajo metódico de los nuevas generaciones.

“Creo que nuestra Facultad no debe reducirse a las lecciones internas, útiles para el examen, ni a las conferencias públicas, útiles para el prestigio social de la casa, sino que debe fomentar la investigación y familiarizar a los alumnos en los métodos creadores de la ciencia. Se oye decir a veces que los alumnos esquivan semejante esfuerzo personal.

“No lo creo, y me fundo para ello en la propia experiencia de mi cátedra. Pero quiero citar un caso todavía más elocuente, por tratarse de una ciencia más ardua. Me refiero a las investigaciones que este año ha realizado con sus alumnos el profesor Ricci, sobre el *Códice Fneer*, que desde Norte América, a pedido mío, envió el doctor Le Bretón, embajador entonces. Trátase de un código griego de reciente descubrimiento, cuyo texto interesa a los orígenes del Cristianismo. El resultado de los trabajos va a imprimirse para ser enviado a los centros científicos del extranjero; y el profesor, en el informe de sus tareas de este año, ha encarecido la contracción e inteligencia con que trabajaron sus discípulos.

“Afirmo, pues, que es practicable entre nosotros una asociación viva de esfuerzos entre maestro y alumnos. Como para ello se necesita material didáctico y fuentes de estudio, de que muchas cátedras han carecido hasta hoy, no he omitido esfuerzos hasta traer a la casa cuanto pudiera sernos útil en tal sentido. Con este propósito solicité de la Comisión de Bellas Artes que nos cediese para nuestro Museo una colección arqueológica impropriamente depositada en su Museo de Pintura; la ha concedido por unanimidad, sólo falta un último trámite ministerial para que se haga la entrega. Así también patrociné en el Consejo Directivo la adquisición de la Biblioteca Morel y en el Consejo Superior la compra de la Biblioteca Salas, con lo cual nuestro fondo bibliográfico se ha enriquecido copiosamente en valiosas obras de literatura, arte, geografía e historia. Finalmente, he obtenido del Consejo Superior los recursos necesarios para dotar mejor el laboratorio de Biología y para fundar un gabinete de Historia de la Civilización y otro de Historia del Arte, cuyas primeras adquisiciones haré pró-

ximamente, de acuerdo con los respectivos profesores. Ya es pero que maestros y alumnos sabrán corresponder a estos gastos de la Universidad, aprovechando los elementos de estudio que ella pone al servicio de sus vocaciones.

“Claro es que estas vocaciones necesitan a su vez ser estimuladas; y al efecto me tocó apoyar, hasta sacarlo triunfante en el Consejo Superior, el proyecto del Consejero Outes, ya convertido en ordenanza, que reglamenta la provisión de cátedras en el Colegio Nacional. Con este mismo propósito interese en favor de nuestros títulos al señor Presidente Alvear y al señor Ministro Marcó, para las cátedras que dependen del Ministerio. Como ambos me prometieron justicia, los graduados esperan los próximos nombramientos, seguros de que el Estado ha de comprender que no tiene derecho a invalidar sus diplomas, defraudando con ello la generosa vocación de los jóvenes que vinieron a nuestra Facultad en la creencia de que la enseñanza debe ser, como ya lo son la milicia o el foro, carreras técnicas de ascenso, y no prebendas de la amistad caprichosa.

“Siempre con el objeto de abrir nuevo horizonte profesional a vuestras actividades, proyecté la Escuela de Archivistas y Bibliotecarios, que podrá funcionar este año, en condiciones ventajosas para los que ya son alumnos de la casa, según el plan que será publicado dentro de breves días.

“Como veis, voy cumpliendo, en la medida de mis fuerzas y con una total consagración a mi cargo, cada una de las promesas que formulé al asumir el decanato. Debo con gratitud declarar que he podido hacerlo porque he contado hasta hoy con el respeto de los alumnos, con la solidaridad de los profesores, con la deferencia de ambos Consejos, y con la buena voluntad de todas las autoridades a quienes, dentro o fuera de la Universidad, he solicitado su concurso para mis gestiones. Pero debo repetir, asimismo, que esta situación de concordia es para mí condición indispensable en el desempeño de un cargo que me honra, pero que no he ambicionado, y que

acepté solamente como ocasión de servir a esta Facultad que es el hogar universitario de mis propios ideales.

“Estamos creando una institución nueva, y debemos prestigiarla con nuestra obra y con nuestra conducta, sobre todo en este momento de inquietudes, cuando es más difícil poner el ánimo por encima de las cosas pasajeras. Bien venido sea, en tales momentos, el espíritu de Renán, que como auspicio del año va a ser evocado en esta aula por uno de los más sabios profesores con que cuenta nuestra casa de estudios. Bien venido sea, como un maestro para todos, el espíritu de aquel gran maestro que fué una lección viviente de lealtad; que dolorosamente superó la religión de su seminario por una fe más alta y más libre; que levantó como historiador de una raza perseguida, un vasto monumento de ciencia y de amor; que llegó como filósofo a ese primor de la tolerancia que le permitió elevar lo mismo una plegaria a Jesús ante el trágico paisaje de Jerusalem, que una oración a Pallas ante el sereno paisaje de Atenas; y que dejó como artista, vibrando para la posteridad, la esencia de su espíritu en la música de sus palabras armoniosas.”

Bibliografía

BIBLIOGRAFIA DE LA OBRA DE ERNESTO RENAN

1846. — *Une énigme historique* (Journal des jeunes personnes).
Solution de l'énigme (Journal des jeunes personnes).
1849. — *Eclaircissements tirés des langues sémitiques sur quelques points de la prononciation grecque* (Franck).
1852. — *Averroes et l'averroïsme*. Ensayo histórico, in-8º (Durand).
De philosophia peripatetica apud Syros, commentatio historica, in-8º (Durand).
1855. — *Histoire générale du Système comparé des langues sémitiques* (Imprimerie impériale).
1857. — *Etudes d'histoire religieuse* (Lévy fr.).
1858. — *Le Livre de Job*. Traducido del hebreo. Estudio sobre el carácter del poema y la fecha de su aparición. In-8º (Lévy fr.).
Mémoire sur l'origine et le caractère véritable de l'histoire phénicienne qui porte le nom de Sanchoniathon (Lévy fr.).
De l'origine du langage, in-8º (Lévy frères).
1859. — *Nouvelles considérations sur le caractère général des peuples sémitiques et en particulier sur leur tendance au monothéisme*. In-8º (Lévy frères).
Essais de morale et de critique, artículos publicados en la "Revue des Deux-Mondes" y el "Journal des Débats" (Lévy frères).
1860. — *Averroès et l'averroïsme*. Ensayo histórico, 2ª edición corregida y aumentada. In-8º (Lévy frères).
Le Cantique des Cantiques. Traducido del hebreo con un estudio sobre el plan, la época de su aparición y el carácter del poema. In-8º (Lévy frères).
1862. — *La chaire d'hébreu au Collège de France. Explications à mes collègues*. In-8º (Lévy frères).
De la Part des peuples sémitiques dans l'histoire de la civilisation. Traducido del hebreo con un estudio sobre el plan, la

- época de su aparición y el carácter del poema. In-8º (Lévy frères).
1863. — *Etudes d'histoire religieuse*, 6ª ed. corregida y aumentada. In-8º (Lévy frères).
Vie de Jésus. Esta obra forma el primer tomo de la Historia de los orígenes del cristianismo. In-8º (Lévy frères).
1864. — *Etudes d'histoire religieuse*, 7ª ed. In-12 (Lévy frères).
Histoire générale et système comparé des langues sémitiques, 1ª parte: *Histoire générale des langues sémitiques*, 4ª ed. (2ª ed. en 1857, 3ª ed. en 1863) (Lévy frères).
Jésus. Es la "Vida de Jesús" menos la introducción y las notas. In-12 (Lévy frères).
Trois inscriptions phéniciennes trouvées à Oumm-El-Awamid. In 8º (Imprimerie impériale).
1865. — *Mission en Phénicie*. (Imprimerie impériale).
Etude sur Lamennais, como prólogo del libro de Lamennais: *Le Livre du peuple* (Lévy frères).
Discours sur l'état des beaux-arts (Lévy frères).
1866. — *Les Apôtres* (forma el tomo II de la *Histoire des origines du christianisme*). In-8º (Lévy frères).
Prefacio de la *Histoire critique des livres de l'Ancien Testament*, por A. KUENEN. In-8º (Lévy frères).
1867. — *Nouvelles observations d'épigraphie hébraïque*. In-8º (Lévy fr.).
Sur les Inscriptions Hébraïques des Synagogues de Cafr-Bereim, en Galilee. In-8º (Lévy frères).
Vie de Jésus. Nueva edición, corregida y aumentada. In-8º (Lévy frères).
1868. — *Questions contemporaines*. In-8º (Lévy frères).
1869. — *Averroès et l'Averroïsme*. Edición corregida y aumentada. In-8º (Lévy frères).
La part de la Famille et de l'Etat dans l'Education. In-12 (Lévy frères).
Saint Paul. Con un itinerario de los viajes de San Pablo por M. KIEPERT; (forma el tercer tomo de la Historia de los orígenes del cristianismo). In-8º (Lévy frères).
1870. — *Le Cantique des Cantiques*. Nueva edición con un extenso comentario. In-8º (Lévy frères).
Vie de Jésus. Gran inc-8º ilustrado (Lévy frères).
La Monarchie constitutionnelle en France, in-12 (Lévy frères).
1871. — *La Réforme intellectuelle et morale*. In-8º (Lévy frères).
1872. — *Introduction des Essais d'histoire religieuse et mélanges littéraires* de David Frédéric STRAUSS. In-8º (Lévy frères).

1873. — *Pierre du Bois, légiste*. In-4° (Lévy frères).
L'Antéchrist. Tomo IV de la *Histoire des origines du christianisme*. In-8° (Lévy frères).
Histoire des Origines du Christianisme. Tomos I al IV (Vie de Jésus, I; Les Apôtres, II; Saint Paul, III; L'Antechrist, IV, 4 vol., in-8° (Lévy frères).
1874. — *Mission en Phénicie* (1860-1861), dirigida por E. Renan. Esta obra fué publicada por partes de 1865 a 1874. 1 vol. in-4° de texto y 1 vol. in-folio (láminas). (Lévy frères).
1876. — *Dialogues et fragments philosophiques*. In-8° (Calmann-Lévy).
1877. — *Les Evangiles et la Seconde génération chrétienne*. Tomo V de la *Histoire des Origines du Christianisme*. In-8° (Calmann-Lévy).
Spinoza. Conferencia leída en La Haya el 21 de febrero de 1877 (200° aniversario de la muerte de Spinoza). In-8° (Calmann-Lévy).
1878. — *Catiban*, drama filosófico. In-8° (Calmann-Lévy).
Mélanges d'histoire et de voyages. Inc-8° (Calmann-Lévy).
1879. — *Discours*, pronunciado al ingresar en la Academia Francesa, el 3 de abril de 1879. In-8° (Calmann-Lévy).
L'Eglise chrétienne. Tomo VI de la *Histoire des Origines du Christianisme*. In-8° (Calmann-Lévy).
Conférences d'Angleterre, Rome et le Christianisme; Marc-Aurèle. In-12 (Calmann-Lévy).
1881. — *L'Ecclésiaste*, traducido del hebreo. In-8° (Calmann-Lévy).
Marc-Aurèle et la fin du monde antique. Tomo VII de la *Histoire des Origines du Christianisme*. In-8° (Calmann-Lévy).
1882. — *Qu'est-ce qu'une nation?* Conferencia en la Sorbona el 11 de marzo de 1882. In-8° (Calmann-Lévy).
Réponse au Discours de réception de Louis PASTEUR (Academia Francesa). In-8° (Calmann-Lévy).
Réponse au Discours de réception de V. CHERBULIEZ (Academia Francesa). In-8° (Calmann-Lévy).
1883. — *Histoire des Origines du Christianisme* (8 vol: Vie de Jésus, I; Les Apôtres, II; Saint Paul, III; L'Antechrist, IV; Les Evangiles, V; L'Eglise chrétienne, VI; Marc-Aurèle, VII; Index VIII). In-8° (Calmann-Lévy).
L'Islamisme et la Science. Conferencia en la Sorbona. In-8° (Calmann-Lévy).
Le Judaisme comme race et comme religion. In-8° (Calmann-Lévy).
Le Judaisme et le Christianisme; identité originelle et séparation graduelle. In-8° (Calmann-Lévy).

- Souvenirs d'enfance et de jeunesse*. In-8º (Calmann-Lévy).
1884. — *Nouvelles études d'histoire religieuse*. In-8º (Calmann-Lévy).
1885. — *Le Cantique des Cantiques*. Con 25 aguas fuertes de Bida. In-folio (Hachette et Cie).
- Le Prêtre de Nemi*, drama filosófico. In-8º (Calmann-Lévy).
- Réponse au Discours de réception* de M. LESSEPS (Academia Francesa). In-8º (Calmann-Lévy).
1886. — *L'Abbesse de Jouarre*, drama. In-8º (Calmann-Lévy).
- 1802, dialogue des morts*. In-8º (Calmann-Lévy).
- Etude sur la traduction de l'Ecclésiaste*. In-8º (Calmann-Lévy).
1887. — *Discours et conférences* (Calmann-Lévy).
1888. — *Drames philosophiques* (Caliban, L'Eau de Jouvence, Le Prêtre de Nemi, L'Abbesse de Jouarre, Le Jour de l'An 1886, Prologue au Ciel. In-8º (Calmann-Lévy).
1889. — *Réponse au discours* de Jules CLARETIE (Academia Francesa). In-8º (Calmann-Lévy).
1890. — *L'Avenir de la Science. Pensées de 1848*. In-8º (Calmann-Lévy).
- Histoire du Peuple d'Israel*. Tomos I a III (1887-1890). In-8º (Calmann-Lévy).
- Pages choisies*, para uso de los liceos y escuelas. In-12 (Calmann-Lévy).
1892. — *Feuilles détachées*, continuación de los *Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse*. In-8º (Calmann-Lévy).
1893. — *Les Ecrivains juifs français du XIV siècle*. In-4º (Imprimerie Nationale).
1894. — *Histoire du peuple d'Israel*. Tomos IV y V, 2 vol. in-8º (Calmann-Lévy).
1895. — *Ma Soeur Henriette*, con ilustraciones de Henri Scheffer y Ary Renan. In-8º (Calmann-Lévy).
1896. — *Lettres intimes* (1842-1845), d'Ernest Renan et d'Henriette Renan). In-8º (Calmann-Lévy).
1898. — *Correspondance* d'Ernest Renan avec M. Berthelot, 1847-1892. In-8º (Calmann-Lévy).
1899. — *Etudes sur la politique religieuse du règne de Philippe le Bel*. In-8º (Calmann-Lévy).
- Prière sur l'Acropole*. Con 30 dibujos de H. Ballery-Destfontaines. In-4º (Pelletan).
1901. — *Le Broyeur de lin*. (Carteret).
1902. — *Lettres du Séminaire* (1838-1846). Gr. in-8º (Calmann-Lévy).
1904. — *Mélanges religieux et historiques*. In-8º (Calmann-Lévy).
1906. — *Cahiers de jeunesse*. In-8º (Calmann-Lévy).
1907. — *Nouveaux cahiers de jeunesse* (1846). In-8º (Calmann-Lévy).

1908. — *Patrice*. Novela, con ilustraciones de Ary Renan. In-16 (Perrin).
1912. — *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*. In-16 (Nelson).
1913. — *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*. (Les Maîtres du Livre).
(Crès et Cie).
1914. — *Fragments intimes et romanesques*. In-12 (Calmann-Lévy).
1916. — *Vie de Jésus*. In-16 cart. (Nelson).
1921. — *Essai psychologique sur Jésus-Christ*. In-8º (La Connaissance).
1922. — *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, in-4º (La Connaissance).
1923. — *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, con las *Lettres d'Italie*.
In-8º (Calmann-Lévy).

ESTUDIOS CRITICOS Y LITERARIOS SOBRE LA OBRA DE RENAN PUBLICADOS EN LENGUA FRANCESA

- ALLIER (R.) — *La Philosophie d'Ernest Renan*, 1895, in-12 (Alcan).
AUTESSANTY (l'abbé G.) — *M. Renan devant le bon sens*. 1867, in-8º (Bértrand-Hu, à Troyes).
BARRES (Maurice) — *Dialogues parisiens. Huit jours chez M. Renan*. 1888, in-24 (Dupret), 1890 (Perrin).
— *Huit jours chez M. Renan. Trois stations de psychothérapie. Toute licence, sauf contre l'amour*. 1913, in-12 (Emile Paul).
BARRY (E.) — *Ernest Renan*, 1905, in-8º (Londres).
BIGUET. — *Les Années de Séminaire de Renan*, 1903.
BONTOUX (G.) — *Louis Veuillot et les mauvais maîtres de son temps* (Hugo; Béranger; Byron; Musset et H. Heine; Lamartine; E. Sue; G. Sand; Cousin; Guizot et Thiers; Michelet; About et Renan; Sainte-Beuve; Fourier; Considérant; Cabet et Proudhon), 1913, in-16 (Perrin et Cie).
BOURDEAU (Jean). — *Les maîtres de la pensée contemporaine*, 1904 (Bibl. philos. cont.) (Alcan).
BOURGET (Paul). — *Ernest Renan* (nº 16 des *Célébrités contemporaines*), 1883, in-12 (Quantin).
BRANDES. — *Essais choisis*, in-16. 1914 (*Mercur de France*).
BREAL (M.) — *Renan et la philologie indo-européenne*, 1893, in-4º.
BRISSON (Adolphe). — *L'Envers de la gloire* (enquêtes et documents inédits sur Victor Hugo, Renan, Zola, Quinet, le P. Didot, etc.), 1905, in-12 (*Flammarion*).
BRUNETIERE (Ferdinand). — *Cinq lettres sur Renan*, 1904 (Perrin).
BUFFENOIR (H.) — *Hommes et demeures célèbres: de Chateaubriand à Ernest Renan*, 1914 in-8º (Ambert).

BUSSY (Charles de). — *Les Apôtres selon Renan*, 1866, in-32. (Beaufour).

CARFORT (Adolphe de) et BAZOUGE (Francis). — *Biographie d'Ernest Renan*. 1864, in-8° Bazouge, à Dinan (Douniol).

CARO (Elme). — *L'Idée de Dieu et ses nouveaux critiques* (Hachette).

CATHELIN — *Souvenirs littéraires du petit séminaire de Paris*, 1849. (Poussietgue-Rutand).

CLAMADIEU (l'abbé). — *M. Renan et M. l'Abbé Cognat*. 1886, in-8° (Welter).

COCHIN (A.) — *Quelques mots sur la vie de Jésus de M. Ernest Renan*, 1863, in-12. (Douniol).

COGNAT (Abbé Joseph). — *M. Renan hier et aujourd'hui*. 1883. (Gervais).

CORNUD (Edmond). — *Le Dieu du peuple d'Israel et Ernest Renan* (thèse), 1905, in-8°, Montauban.

CRELIER (l'abbé). — *M. E. Renan guerroyant contre le surnaturel*. 1863, in-8° (Pélagaud).

DARMESTETER (Mme. Mary) (Mme. M. Duclaux). — *La Vie d'Ernest Renan*, 1898, in-18 (C.-Lévy).

DELAFOSSÉ (Jules). — *Portraits d'hier et d'aujourd'hui*, Waldeck-Rousseau, Combes, Clemenceau, Briand, de Mun, Maurice Barrès, Renan et sa filiation, etc. 1913, in-12 (Plon).

DELAPORTE (P. V.) — *L'apothéose de Renan*. 1893, in-12. (Retaux).

DELORME (J.) — *Les Contradictions de M. Ernest Renan, ou l'auteur de la Vie de Jésus réfuté par lui-même*. 1864, in-12 (Perisse, frères, à Lyon).

DESPORTES (Henri) et BOURNAUD (F.) — *Ernest Renan, sa vie et son oeuvre*. 1893, in-12. (Tolra).

FESCH (Abbé). — *Au Séminaire, Saint-Sulpice et les Sulpiciens*, 1891.

FRANCE (Anatole). — *Discours prononcé à l'inauguration de la statue d'Ernest Renan, à Trégnier*. 1903, in-16 (Calmann-Lévy); 1922, in-16 (Ferroud).

FREPPEL (Mgr). — *Examen critique des Apôtres de M. Renan*, 1866, in-8° (Palmé).

GAY (Paul). — *L'amour-propre psychologique en religion*, à propos de quelques cas choisis: Nietzsche, Amiel, Renan, Vinet. 1905, in-12 (Atar, à Genève).

GERBET (Mgr). — *La stratégie de M. Renan, écrit posthume*. 1866, in-12 (Totra et Haton).

- GIRARD (Henri) et MONCEL (Henri). — *Bibliographie des œuvres d'Ernest Renan*. 1923, in-8° (*Les Presses Univers, de France*).
- GIRAUD (Léopold). — *Les Voltiges de M. Renan*. 1866, in-32 (*Palmé*).
- GUILLOUX. — *L'Esprit de Renan*. 1921, in-12 (*J. de Gigord*).
- HELLO (Ernest). — *M. Renan, l'Allemagne et l'athéisme au XIX siècle*. 1858, in-8° (*Palmé*).
- HULS (Mgr Maurice Le Sage d'Hautecoeur d'). — *Ernest Renan* (Extrait du "Correspondant"). 1892, in-8° (*Poussielgue*).
- HURET (Jules). — *Enquête sur l'évolution littéraire* (conversations avec MM. Renan, Goncourt, Zola, Maupassant, Huysmans, Anatole France, Barrès, Lemaitre, Mallarmé, Verlaine, Moréas, Maeterlinck, etc.). 1891, in-12 (*Fasquelle*).
- JANVRAIS. — *Renan, les étapes de sa vie bretonne*. 1903.
- LABBE (Jules) — *La Démocratie et M. Renan*. Réponse à la préface des Questions contemporaines, 1868, in-8° (*Le Chevalier*).
- LAGRANGE (R. P.) — *La Vie de Jésus d'après Renan*. 1923, in-12 (*J. Gabalda*).
- LAPEYRE (Paul). — *Renan peint par lui-même*. 1893, in-16 (*Le-thiellieur*).
- LASSERRE (Henri de). — *Le Treizième apôtre*, suivi du retour de l'île d'Elbe raconté d'après la méthode de M. Renan. 1866, in-12. (*Palmé*).
- LASSERRE (Fierre). — *Renan et nous*. In-16, 1923 (*Grasset*).
- LEDRAIN. — *Renan, sa vie et son oeuvre*. 1892, in-8°.
- LE GAL. — *Renan à Tréguier, le Moraliste, Pourquoi les Bretons se défendent*. 1903. In-8° (*Prud'homme, à Saint-Brieuc*).
- LE GOFFIC (Ch.) — *La Bretagne et les pays celtiques*, 1902, in-18 (*Champion*).
- LEMAITRE (Jules). — Dans la première série des études et portraits littéraires, *Les Contemporains. Ernest Renan*. In-16 (*Boivin*).
- LEMONNIER (Charles). — *M. Ernest Renan et la question religieuse*. 1862, in-8° (*Dentu*).
- LE NORDEZ (l'abbé). — *M. Renan d'après lui-même ou Étude critique et psychologique à l'occasion de son dernier ouvrage, "la Réforme intellectuelle et morale de la France"*. 1872, in-8° (*Repos*). (*Daireaux à Coutances*).
- LE PELTIER (Ernest). — *Vie de E. Renan*. 1863. In-8° (*Dentu*).
- LIABEUF (l'abbé). — *M. Renan et sa méthode*, ou M. Renan réfuté par lui-même. 1866, in-8° (*Palmé*).
- LIVRE (Le) d'or de Renan (150 fac. similié), 1903, in-4° (*Joanin*).
- MARIN DE BOYLESVE (R. P.) — *M. Renan, défenseur de la foi, d'après un procédé nouveau*. 1863, in-12 (*Douniol*).

MARROT (Maurice) — *La Vie de Renan et le Maudit*, suite à la Vie de Jésus. 1863, in-8° (Ducot èls, à Bordeaux).

MAUBERT (Pasteur H.) — *Nicodème, étude sur M. Renan*, d'après un mot de Jésus. 1863, in-8° (Grassart).

MEIGNAN (Mgr). — *M. Renan et le Cantique des Cantiques*. 1860, in-8° (Douniol).

MEISSAS (Abbé de). — *M. Renan, apologiste malgré lui*, réponse à l'Eglise chrétienne. 1879, in-8° (Vve Ducourtieux, à Limoges) (Gervais).

MEYER (Eugène). — *La Philosophie politique de Renan*. 1923, in-16 (Boivin).

MILLIoud (Maurice). — *La Religion de M. Renan*, 1891, in-12. (B. Benda, à Lausanne).

MILSAND (Ph.) — *Bibliographie des publications relatives au livre de M. Renan, la Vie de Jésus (Dijon)*. 1864, in-18 (Dentu).

MIRECOURT (E. de). — *Ernest Renan*. In-32 (Librairie des Contemporains).

MONOD (G.) — *Les Maîtres de l'histoire: Ernest Renan, Taine, Michelet*. 1894. In-8° (C.-Lévy).

MORILLON (Adolphe). — *Souvenirs de Saint-Nicolas ou l'Education de M. l'Abbé Dupanloup*. 1859 (Decoffre et Cie).

PARIGOT (Hippolyte). — *Renan, l'egoïsme intellectuel*. 1909, in-8° (Flammarion).

PARIS (Gaston). — *Penseurs et poètes: J. Darmesteter, Mistral, Sully-Prudhomme, Al. Bida, Renan, Sorel*. (Bibl. Hist. Contemp.). (C. Lévy).

PERRAUD (Cardinal). — *A. propos de la mort et des funérailles de M. Ernest Renan*, Souvenir et impressions. 1893. In-12 (Chapelliez).

PLASMAN (L. C. de). — *Monsieur Renan, de l'Académie française*, peint par ses oeuvres. 1879. In-12 (Gervais).

— *Les Strauss français, lettres critiques sur les doctrines antireligieuses de MM. Littré et Renan*, suivies du Musée philosophique, tiré des oeuvres de ces deux auteurs et de la réfutation du système de Strauss sur la résurrection. 1858. In-12 (Dentu).

PONS (A. J.) — *Ernest Renan et les Origines du Christianisme*. 1881, in-12 (Ollendorff).

REYNAUD (Abbé Joseph). — *Catéchisme renanique, ou Règne divin du Christ malgré Renan*, 1880, in-12 (chez l'auteur, à Goncelin (Savoie)).

RITTER (Eugène). — *Th. Ritter, ses amis et ses maîtres, choix de lettres*, 1859-1895 (Sainte-Beuve, Ernest Renan, Taine, Cherbuliez,

P. Bourget, etc.). 1910. In-16 (Payot et Cie, à Lausanne) (Fischbacher).

ROD (E.) — *Les Idées morales du temps présent: Renan, Schopenhauer, Zola, Bourget, Lamaitre, Schérer, Dumas fils, Brunetière, Tolstoi, Vogüé.* 1891. In-12 (Perrin).

SAQUET (l'abbé J.) — *Ernest Renan et ses oeuvres. Réfutation.* 1864. In-8°. (Imprimerie Ratery, à Rodez).

SEALLES (G.) — *Ernest Renan, essai de biographie psychologique.* 1895, in-12 (Perrin).

SEGUR (Nicolás). — *M. Renan devant l'amour, roman* (Bibliothèque Charpentier), 1923 (Fasquelle).

SIMON (Jules). — *Quatre portraits: Lamartine, le Cardinal Lavigerie, Ernest Renan, l'Empereur Guillaume II, suivis du discours prononcé pour le centenaire de l'Institut.* 1896, in-12 (C.-Lévy).

SOLLING (Gustave). — *M. Renan et l'Allemagne. Lettre ouverte d'un Allemand.* 1879, in-8° (Rodrian, à Wiesbaden).

SOMAN (Mlle. Mariette) (Harriett-Maria). — *La formation philosophique d'Ernest Renan jusqu'à l'Avenir de la Science, d'après des documents inédits (1842-1849)* (thèse de doctorat ès lettres), 1914, in-8°, Paris.

SOREL (G.) — *Le Système historique de Renan, 1905-1906,* in-8° (Jacques).

STRAUSS (Gaston). — *La politique de Renan, suivie d'une étude sur les candidatures de 1869 et de 1878, d'après des notes et documents inédits.* 1909, in-8° (Calmann-Lévy).

TARROUX (l'abbé F.) — *Jésus-Dieu et M. Renan philosophe.* 1887, in-8° (Libr. de l'oeuvre de Saint-Paul).

VERNEILH (F. de). — *L'Art au moyen age et les causes de sa décadence d'après M. Renan.* 1862, in-4° (Didron).

VERNES (Maurice). — *Ernest Renan et la question religieuse en France.* 1899, in-8° (P. Weissenbruch, à Bruxelles).

VIGOUROUX (Abbé). — *La Bible et la critique, réponse aux Souvenirs d'enfance et de jeunesse de M. Renan,* 1883, in-8° (Berche et Tralin).

VILLENEUVE (Henri de). — *L' "Amusez-vous" de M. Renan et le "Credo" du P. Didon.* 1892, in-12. (L. Bonhoure).

WEILL (Alexandre). — *Le faux Jésus-Christ du Père Didon et les faux prophètes d'Ernest Renan,* 1891, in-16 (Sauvaître).

YS (René d') (Janvrais). — *Renan en Bretagne et sa famille,* 1904, in-16 (Émile Paul).

Se anuncian además los siguientes trabajos sobre la obra de Renan: Jean POMMIER, Ernest Renan, essai de biographie intellectuelle (Perrin, éditeur); LASSERRE, Renan et son temps (Garnier, éditeur).

UNA VIDA DE ESTUDIOSO

Outes, Félix F. — Nómima de sus publicaciones. 1897-1922. Edición privada, con motivo del XXV aniversario de su labor de publicista. 1 vol. (22 x 14 cm.); 60 p. Buenos Aires, 1922.

El señor Félix F. Outes se ha detenido en el camino, se ha detenido un instante para pasear cariñosamente la mirada sobre la obra científica que hasta la fecha lleva realizada. pues, en estos meses se cumplen veinticinco años de intensa labor no interrumpida hasta hoy, desde que publicara su primer libro *Los Querandíes*, en 1897, a la edad de diez y nueve años. Mucho se propone publicar todavía y su laboriosidad característica nos promete una gran obra proficua; pero, ante la lista de las publicaciones que el autor presenta se puede manifestar, sin temor de equivocarnos, que el señor Outes nos da el ejemplo de una vida dedicada al estudio, de una vocación científica persistente y nunca desmentida por desfallecimientos o veledades de erudición multiforme y engañosa.

Se trata de múltiples funciones oficiales que ha desempeñado o que sigue desempeñando con felicidad, desde el cargo de secretario general del Museo de La Plata al de delegado del gobierno y de la Universidad ante Congresos Internacionales, al de director del Instituto de Investigaciones Geográficas, hasta la delicada misión docente en escuelas secundarias y en nuestra Facultad. Agréguese a esta lista, que no la completo por ser muy larga, la dirección o dirección de revistas y publicaciones científicas oficiales o particulares (*Revista del Museo de La Plata, Historia, Anales de la Sociedad científica argentina, Publicaciones del Instituto de Investigaciones geográficas* y varias otras) y se tendrá una idea de esa laboriosidad cuya enunciación no significa ningún fácil cuanto falso elogio que pudiera reconocer como causa la amistad o la adulación interesada. Estas líneas corresponden a un juicio sereno y objetivo dado por el examen sintético de toda la producción y la actuación del señor Outes; proceder de otro modo sería restarle méritos y faltar a la verdad; no me agrada el *servo encomio* que en este caso sería insultante.

En efecto, sin pronunciarse sobre el valor y carácter científicos de cada trabajo. sin revisar ahora ninguna conclusión particular de sus obras, la simple nómima completa y cuidadosa de las publicaciones mueve los labios para enunciar palabras de elogio sincero. Estamos en presencia de 158 publicaciones que han venido apareciendo con cierta regularidad y anunciando una producción venidera de igual o de mayor mérito (en efecto, está completando la *Bibliografía geográfica argentina*, obra que ha exigido mucho tiempo y grandes dotes de investigación paciente y meticulosa).

Intentando una clasificación por asuntos tratados y disponiéndolas por orden decreciente (lo que ordena es el número, la cantidad, no es el valor comparativo), de estas 158 publicaciones, tenemos que se presenta un número considerable correspondiente a la arqueología, prehistoria y protohistoria especialmente americanas; luego, guardando una marcada relación con lo anterior y con lo siguiente, aparece la etnología-etnografía, y después, siempre abundantes, las publicaciones de historia, antropología, congresos e instituciones científicas, biografía, lenguas americanas, geografía histórica, bibliografía geográfica, folklóre, viajes y varias otras análogas. Esta disposición se divisa ya en los primeros tiempos y subsiste hasta nuestros días, es la disposición que corresponde a la mentalidad, a los estudios, a la vocación persistente del autor. *La Edad de la Piedra en Patagonia* (1905) se codea con: *Arqueología de Hucal* (1904), *Los Querandies* (1897) y *Les scories volcaniques et les tufs éruptifs de la série pampéenne de la République Argentine* (1909), y estos escritos se alternan, entre tantos otros, con: *Observaciones sobre la complicación y sinostosis de las suturas del cráneo cerebral de los primitivos habitantes del sur de Entre Ríos* (1909), *La determinación de las fuentes de la Geografía nacional* (1921), *Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba* (1911), *El puerto de los Patos* (1903), etc. La variedad es más aparente que real, todos los escritos están cercados en un campo determinado de los conocimientos; existe en ellos una notable unidad de temas y de entonación y en todos hay un método riguroso de investigación y de exposición.

Más de la mitad del total de las publicaciones (noventa) es de originales (monografías, libros, artículos); pero, un buen número (sesenta y ocho) está constituido por simples noticias o informaciones bibliográficas o por juicios críticos de escritos correspondientes al género cultivado por el autor. La nómina de los escritos, hecha con toda pulcritud, está completada por la indicación de las publicaciones nacionales o extranjeras que han dado noticia o se han ocupado extensamente de cada obra y la lista resulta bien larga, pues pueden contarse ciento ochenta y un juicios (setenta y cinco nacionales y ciento seis extranjeros, casi todos europeos).

En conjunto, se trata de una bibliografía personal completa, hecha con esmero y suma corrección y constituye una valiosa contribución para el repertorio bibliográfico nacional cuya formación es asaz conveniente. De su examen se desprenden estas observaciones:

- a) toda la producción ostenta un notable carácter científico;
- b) existe suficiente unidad continuada desde los escritos juveniles hasta hoy;

c) predomina un marcado interés americano (especialmente argentino) en los asuntos tratados;

d) a pesar de lo anterior, si nos atenemos a las noticias que de los escritos de Outes se han dado en múltiples publicaciones, la personalidad científica del autor es más conocida en el extranjero que en el propio país; esta observación puede involucrar quizás una censura al medio, pero es indudablemente un signo elocuente del mérito que la obra del señor Outes ha sabido hacerse reconocer más allá de las fronteras, transponiendo la dilatada extensión del "charco grande".

R. A.

Ricardo Rojas. — LA LITERATURA ARGENTINA. IV tomo. Los Modernos. B. A. 1922.

Es sabido que la obra del señor Rojas lleva como subtítulo, o como ampliación de título, las siguientes palabras: *Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*.

Supongamos que alguien no leyera sino lo que acabamos de citar y comprara la obra. Llegado a su casa, abriéndola, recorriendo las páginas, examinando el sumario de cada capítulo y se encontraría que, por esta vez, existe un río con sólo una margen. Indiscutiblemente el lector se sorprendería de tal fenómeno geográfico, llamaría en su auxilio los textos de la materia a fin de dilucidar el problema y saldría de la lectura más sorprendido aún, pues es casi seguro que no encontraría otro ejemplo tan perturbador.

Y no se tome esto a broma, porque si en un libro se nos asegura que se tratará sobre la cultura en el Plata nuestra buena fe busca lo prometido. Que el autor tenga otro concepto de la topografía platense, no es cuenta nuestra y es deber suyo habérmolo advertido. No costaba nada añadir: Por el Plata entiéndase la Argentina.

Pero estas son minucias insignificantes, perdidas entre la magnitud de la obra cuyas 700 páginas, impresas en caracteres pequeños imponen, por su sola presencia, al ánimo descreído, la seguridad de su grandeza. Consta la obra de veintiún capítulos y un Resumen, donde se agota la materia tratada.

Pero antes, una salvedad que, como en el caso anterior, debió hacerla el señor Rojas. Es esta: así como el señor Rojas tiene un concepto lineal del Plata tiene, para compensación, un concepto latifundista de la literatura.

Veamos, sino. El primer capítulo trata de la *Vida Intelectual de las Provincias*. Recordamos haberlos leído en los suplementos dominicales de *La Nación* y recordamos que, en los párrafos correspon-

dientes, la menor parte la ocupa, precisamente, la Vida Intelectual. El cual tema, no parece sino simple pretexto para disquisiciones étnicas, antropológicas, etc. ¿Y Taine, — se me dirá — y el medio? Bien. Muy bien. Pero después de leer dicho capítulo, ¿quedó alguien convencido que Alberdi debió ser necesariamente tucumano o Sarmiento sanjuanino?

Léanse los sumarios de los capítulos II, III, IV, V y VI y díganosenos si no cabe la pregunta de si están o no en su lugar dentro de una literatura. Perdónenos el señor Rojas, pero no estamos convencidos.

¿Y el subtítulo? Ah! es cierto, se nos olvidaba. Y asimismo se nos ocurre una duda. Hela aquí: ¿Se puede tener una idea tan amplia de la cultura que se incluyan, en una Historia Literaria, a personajes que nunca escribieron nada? ¿Que no puede ser! No, señores. ¿Dónde están los discursos de Adolfo Alsina? ¿Dónde los de Alem? Porque Alem, estudiado en el capítulo sobre los Tribunales Populares, sólo dejó escrito... un tomo de Poesías. Es curioso ¿no? pero es así. Cuestión de gustos.

Los demás capítulos sí pertenecen por derecho propio a la historia literaria. De ellos destacamos el que se intitula: Poetas Laureados. Y en él el párrafo dedicado a estudiar a Rafael Obligado. Suscribiríamos — esto no vale nada pero es sinceridad — las opiniones del señor Rojas sobre Almafuerte.

Tampoco escatimamos elogios a los restantes capítulos, sin admitir que sean todos de idéntico valor. No lo son ni siquiera los párrafos de un mismo capítulo. No lo son ni en concepto ni en forma. Hay momentos en que el señor Rojas da la impresión de haber escrito con desgano o desanimado. Se podrían citar páginas indignas de quien escribió la Restauración Nacionalista. En cambio en otras, en muchas, resurge el prosista sereno, cuidadoso, aunque un poquito enfático.

En resumen: Los Modernos hacen honor al señor Rojas y al país. No es una obra perfecta, pero es, antes que nada, un serio esfuerzo de síntesis y de construcción.

Y, lo que es más, pasará mucho tiempo, antes de ser superada.

C. M. O.

Carlos M. Grünberg. — LAS CAMARAS DEL REY. — Buenos Aires. 1922.

El primer libro de versos del señor Grünberg denota en su autor falta de *sindéresis*, defecto este muy común entre los adolescentes con ambiciones literarias.

Aunque la mayor parte de las poesías que forman "Las Cámaras del Rey" carecen de valor estético, otras permiten adjudicar a su autor condiciones estimables para el cultivo del arte a que se ha dedicado. Comprobaríamos fácilmente nuestro primer aserto mediante la transcripción de cualquiera de las poesías del volumen. La segunda aseveración, en cambio, es más difícil de demostrar, tal vez por su carácter profético.

El señor Grünberg no debe impacientarse. No le aconsejamos que continúe escribiendo versos, porque sabemos que tales consejos huelgan para quien tiene verdadera vocación poética, pero, si nos permitiremos rogarle que no se dé tanta prisa en llevar sus lucubraciones a la imprenta. La gloria no es una chiquilla nerviosa de 18 años que se conquista mediante golpes de audacia. Rodeada continuamente de pretendientes meritísimos, sabe aguardar la revelación del bien dotado para entregarse.

A.

ATLAS SANITARIO DE LA P. DE B. AIRES, por el Ing. Antonio Restanio. — 1923.

Editado por el Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, apareció este "Atlas Sanitario", que constituye una eficaz contribución para el mejor conocimiento de las cualidades higiénicas de las diversas zonas de la provincia y de los diversos factores vinculados a problemas directamente relacionados con la salud pública.

Dice el Ing. Restanio en el prólogo de su obra:

"Este trabajo es una *recopilación estadística, numérica o calificada según los casos*, de las determinaciones y estudios de toda especie realizados por las diversas reparticiones públicas y demás autoridades técnicas, con el objeto expreso de cimentar el progreso material y espiritual de la Provincia, propendiéndose así al planteamiento y solución racional de los problemas pertinentes.

Con la base de esta valiosa contribución científica, que presenta a la provincia de Buenos Aires perfectamente estudiada en sus múltiples aspectos y valores de interés general, el autor *ha procurado, a su vez, utilizar a estas "ramas del conocimiento humano, para ponerlas en beneficio del mejoramiento del bienestar en el hombre"*.

Los elementos de juicio que se registran en este Atlas, son además rigurosamente auténticos, habiéndose recurrido para conseguirlos, a los correspondientes archivos y publicaciones oficiales. En cuanto a la *apreciación higiénica* de los asuntos tratados, se ha pretendido formularla para cada caso, de una manera concreta, ajustándose en lo que ha sido posible, a los principios sanitarios comúnmente aceptados o a

aquellos que han sido motivo de comprobaciones experimentales; entregándose el todo a la consideración y nuevas interpretaciones que los estudiosos estimen conveniente formular.

Es cierto que no se ha llegado a establecer, como resultado de los estudios practicados, que el ambiente material de la Provincia posea todos los caracteres de una salubridad completa; tampoco se ha alcanzado a afirmar lo mismo, en lo que respecta a la salud de sus habitantes, puesto que las leyes demográficas la modifican de un modo, a veces, extraordinariamente impresionante para muchos de sus renglones”.

Se trata, en suma, de un trabajo de mucho mérito; el ingeniero Restanio ha reafirmado con él sus condiciones, tantas veces apreciadas, de técnico inteligente y laborioso.

L.

Arturo Vázquez Cey. — AGUAS SERENAS. Buenos Aires. 1922.

Con intenso placer comentamos este tomo de poesías; que no se presenta, a menudo, ocasión de hacerlo.

Aguas serenas es un libro que está de acuerdo con su título; no sabemos si éste surgió *a posteriori* o si el libro fué elaborado en función suya. De cualquier modo es un verdadero hallazgo.

Libro sereno, reposado, oculta, bajo su plácida superficie, la inquietud del poeta ante los problemas eternamente irresolubles del destino, del cosmos, del hombre... Pero todo está encarado con sencillez, con humildad, podría decirse; como por quien sabe — oh! el dolor del poeta clarividente de su impotencia! — que lo absoluto no nos presenta sino aristas, líneas linderas sobre las que la fantasía trazará los arabescos de su búsqueda.

La composición: *También él muere*, comprueba nuestro aserto; y los versos formidables de *Supremo tesoro*:

*Quizá el paso que guío sólo en la noche oscura
Mueve ritmos sublimes en la noche infinita.*

Claro está que el poeta busca la inhallable solución del problema por todos los caminos posibles; no solamente encárase con el misterio sino que, otras veces, busca en su interior la desconocida senda o, en suave impresionismo, reposa el corazón en la naturaleza.

De esta serie señalamos *Luz eterna*, nocturno cuyos son estos dos versos hermosísimos:

*¡En el hueco temblante de mi mano
Recogí una agua azul, viva de estrellas!*

Indicamos también *Piel de serpiente*; si fuésemos amigos del autor le diríamos que suprimiera los dos últimos versos. El poeta no debe dar la clave de sus simbolismos; el que pueda entender que entienda.

El color del cáliz es perfecta.

Por último señalamos *Eucalipto muerto, en primavera*, composición austera, de fuertes líneas, hecha en dísticos sueltos y cuya factura y calidad nos recuerda las baladas de Georges Duhamel.

Lo cual es un elogio. Porque hay comparaciones honrosas.

¿No es así, poeta?

C. M. O.

Adolfo Esquivel de la Guardia. — POLICROMIA (Versos). Buenos Aires, 1923.

No es el doctor Esquivel un autor incipiente. Para quienes conozcan su obra literaria, el juicio que pueda merecer este libro de composiciones poéticas que llega a nuestras manos, está casi descontado. De entre el centenar de poesías que llenan el volumen, son muy pocas las que no revelan una paternidad espiritual delicada y espontánea. La simple lectura de las palabras iniciales del libro, en que el autor hace su ofrenda ante "el sacro altar del Arte", basta para inferir el contenido poético del conjunto. Tal vez podría objetarse, en la técnica, un poco de negligencia, ya evidente en el primer soneto, donde algunos lugares comunes, demasiado visibles, chocan al oído con cierta aspereza; pero el señor Esquivel es un hombre joven, estudioso, y puesto que tiene alma de poeta, no cabe dudar de que sus composiciones venideras llegarán depuradas de esos lunares que señalamos.

R.



Editeurs: FELIX ALCAN, Paris - WILLIAMS & NORGATE, Londres
NICOLA ZANICHELLI, Bologne - WILLIAMS & WILKINS Co., Baltimore
RUIZ HERMANOS, Madrid - RENASCENÇA PORTUGUESA, Porto
THE MARUZEN COMPANY, Tokyo.

"SCIENTIA"

REVUE INTERNATIONALE DE SYNTHÈSE SCIENTIFIQUE

Paraissant mensuellement (en fascicules de 100 à 120 pages chacun)

Directeur: EUGENIO RIGNANO

EST L'UNIQUE REVUE à collaboration vraiment internationale.

EST L'UNIQUE REVUE à diffusion absolument mondiale.

EST L'UNIQUE REVUE de synthèse et d'unification du savoir, qui traite les questions fondamentales de toutes les sciences: histoire des sciences, mathématiques, astronomie, géologie, physique, chimie, biologie, psychologie et sociologie.

EST L'UNIQUE REVUE qui, par des enquêtes conduites auprès des plus éminents savants et écrivains de tous les pays (**Sur les principes philosophiques des diverses sciences; Sur les questions d'astronomie et de physique les plus fondamentales qui se trouvent à l'ordre du jour, et en particulier sur la relativité; Sur la contribution que les divers pays ont apportée au développement des diverses branches du savoir; Sur les plus importantes questions de biologie, et en particulier sur le vitalisme; Sur la question sociale; Sur les grandes questions internationales soulevées par la guerre mondiale**), étudie tous les problèmes essentiels qui agitent les milieux intellectuels du monde entier, et constitue en même temps le premier essai d'organisation internationale du mouvement philosophique et scientifique.

EST L'UNIQUE REVUE qui puisse se vanter d'avoir parmi ses collaborateurs les savants les plus illustres du monde entier. Une liste de ceux-ci, comprenant plus de 350 noms, est reproduite dans tous les fascicules.

Les articles sont publiés dans la langue de leurs auteurs, et à chaque fascicule est joint un **supplément contenant la traduction française de tous les articles non français**. Ainsi la revue est complètement accessible même à qui ne connaît que la langue française. (**Demander un numéro spécimen gratuit** au Secrétaire Général de «Scientia». Milan, en joignant à la demande, pour simple remboursement des frais d'envoi, la somme de deux francs en timbres-poste).

ABONNEMENT: Fr. 60

BUREAUX DE LA REVUE: Via A. Bertani, 14 - Milano (26)

Secrétaire Général de la Rédaction: Dr. PAOLO BONETTI

VERBUM

La correspondencia a nombre del Director. Los originales no se devuelven.

REDACCION Y ADMINISTRACION: VIAMONTE 430

SUSCRIPCIÓN: \$ 10 por año

PRECIO DEL NÚMERO SUELTO: \$ 2

La Dirección de «Verbum» no se responsabiliza por las doctrinas y opiniones que emitan sus colaboradores.